

ANDREU CLARET



EL SECRETO DEL BRIGADISTA



Lectulandia

En 1938, un brigadista norteamericano desaparece durante la batalla del Ebro, cerca de La Fatarella. Setenta años después, Barbara Stein, su nieta, viaja hasta allí para descubrir las circunstancias de su muerte. Su propósito queda truncado por un misterioso asesinato en el que se ve involucrada y que activa recuerdos traumáticos de la República y la guerra. Enfrentándose a esta nueva situación, Barbara acaba descubriendo la fascinante historia de amistad, misterio y traición que vivió su abuelo, en compañía de un niño de La Fatarella.

Andreu Claret Serra

El secreto del brigadista

ePub r1.0

Titivillus 23.10.2019

Título original: *El secret del brigadista*
Andreu Claret Serra, 2008
Traducción: Raimón Artís

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi padre

Capítulo 1

Julio de 2008

Se conocieron unos días antes de emprender el viaje, en una terraza del paseo del Born.

Llevaba un buen rato observándola sin que ella se diera cuenta, haciendo ver que hojeaba un diario. Era domingo por la mañana y todavía había poca gente. A esa hora, su piel, tan blanca como la larga falda de algodón que llevaba, aún podía soportar el sol. Había pedido un capuchino antes de desplegar *The Guardian*, lo cual, pensó Ramon, delataba una manera de ser, e incluso de pensar.

Más que leerlo, parecía que lo utilizaba como pantalla para concentrarse. De vez en cuando lo dejaba sobre la mesa, sacaba una Moleskine de su bolso y tomaba notas, pocas pero decididas, que situaba en distintas páginas, marcadas con *post-it* de colores. Después de cada anotación, cerraba la libreta con su goma característica y volvía a guardarla como si levantara cada vez la tapa de un joyero para poner en él algún objeto de valor.

Aquella chica le intrigaba, y el diario que había comprado por rutina y por deformación profesional se parecía demasiado al del día anterior.

—*Where are you from?* —le preguntó desde la mesa de al lado, dándose cuenta de que la respuesta era obvia, tratándose de alguien que leía un diario británico.

—*I'm from Boston.*

No era inglesa. Con esa respuesta le había evitado el ridículo, lo cual era de agradecer. Estaba sola y no tenía el aspecto de la mayoría de los extranjeros que suelen llenar las terrazas del paseo: los que vienen a Barcelona en busca de playas urbanas, un par de noches de diversión y, a lo sumo, una visita al museo Picasso.

—Usted es de Barcelona, supongo —añadió la chica en un catalán más que aceptable.

Segunda sorpresa, y mayúscula: hablaba catalán.

—Sí, de aquí, del barrio de la Ribera.

—Hola. Me llamo Barbara Stein —añadió la chica con el desenfado propio de los norteamericanos.

—Yo, Ramon.

Alargó el brazo para darle la mano, acercando imperceptiblemente su silla a la de ella. Como buen mediterráneo, se reservó el apellido.

—¿Dónde ha aprendido a hablar tan bien catalán? —La respuesta volvía a ser demasiado obvia: sólo podía ser en Cataluña.

Era de Boston, leía un diario de la izquierda londinense, tomaba notas en una libreta Moleskine y hablaba catalán mejor que mucha gente que vive y trabaja en Cataluña. En definitiva, no era una extranjera corriente. Seguro que llevaba tiempo en Barcelona. Por la edad, debía de estar haciendo un curso de postgrado, como tantos licenciados de la costa Este norteamericana. Quizá tenía el novio en Barcelona, una posibilidad sobre la cual Ramon descartó preguntarle.

—Lo he aprendido por mi cuenta y lo he practicado con una amiga de Tarragona con quien he compartido habitación durante un par de años, en el campus de la universidad. También me ha ayudado TV3 y leer algunos libros de Vázquez Montalbán.

—¿Leía a Vázquez en catalán?

—Me aficioné a Carvalho cuando estudiaba castellano, y luego releí algunos títulos en catalán: *Los mares del Sur* y *El premio*. También los dos volúmenes de *Milenio*, pero éstos me gustaron menos.

La chica no parecía dar importancia a nada de lo que desconcertaba a su interlocutor. Ramon hubiera querido preguntarle por qué había invertido esfuerzos en aprender catalán, pero después de tres preguntas fallidas, no se atrevía. Fue ella quien rompió el silencio.

—Me he dedicado a estudiarlo mientras acababa Arquitectura y Filosofía. Y no me ha costado mucho, porque ya había aprendido castellano y también hablo francés, la lengua de mi madre. Por cierto, veo que en este barrio hay poca gente que hable catalán —añadió.

Tenía el don de hacer evidentes las cosas que no lo eran tanto. Había estudiado dos carreras, seguro que había leído toda la novela negra de Vázquez Montalbán y, además, hablaba catalán sin haber estado nunca en Cataluña, según explicó, antes de que le hiciera otra pregunta inapropiada.

—¿Has venido a conocer la arquitectura de Barcelona? —sugirió Ramon, señalando la Moleskine, que había quedado encima de la mesa. Sin darse cuenta, de pronto, la estaba tuteando. Y al incorporar la libreta a la conversación, había penetrado en su intimidad.

Pronto entendería que Barbara era del tipo de personas con las que es conveniente pensar tanto o más las preguntas que las respuestas. Su condición de arquitecto no tenía nada que ver con las notas que tomaba, y la Pedrera o la Torre Agbar no le interesaban particularmente. La libreta tenía un destino más importante: era el cuaderno de bitácora de un viaje a los orígenes.

—He venido por una vieja historia de familia que todos dan por zanjada pero que yo necesito aclarar —explicó.

Ramon entendió que el momento era delicado.

—Siento haberte preguntado por la arquitectura... Ha sido una pregunta estúpida.

Se excusó sin que viniera a cuento, y ella lo apreció. Tanto que decidió contarle por qué estaba en Barcelona. La historia empezaba con la muerte de su abuelo en la batalla del Ebro.

Martin Stein, el abuelo, se había incorporado a la guerra civil como miembro de las Brigadas Internacionales. Había muerto en el frente del Ebro y, como ocurrió con tantas otras víctimas, nunca encontraron su cuerpo. Trágico, pero nada extraño, teniendo en cuenta que cerca de cuatro mil brigadistas dieron la vida por la República española. Pero la historia no acababa aquí. Estaba rodeada de un misterio que la familia había dejado por imposible desde hacía años; un misterio que Barbara necesitaba resolver.

Otro brigadista, Bob McCain, de Filadelfia como él, lo había visto por última vez, malherido, en un barranco que los franquistas estaban a punto de ocupar, entre Vilalba y La Fatarella. Era el 23 de septiembre de 1938, y una mina le había destrozado las piernas. A él y a otro brigadista, con quien llevaban a cabo una misión de reconocimiento cerca de las líneas franquistas, Martin les pidió que lo escondieran bajo el ramaje de una higuera destrozada y los conminó a marcharse. Nunca pudieron volver. Setenta años después, este episodio todavía persistía en el sueño de Bob: se despertaba a menudo al ver que unos legionarios, de aquellos que no hacían prisionero a ningún extranjero, descubrían a su amigo.

—Siguen encontrándose restos, y en algunos casos pueden hacer análisis de ADN —insinuó Ramon, con la intención de darle alguna esperanza, por

remota que fuera.

—La historia es más complicada —añadió ella.

Acababan de conocerse, pero aquel hombre le resultaba entrañable, a pesar de su tendencia a hacer preguntas desafortunadas. Por la edad, podría haber sido su padre, pero se le había acercado con gestos torpes y una curiosidad propios de un adolescente. Bajo un físico castigado, que rezumaba escepticismo, se adivinaba una vida intensa que contrastaba con la indolencia característica de una mañana de verano como aquélla, templada y luminosa, cuando todavía no han desembarcado las hordas de turistas. Con la aventura del abuelo, se le había reavivado la mirada. Barbara siguió contándole la peripecia de Martin Stein.

El relato de Bob constituía una primera versión de su muerte, pero la familia la había puesto en duda desde el momento en que habían recibido una carta anónima y sin remitente, en agosto de 1946, enviada desde Valencia. La persona que la había enviado aseguraba haber visto al abuelo en La Fatarella el 14 de noviembre del 38, el mismo día en que habían entrado las tropas de Franco.

Cómo les había llegado aquella carta era un misterio. Tampoco sabían quién la había enviado. Podría haber sido uno de los últimos soldados republicanos en abandonar el pueblo, o un vecino que lo había encontrado mientras huía. En cualquier caso, su autor decía que había encontrado al abuelo vivo en el umbral de una puerta, de donde no se lo pudo llevar hacia Ascó porque no podía andar. Parecía una historia inverosímil, de no ser porque la nota iba acompañada de una hoja arrancada de una libreta, con la dirección de Filadelfia y el nombre de la mujer de Martin, Margaret Stein, garabateado a toda prisa por él mismo.

Aquel soldado, o quien fuera, había accedido a la petición de enviar aquella nota enigmática. ¿Por qué había esperado ocho años? Quizá por miedo a enviar un sobre a Estados Unidos a través de los correos de Franco, antes de que la Sexta Flota atracara en los puertos del nuevo régimen.

Para la familia, aquella carta fue motivo de esperanza durante años. Una última ilusión de encontrar, al menos, los restos del abuelo. Para Bob sólo podía ser la acción de algún falangista vil que había querido prolongar el dolor de un brigadista más allá de su muerte. Atribuía la iniciativa a una broma macabra de los que lo habían encontrado en el barranco, vivo o muerto, y le habían robado la libreta, de la que habían arrancado la hoja con la

dirección. Al cabo de unos años, después de una noche de borrachera, se la habían enviado a Margaret para avivar el dolor de la familia.

A Bob no podían quitarle de la cabeza que su amigo había muerto en aquel barranco y no en La Fatarella. Creer que todo había sucedido como Martin había querido era su última trinchera moral. Incluso creía haber identificado el lugar donde había estallado la mina cuando volvió a los escenarios de la batalla del Ebro, a finales de los años ochenta, con una delegación de la Brigada Lincoln.

Cuando recordaba la fecha fatídica, el sufrimiento se le hacía insoportable: era el 23 de septiembre, el día antes de que el gobierno de la República ordenara la retirada del frente de todos los brigadistas para cumplir con las promesas de la no intervención.

A Barbara esa versión no le cuadraba. Podrían haberle robado la libreta al abuelo, encontrar la dirección y arrancar la hoja, pero nunca hubieran conseguido que garabateara el nombre de su mujer si era para hacer daño a la familia. Antes se hubiera dejado matar; no tenía nada que perder.

Era un argumento poco sólido para dar credibilidad a la versión según la cual Martin había conseguido llegar a La Fatarella, pero ella se había aferrado a él. Se había preparado durante dos años para viajar a los escenarios de la batalla del Ebro, y llevar a cabo su propia investigación. Incluso había aprendido catalán.

Mucho antes, la familia había hecho lo imposible para obtener información de las autoridades franquistas una vez acabada la segunda guerra mundial. No localizaron el nombre del abuelo en ninguna lista de campos de prisioneros ni en las relaciones de muertos que el régimen franquista había facilitado a algunas embajadas. Incluso consiguieron contactar con el ayuntamiento de La Fatarella. Nadie sabía nada, y nadie daba crédito a la historia de aquel brigadista que había muerto dos veces y al que nunca enterraron. Todo el mundo se inclinaba por la versión de Bob.

—Si las heridas eran tan graves, es imposible que sobreviviera y subiera desde aquel barranco hasta el pueblo —les comentó el jefe del Movimiento de la provincia de Tarragona, que era de Flix, cazaba perdices en aquellas tierras y sabía de qué hablaba. Había accedido a hablar con el hijo del brigadista, David Stein, el padre de Barbara, después de la visita de Eisenhower a Franco.

»Estamos dispuestos a hacer lo que haga falta para ayudarlos —les dijo con una entonación forzada.

Antes de despedirse, se puso en pie y, con una grandilocuencia ridícula, añadió:

—Ya saben que el Caudillo considera Estados Unidos como un aliado y está dispuesto a colaborar en el esclarecimiento de este suceso.

Cuando todavía no habían subido al Chevrolet en el que habían viajado desde Madrid, el cabecilla del Movimiento llamó a su subordinado y a la secretaria y les comentó, entre risas, que los norteamericanos veían demasiadas películas y que aquel hombre había muerto, seguramente, en una trifulca entre marxistas.

—¡Encima, judío! No te jode... —añadió, deduciéndolo del apellido del abuelo.

La ventana del despacho estaba abierta, y el intérprete que acompañaba al hijo de Martin lo oyó. Los Stein nunca más volvieron a España.

—¡Menuda historia!

Estupefacto y fascinado, Ramon no reaccionó como hubiera sido normal en él, banalizando el propósito de una chica caprichosa, de buena familia, acostumbrada a que todo le viniera de cara. Estaba dispuesto a entrar en su terreno de juego.

—Ele venido para averiguar dónde y cómo murió mi abuelo. Considero que tenemos derecho a saberlo, como la mayoría de las familias de brigadistas —sentenció Barbara.

Descubrir las circunstancias de la muerte de Martin Stein se había convertido en el centro de su vida. Mucho más que la arquitectura. Incluso más que la filosofía. Una obsesión.

Ramon no sabía si estaba más impresionado por la historia del abuelo o por la determinación de Barbara. Le preocupaba que se hiciera demasiadas ilusiones. Seguro que estaba poco preparada para la frustración si al final no se salía con la suya. En cualquier caso, pensó que el viaje a La Fatarella valía la pena. Siempre podría recorrer el barranco, pasear por las calles del pueblo, imaginar los últimos instantes del abuelo de Barbara. Estaba a tiempo de transformar una misión imposible en un homenaje sentimental.

Sin embargo, ella no estaba para viajes sentimentales. Había dedicado dos años a preparar de manera sistemática y científica la ida a La Fatarella, con varias hipótesis que tenía que contrastar con hechos y vivencias de posibles

testigos. En la Moleskine llevaba los recuerdos de Bob, así como notas sobre memorias de otros brigadistas con los que su abuelo había cruzado el Ebro.

Había pasado horas en la Biblioteca de Cataluña leyendo libros poco conocidos, escritos por soldados franquistas que habían combatido cerca de donde había caído su abuelo. También había estado en la hemeroteca de la Casa del Arcediano para documentarse con diarios de la época. Pero no había encontrado ninguna pista; muchas historias humanas que la habían acercado a la cotidianidad de la guerra, pero nada que pudiera encauzar la investigación.

No sabía por dónde empezar, ¿tal vez por el barranco?

Su amiga de Tarragona había intentado disuadirla de un propósito tan estrafalario contándole que, durante muchos años, los campesinos de aquella comarca se habían ganado un sobresueldo vendiendo la metralla que había caído en los campos y las montañas a lo largo de los ciento trece días de batalla, por lo que era difícil dar con restos de víctimas. Como mucho, algunos huesos quemados por el sol, roídos por los bichos e imposibles de identificar.

—Pásalo bien —le había deseado, advirtiéndole de que la gente de la Terra Alta era hospitalaria, pero también desconfiada debido a lo mucho que habían sufrido.

Barbara no era una persona que renunciara fácilmente a sus propósitos, y a pesar de las advertencias de su amiga, siguió en su empeño.

Ramon quería ayudarla, pero cuantas más vueltas daba a las circunstancias de aquella muerte, más preguntas se le ocurrían. Se imaginaba La Fatarella a finales de 1938, con soldados huyendo aterrorizados y otros entrando en la población con ganas de hacerles pagar cuatro meses de infierno. Hombres enloquecidos y cadáveres destripados. «No puede haber testigos», pensó, pero no le dijo nada a Barbara porque no quería disgustarla, sino todo lo contrario. Había empezado a ponerse en su piel, buscaba las palabras adecuadas para no chocar con su resolución. Recordó el tópico de que los norteamericanos son gente positiva y se propuso ser consecuente con la idea al tratar con su nueva amiga.

—¿Cuándo vas a ir a La Fatarella? —Al hacer la pregunta se dio cuenta de que cambiaba las reglas de la conversación.

—El domingo. Tengo una cita con Mercè Subirana, una chica del pueblo que es encantadora y que ha contestado a todos mis correos electrónicos. Me ha reservado una habitación para una semana, en una fonda cerca de la iglesia.

Hablaba de La Fatarella como si hubiera ido allí mil veces. Ramon imaginaba que tenía el plano del pueblo pegado en la pared de la habitación del campus, repleto de chinchetas de colores. Pensó que no lo conseguiría. Una chica sola, haciendo preguntas que la gente no tiene ganas de escuchar y menos de responder, pronto despertaría más suspicacias que simpatías. Sabía que en la Terra Alta estaban hartos de que sólo los asociaran con la guerra civil. Sobre todo, ahora que se celebraban los setenta años de la batalla del Ebro.

—¿Y cómo irás?

Si ella le respondía a esta última pregunta, tendría suficientes elementos para dar un paso adelante o para abandonar la partida.

—En autocar. Salen de Barcelona a diario.

—Si quiere, yo la acompaño.

Había vuelto a tratarla de usted, para dar más formalidad a la propuesta o para evitar un exceso de familiaridad.

—Gracias, pero ya tengo el billete. Sólo son un par de horas de viaje... — Había recogido la libreta de la mesa y la había metido en su bolso.

Ramon comprendió que tenía que jugarse el todo por el todo.

—No es únicamente por el viaje; si quieres puedo ayudarte —volvía a tutearla—. Estoy medio de vacaciones y puedo quedarme unos días. Sólo he ido allí una vez, hace años, pero conozco la historia de La Fatarella. Es un pueblo complicado: su gente ha pasado muchas penurias. Y sola, te resultará difícil.

—¡Pero sí acabas de decirme que es imposible encontrar pistas! — exclamó ella riendo burlonamente al haberlo cogido en flagrante renuncio, lo que parecía divertirla.

Aquel hombre un poco desgarbado le caía francamente bien. Bajo el escepticismo que exhibía, y que ella atribuía a la edad, debía de haber un tipo inteligente y cultivado; sensible incluso. En cualquier caso, lo bastante chiflado como para proponerle ir juntos a La Fatarella cuando hacía poco más de una hora que se habían conocido. Y no pretendía ligar, estaba segura.

Al ver que Ramon no se atrevía a decir, simplemente, «Me apetece acompañarte», Barbara aceptó la propuesta.

Mientras quedaba con él para el día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, para hablar de los detalles del viaje, dejó dos euros en el platillo, se levantó y le tendió la mano, pero no le dio el número de su móvil.

—*See you tomorrow.*

Ramon había quedado prisionero de la cita. Volvió a sentarse, turbado como hacía tiempo que no lo estaba. Por la historia y por aquella chica que caminaba, decidida, en dirección hacia Santa María del Mar, esparciendo su silueta blanca por el paseo del Born.

Capítulo 2

24 de enero de 1937

Desde hacía unos meses la vida del pueblo se había visto alterada. La gente se había vuelto arisca, desconfiada. Nada era como antes. Nunca se habían visto tantos forasteros por las calles de La Fatarella.

Aquella noche, antes de acostarse, Serafí alargaba el oído detrás de la puerta para escuchar, atemorizado, la conversación que mantenían sus padres. La madre era la que parecía más aturdida. Los últimos días, siempre que oía el ruido de un coche corría hacia la ventana y miraba. En el pueblo sólo había dos vehículos motorizados. Y de fuera, llegaban un par a horas sabidas: el correo que subía de Gandesa y el coche de línea que salía de Ascó, de la estación del tren.

Desde hacía unos meses, se presentaban vehículos a cada momento, de repente, cuando nadie los esperaba; incluso de noche, cuando la gente dormía.

Serafí y sus amigos los oían subir por la carretera de Ascó o la de Camposines, e iban a esperarlos a la entrada del pueblo, en lo alto de un cerro, intrigados. Pronto dejaron de hacerlo porque las calaveras que los coches llevaban pintadas en las puertas les daban miedo. Algunos iban cargados de hombres que sacaban los fusiles por las ventanas, incluso ahora, que hacía tanto frío. Eran armas diferentes de las que utilizaban los campesinos para cazar perdices o conejos.

Todo era diferente. Llevaban fusiles y cantaban. No como el padre de Serafí, que siempre salía a cazar en silencio, como si la escopeta le impusiera respeto.

Esa noche, su madre estaba más preocupada que de costumbre. Nunca se había metido en política, pero pensaba que la presencia chulesca de tantos forasteros no podía traer nada bueno. La mayoría eran de la comarca, de Flix,

de Mora o, como mucho, de Tortosa. Algunos venían de Aragón; se les notaba por el habla.

—¡Éstos nos harán daño, Pascual! —dijo la madre a su marido en un tono de voz que Serafí nunca le había oído.

Estaba petrificado detrás de la puerta, con la respiración contenida, intentando no perderse ni una palabra de lo que decían sus padres. Se daba cuenta de que la situación era diferente de la de otros días en los que también los había visto preocupados, pero no podía imaginarse lo que iba a suceder.

Serafí no sabía lo que era la violencia.

En el pueblo, de vez en cuando había algún grito, alguna pelea entre hombres, o alguna trifulca política entre los de Cal Comte y los de Ca Ramonet, pero al final todo quedaba dentro de las casas. Los niños de La Fatarella nunca le habían visto la cara a la violencia, hasta que se presentaron aquellos automóviles cargados de hombres alocados a los que la gente del pueblo llamaba «coches de la muerte».

—Tienes que esconderte, Pascual, me han dicho que mañana subirán aquellos dos de Mora que chillan tanto. Dicen que vendrán con más milicianos, y que están dispuestos a matar a gente si no les hacéis caso.

Al ver que rogaba a su padre que se escondiera, Serafí comprendió que la situación era extrema. Nunca se habría atrevido a hablarle de esa manera si las circunstancias no hubieran sido excepcionales. Podría habérselo tomado a mal. Él era hombre de pocas palabras, y todo lo decía con la mirada.

Estaba acostumbrado a las dificultades propias de la vida de un campesino que trabajaba la tierra con sus manos, pero nunca había tenido que enfrentarse a situaciones como ésta. Para él, las amenazas venían de la helada que malbarata la avellana, de una primavera sin lluvia que deja el trigo sin grano y las higueras estériles, de la picadura de una víbora, o de un verano demasiado largo que desorienta al ganado y seca las fuentes.

Había riñas políticas entre *indios y rifeños*, entre los de la Aurera y los del Centro Católico, pero los campesinos habían aprendido a dejar de lado las diferencias para hacer frente a la adversidad. Los que eran de misa pedían ayuda a Dios y al cura para que lloviera cuando no quería llover. Los que no eran de misa, como el padre de Serafí, apretaban los dientes con fuerza y, si convenía, soltaban algún taco para conseguir el mismo objetivo.

Ahora era diferente. Con la guerra y la revolución, todo se había transformado. Más por la revolución que por la guerra, que todavía estaba lejos, sobre todo en Madrid, y los últimos días en Málaga, según decía la

gente de izquierdas que escuchaba la radio en la Aurera, la sociedad obrera del pueblo que desafiaba a la Iglesia con su voz.

Todo giraba en torno a la colectividad que se había apropiado, desde el primer momento, de las tierras del Conde, el Ramonet y el Xuximot. Eran las mejores y como éstas había pocas, pero la incautación tenía que seguir, con tierras de campesinos modestos o con lo que fuera, mientras lo necesitara la revolución: dos mantas, un jamón o una tinaja de aceite.

La presencia de algunos refugiados vascos había hecho evidente las consecuencias de la persecución franquista, y los estragos de la revolución se habían anticipado con la gente de Vilalba que había llegado al pueblo, huyendo de los sangrientos enfrentamientos entre derechas e izquierdas en julio de 1936.

—El marido de Francisca y unos cuantos hombres han ido a pasar la noche a la cabaña de Cacano —dijo la madre, suplicando a su marido que hiciera como ellos.

—Yo no pienso moverme de aquí —contestó el hombre de manera contundente—. No pueden decirme nada porque lo único que he hecho toda la vida ha sido trabajar. Además, he votado por la República, lo sabe todo el pueblo —añadió con tanta determinación que la mujer calló, segura de que no iba a convencerlo.

Se persignó. Ella sí era de misa y veía a menudo al cura. Serafí nunca había visto a su padre hablarle en ese tono a su madre, como tampoco lo había oído hablar nunca de política en casa. Además, era la primera vez que veía a su madre tan atemorizada.

La noche era negra y helada, pero a pesar del frío y la oscuridad, de la calle subía un jaleo ensordecedor. Gente que caminaba arriba y abajo, gritos, e incluso algún disparo, que parecía provenir de los alrededores de la iglesia.

Llamaron a la puerta. Era Marcelino, un amigo del padre. Serafí no llegaba a oír bien lo que decían, pero captó algunas expresiones que lo dejaron boquiabierto: «defendernos», «resistir», «no nos lo dejaremos robar». Se estremeció al oír lo que decía Marcelino con voz decidida: «Coge la escopeta, Pascual, y todos los cartuchos que tengas».

Había visto a su padre ocultarla bajo unos haces de leña, cerca de las jarras de aceite, y oyó cómo bajaba a buscarla. La había escondido el día que el alguacil pidió que se entregaran todas las armas al ayuntamiento. A Serafí

no le había gustado la orden, porque si su padre no cazaba, su madre ya no podría cocinar más aquellos estofados de perdiz que tanto le gustaban.

Se metió en la cama. Temblaba a causa del frío y de lo que había oído. Su madre lloraba, pero no se movió. Se durmió, agarrado a la almohada, abrumado por la precipitación de hechos y situaciones que no tenían explicación, y aún menos para un chico de diez años como él, que sólo había salido de La Fatarella dos veces, una para ir a Vilalba, a casa de una tía, y la otra hasta Amposta, el verano anterior, pocos días antes de que estallara la guerra, en una excursión con el colegio, para ver el mar.

Cuando se despertó, sobresaltado por ruidos de voces y carreras que no sabía si provenían de la calle o de una pesadilla, todavía era noche cerrada. Su madre seguía en la cocina, despierta. Esperaba que se levantara para decirle que iba a casa de una vecina que vivía al otro lado del porche de Ca la Nieves, uno de los que daban a la calle de Sant Joan. Mientras se envolvía en un chal de lana para soportar mejor el frío y para que no le vieran la cara, le ordenó que no se moviera.

Que su madre saliera de noche, en medio de todo aquel jaleo, aumentó la preocupación de Serafí. Un día había oído que su padre le recriminaba que hubiese ido a casa de una vecina, donde decían que se había escondido el cura, y supuso que quería volver allí. No era que no quisiera que su mujer llevase comida al cura, si sobraba, pero sabía que se arriesgaba, porque los milicianos que rondaban por la comarca se morían de ganas de encontrarlo.

El hombre había visto cómo apilaban los santos de la iglesia en medio de la calle, ante la puerta barroca de Sant Andreu que le gustaba mucho, aunque no fuera a misa, ni siquiera los domingos. Recordaba aquel día que habían obligado a un amigo suyo, que era un meapilas, a descolgar el Cristo del altar y arrojarlo a la hoguera, mientras lloriqueaba como un niño pequeño. Aquello no le gustó nada. También era de los que creían que los obispos y los curas estaban demasiado comprometidos con los ricos y los poderosos, pero estaba convencido de que quemar santos y matar sacerdotes no podía traer nada bueno.

—¿Ahora qué haremos, sin iglesia ni curas? —le había dicho su mujer, entre llantos, al ver aquel estropicio.

Era domingo y empezaba a amanecer. Serafí no pudo quedarse más tiempo en casa, solo, en medio de aquel jaleo. Se vistió en un visto y no visto, saltó por la ventana de atrás y se fue derecho hasta la casa de su amigo

Domingo. Vivía al otro lado de la plaza del ayuntamiento, en la calle del Solà, donde estaban las casas de algunas de las familias acomodadas, cerca de Cal Xico.

Las calles eran un runrún de griteríos como nunca había oído, ni cuando el ganado se escapaba por los campos. Entre las voces que se alzaban, le pareció reconocer la de su padre y pensó que era mejor dar un rodeo por el pueblo antiguo. No quería que lo viera. Tenía que pasar bajo cuatro porches, bajar hasta la calle de las Moreras y volver a subir, por la de la Fuente. Cuanto más enrevesado y empinado fuera el camino, mejor. Por lo menos, ese día.

Domingo estaba despierto; tampoco había dormido mucho. Había oído decir a sus padres que planteaban marcharse antes de que fuera demasiado tarde.

A su padre le habían quitado unas tierras de regadío que tenía cerca de Camposines, en las que trabajaban tres jornaleros. Las habían incorporado a la colectividad. No era un hombre rico, pero tampoco era un campesino pobre. En cualquier caso, tenía motivos para huir. Había leído en el periódico que ya no podía haber «explotación del hombre por el hombre». Él sólo explotaba a tres hombres y les daba trabajo, pero daba igual. Vivían de un jornal y los tiempos de la colectivización no lo permitían.

Además, era fejojista, de la Federación de Jóvenes Cristianos, de los que frecuentaban el Centro Católico y no la Aurera. De nada le servía haberse acercado a los republicanos, él, que siempre había sido monárquico. Decían, incluso, que se había afiliado a la UGT, para conservar las tierras, pero en los tiempos que corrían, eso no era suficiente.

Domingo abrió la ventana al oír la primera piedrecita que había tirado su amigo.

—¿Qué pasa, Serafí? ¿De dónde vienen esos gritos? ¿Qué hacen tantos hombres en la plaza? —preguntó, aterrorizado.

—Nada bueno. Algunos llevan escopeta, otros una horca, una hacha, o una azada, y se los ve muy enfadados. Dicen que han cerrado la colectividad, y que quieren recuperar las tierras y echar a los forasteros. ¡Mi padre ha salido de casa con la escopeta y cartuchos! Baja; nos acercaremos a ver qué pasa —dijo Serafí, decidido.

Domingo saltó por la ventana que daba a la calle de atrás, al otro lado de la antigua muralla, porque no quería que su madre lo viera. Se había quedado en casa, mientras el marido iba a hablar con unos vecinos que preparaban la fuga.

—Vayamos hasta la Casa Donya —dijo Serafí, yendo hacia arriba para alejarse de la iglesia.

Desde donde estaban vieron llegar un camión por la avenida de la Misericordia, cargado de milicianos. Entonces oyeron un chasquido lo suficientemente fuerte como para sobreponerse a los ruidos que llenaban la noche. Procedía de la iglesia, justo detrás de donde ellos se encontraban. El camión se había detenido en seco y una docena de hombres armados bajaron de él de manera precipitada para tomar posiciones en las cuatro esquinas apuntando hacia Sant Andreu con los fusiles y alguna pistola. Les habían disparado.

Serafí y Domingo se habían quedado patitiesos. Estaban en medio, entre los milicianos y los campesinos. Lo que veían y oían los paralizaba, pero no querían perderselo.

—Subamos a la ermita de la Misericordia —propuso Serafí, pensando que desde la parte alta del pueblo lo verían todo y estarían más seguros. A su amigo, que temblaba y había empezado a lloriquear, le pareció bien alejarse del peligro.

La idea no era mala, pero ese día fue la peor que se les podía haber ocurrido. Mientras subían por los peldaños que llevaban directamente a la capilla, uno de los hombres que había bajado del camión ordenó replegarse en la ermita.

—¡Desde allí les vamos a dar a esos cabrones!

No lo oyeron. Desde lo alto, los milicianos pensaban dominar el pueblo y forzar la rendición de los campesinos. Eran más, y algunas de las armas que llevaban brillaban como una patena.

La situación era cada vez más confusa y peligrosa. Los campesinos opuestos a la colectivización se habían atrincherado en el campanario y en algunas casas de los alrededores. Habían detenido a algunos faístas conocidos, que tenían al pueblo aterrorizado, y habían disparado contra las patrullas de control enviadas para liberarlos. Al parecer, que ya había heridos, y decían que incluso un muerto.

Alimentada por rumores que hacían correr quienes querían jaleo, la tensión era máxima. Muchos de los anarquistas que iban hacia la ermita eran chicos jóvenes, de los que se habían jugado el físico para defender la República el 19 de julio. Estaban convencidos de que iban a aplastar a una quinta columna dispuesta a entregar la Terra Alta a los franquistas. Alguien

les había dicho que la bandera monárquica ondeaba en el ayuntamiento. Era mentira, pero estaban dispuestos a creérselo.

Para los campesinos de La Fatarella, aquella provocación era la gota que colmaba el vaso de una paciencia agotada durante meses de incautaciones arbitrarias y absurdas, que sólo habían servido para repartir pobreza y dilapidar cultivos. Ya era tarde. El mal estaba hecho y nadie parecía estar en condiciones de detener el drama.

Capítulo 3

Domingo, 6 de julio de 2008

—*Fucking climate change!* —espetó Barbara, angustiada por los 34 grados que marcaba el coche, mientras recorrían los meandros del Ebro, antes de empezar a subir a La Fatarella.

—Aquí, en verano siempre ha hecho mucho calor —respondió Ramon, intentando evitar una polémica acerca del cambio climático.

—Ahora hace más —replicó ella—. Mira, ya no queda gente, nadie quiere trabajar la tierra y antes sí lo hacían.

—Lo que ves son márgenes levantados por los campesinos con piedras sacadas de los campos, al mismo tiempo que arrancaban las plantas de los yermos, para hacer bancales y poder labrarlos —explicó Ramon, más interesado por las raíces payesas de la Terra Alta que por un debate con una probable discípula de Al Gore.

—Antes la gente conseguía vivir del campo y ahora no pueden porque no llueve —Barbara nunca se daba por vencida.

A Ramon, la conversación empezaba a preocuparle, y pensó que era mejor volver a lo que los llevaba a las tierras del Ebro.

—¡Tu abuelo debió de hartarse de apilar piedras como ésas para construir trincheras!

—Seguro, porque la piedra los protegía, pero también multiplicaba el impacto de las bombas con una lluvia de esquirlas que los soldados temían más que la propia metralla —matizó Barbara, que lo había leído en las memorias de algunos soldados.

Habían salido de Barcelona después de comer algo, para llegar a La Fatarella a las cuatro y media, la hora de la cita con Mercè Subirana, la directora del Instituto de Estudios de la Terra Alta.

El abuelo de Barbara había pasado el Ebro cuando empezaba a clarear un día de julio tan caluroso como ése, con la XV Brigada. Desde pequeña, había escuchado en varias ocasiones el relato de Bob acerca del paso del río, la subida a La Fatarella y las batallas épicas en lo alto de las cordilleras. Impresionada por aquella historia, Barbara había hecho el viaje imaginario mil veces. Ahora ya estaba allí. Podía contrastar las memorias de los brigadistas con el paisaje y con la gente.

Tenía la sensación de oír las canciones, los gritos, las órdenes de los mandos, de ver las caras de los soldados y saber si estaban dominadas por el miedo, la rabia o la ilusión de un mundo nuevo, como decía Bob.

Ramon sólo había estado una vez en la Terra Alta, el año que murió Franco. Fue al día siguiente de la muerte del dictador. Había subido hasta la sierra de Pàndols, para rendir un solitario homenaje a los republicanos caídos en la batalla del Ebro. Hacía frío, mucho frío, pero había salido del coche atraído por la inmensidad del paisaje. El viento glacial y la soledad ayudaban a imaginar la derrota.

Sin darse cuenta había empezado a canturrear *El ejército del Ebro*, la más famosa de las canciones asociadas a la batalla: «Rumba la rumba la rumba la / Una noche el río pasó / ¡Ay, Carmela! / ¡Ay, Carmela!». La había aprendido en la Universidad de Barcelona en tiempos de Franco, y por cantarla en el interior de la facultad, pasó un par de meses en la cárcel Modelo.

Había hecho ese viaje a los escenarios de la batalla cuando estaba medio prohibido exhibir sentimientos republicanos. Desde que estaba permitido ir allí, e incluso estaba bien visto, nunca había vuelto. Aborrecía la codificación de la memoria.

—¿Te lo imaginabas así? —le preguntó a Barbara, al verla atrapada en el conflicto entre narraciones y realidad.

—Después de haber oído hablar tanto y de leer tantos libros sobre la batalla, llegas aquí y tienes una percepción diferente —reconoció ella.

—Es una cuestión de coherencia entre la memoria y el paisaje.

—Me imaginaba las montañas más altas, el río más caudaloso, todo más a medida de una batalla épica, donde murieron decenas de miles de hombres.

—La fuerza de este paisaje no está en su grandeza, sino en su intensidad y su severidad.

A medida que ascendían hacia el collado de Paumeres, la temperatura exterior había dejado de subir. Mercè ya lo había dicho: «Aquí arriba estaréis más frescos».

Barbara bajó la ventanilla porque quería apreciar la textura del aire y sentir el olor de las resinas. Necesitaba compartir las sensaciones que debía de haber vivido su abuelo, mientras su batallón avanzaba cuesta arriba. Con la excepción del asfalto, todo lo que la vista abarcaba debía de haber cambiado poco.

Sacó el brazo y medio cuerpo por la ventana, como si quisiera desprenderse de todo lo que impedía el viaje en el tiempo. El aire hinchaba la blusa de seda blanca que llevaba y le fustigaba el cabello largo y pelirrojo. Con la ventana abierta, el coche era un horno.

Ramon paró en una curva donde el trazado se ensanchaba. Ambos bajaron, hipnotizados por la cordillera. El calor seco les estallaba en la cara, y la montaña, a pesar de no ser muy alta, llenaba el horizonte.

La piedra parecía viva, candente, a punto de explotar. Las terrazas agolpadas, levantadas en lugares imposibles, revelaban un esfuerzo humano difícil de entender ahora que no había nadie, ni hombres ni ganado, sólo olivos y algún almendro, agarrados a los bancales, pinos que se alzaban encima del pedregal y, de vez en cuando, en un rincón sombrío, resguardada tras unos márgenes, una higuera que desperdigaba su verde sobre la tierra amarillenta como un superviviente de otros tiempos.

Estaban solos, pero el silencio, que era abrumador, duró poco. El tiempo de que las cigarras se repusieran de una presencia extraña y empezaran a batir las alas, enloquecidas por el calor.

Barbara intentaba revivir aquel mes de julio del 38.

Pensaba en los sentimientos que debían de acompañar a su abuelo mientras obedecía la orden de tirar para arriba, a paso ligero, para aprovechar el efecto sorpresa de las primeras horas. Con los ojos cerrados, ensordecida por el estridor de los insectos, se esforzaba en acercarse a las vivencias de aquellos hombres. Los abrió de golpe. Le pareció sentir el estrago de las bombas que los aviones alemanes lanzaban sobre los puentes y las pasarelas que habían permitido cruzar el río. Percibió el estruendo del bombardeo como

si estuviera presente, le dolieron los tímpanos y notó los latidos de la sangre y la garganta seca.

Desde donde estaba podía imaginar el pánico de unos soldados atrapados entre un río incierto y una cordillera controlada por los enemigos. Un sentimiento ausente de las historias ditirámicas promovidas por los dos bandos y de la mayoría de los libros que había leído sobre la batalla del Ebro.

Se volvió hacia el río y de nuevo se hizo el silencio. No había ni bombas, ni aviones, pero el horizonte quedaba ocupado por la imponente chimenea de la central nuclear. Hizo una asociación ingenua: ellos también estaban atrapados. Entre la sierra y la central. Sonrió.

Ramon estaba absorto en el déficit que domina el relato de las guerras, un dilema que había tenido que afrontar a menudo como periodista. Pensó en lo que había leído sobre la batalla, en que echaba de menos la angustia que debía de provocar en los soldados una tierra tan inhóspita, que no había sido pensada para resguardarse de las bombas o del fuego artillero.

Clavó la mirada en un pino esmirriado. Le pareció ver a un soldado abrazado al tronco, cavando un agujero con la bayoneta, el plato del rancho y las uñas, para meter en él medio cuerpo mientras duraba la lluvia de metralla y fragmentos de piedra.

—¡Sigamos, Ramon; tenemos que llegar antes de las cuatro y media!

Mientras regresaba al coche, Barbara tragó una bocanada de aire caliente y seco, impregnado de romero, que brotaba de la roca calcárea. Se la veía decidida. Intuía que no volvería de La Fatarella con las manos vacías. Estaba segura de ello. Descubriría el secreto de las dos muertes de su abuelo.

—*Triqui-triqui troc / la vella de Roc / s'ha cremat les vores / del mocador groc*^[1].

Antes de abrazarla, Barbara se plantó ante Mercè y le recitó la letra de una copla que las abuelas del pueblo cantaban a los recién nacidos mientras los mecían. Había leído el libro sobre el habla de La Fatarella que su amiga le había enviado a Boston.

A Ramon le parecía sorprendente que esas dos chicas, una de Massachusetts y la otra de la Terra Alta, que se habían conocido a través del *messenger*, se hablaran como si fueran amigas del colegio, porque estaba seguro de que entre dos hombres eso nunca hubiese ocurrido.

—Soy Ramon. Barbara me ha hablado mucho de ti. Ya sabes que la acompaño para ayudarla en la historia de su abuelo.

—Pues no lo sabía, pero me parece muy bien. Cuantos más seamos, mejor. ¡Porque mira que tiene miga esta historia! —respondió Mercè, dejándolo un poco desconcertado, y, dirigiéndose a Barbara, añadió—: Para mañana tengo elaborado un programa completo, pero hoy tienes el día libre.

Era una mujer joven, fuerte, morena de piel y de pelo. Por la ilusión que irradiaba, se adivinaba que había asumido la aventura de Barbara como propia. Estaba fascinada por su capacidad y su obstinación. Además, le parecía la mujer más atractiva de las que habían pasado por La Fatarella. Con aquella piel blanca y refinada, el cuerpo firme y la mirada desenvuelta, con una coquetería nada premeditada, le recordaba a Scarlett Johansson.

—¡Ves cómo la gente de aquí es hospitalaria! —exclamó Barbara, volviendo a dejar a Ramon en una posición incómoda.

—¡Vaya si lo somos! —reiteró Mercè—, pero cuidado, porque yo no represento a la mayoría de la gente del pueblo. No todo el mundo tiene Internet, y siempre hemos sido un pueblo aislado. Por La Fatarella la gente no pasa o, mejor dicho, no para. Ya lo verás: buena gente, pero desconfiada.

Ramon agradeció el comentario, que confirmaba sus propias advertencias. Pensó que se entenderían bien.

Habían quedado en el bar del Casal.

Antes de entrar, Barbara se quedó observando las casas del casco antiguo agarradas al cerro, con el campanario en el medio, encendido por el sol de poniente.

—Los republicanos llegaron por aquí cuando cruzaron el Ebro, ¿verdad?

Quería saber si la primera visión que había tenido su abuelo de La Fatarella coincidía con la suya.

—Por esa carretera, que era un camino medio empedrado. Y parece que entraron en el pueblo sin dificultades, porque las tropas del general Yagüe se habían retirado hacia Vilalba y Gandesa —explicó Mercè—. Dicen que encontraron algunas mesas puestas y las bolas del billar del Centro Católico sin guardar —añadió.

El viaje en el tiempo ya había empezado y la directora del instituto asumía su condición de guía, lo cual no le representaba ninguna dificultad, porque entre los forasteros que visitaban La Fatarella había muchos excombatientes, sobre todo republicanos y brigadistas, que eran los más fieles. De hecho, las visitas guiadas a los escenarios de la batalla se habían convertido en un

atractivo para el turismo local, bajo el nombre un tanto empalagoso de «rutas de la paz».

—¡Pero tú no estabas para recibirlos! —dijo Barbara, con la intención de aplazar una explicación más detallada de las circunstancias en las que habían llegado los republicanos.

En la libreta llevaba un calendario preciso de lo que quería hacer, y no era cuestión de dejarse llevar por la improvisación. No era fácil. A pesar de los años transcurridos, aquellos pedregales resecos habían atesorado demasiada historia como para dosificar su percepción. Una vez abierta la caja, era difícil volver a cerrarla.

—¡No, yo no estaba! —Mercè soltó una carcajada y siguió contando aquello que recordaba la gente mayor—. Entre los pocos vecinos que quedaban en el pueblo y que recibieron al coronel Modesto y a sus hombres, había un grupo de viudas vestidas de luto.

—¿Viudas? —Ramon intuyó que la precisión era relevante.

—Sí, mujeres que habían perdido a sus maridos durante los enfrentamientos de los Hechos del 37 y que no tenían adónde ir.

Desde el bar podían contemplar a los niños del pueblo chapoteando en la piscina municipal. Al otro lado del vado, los márgenes y los bancales absorbían los últimos rayos de sol que bajaban de la cordillera y llenaban los campos con vetas ocre y amarillentas, interrumpidas de vez en cuando por el verde mate de los olivos.

En la mesa de al lado, cuatro hombres jugaban una partida de dominó. Los dos más jóvenes saludaron a Mercè. Los otros, mayores, no levantaron la mirada de las fichas, pero de reojo observaban a los dos forasteros.

—Mañana, la idea es visitar el barranco donde Bob asegura que dejó a tu abuelo malherido. Con mi 4×4 podemos llegar hasta donde dice que estalló la mina. Si te parece, Barbara, saldremos a las ocho, para no pasar tanto calor.

—Mejor temprano. Necesito tiempo para caminar por los alrededores y hacerme una idea de lo que podía suponer ir a pie hasta La Fatarella —explicó Barbara mientras dejaba la Moleskine encima de la mesa.

—Y esta noche, ¿qué queréis hacer? —preguntó Mercè, involucrándolos por primera vez a ambos.

—Prefiero estar sola —respondió Barbara, que parecía tenerlo muy claro—. Quiero dar una vuelta por los porches y las calles antiguas.

Había sido demasiado brusca, y sintió la necesidad de justificarse.

—Ya sabéis que conozco de memoria el casco antiguo, pero la primera vez, quiero recorrerlo sola. Mañana ya nos pondremos serios, en plan CSI.

Era una experta en quitar hierro a las tensiones que ella misma creaba.

—Lo entiendo —dijo Ramon—. No es fácil imaginar qué debía de pensar tu abuelo en aquellas circunstancias —añadió—. Cuando llegó a La Fatarella y cuando volvió, antes de la retirada, si lo que dice esa carta es cierto.

Por mucho que quisieran, era imposible evitar el tema. A la carga histórica se sumaba la de la aventura que los había llevado hasta allí. Barbara lo comprendió y les habló del abuelo como nunca lo había hecho hasta entonces. Había apreciado que Ramon diera verosimilitud a la carta del 46, en presencia de Mercè.

Martin Stein era un intelectual comprometido que había entrado en el partido comunista, como otros, porque creía que era la manera más rotunda y eficaz de luchar contra el fascismo. Esta militancia explicaba su incorporación a las brigadas, a través de las redes tejidas por el Komintern. Embarcó hacia España en marzo de 1937, dejando a su mujer embarazada de David, el hijo que jamás conocería.

A pesar de no haber cumplido aún veinticinco años, era un brillante profesor de Literatura de la Universidad de Pensilvania, fascinado por el Siglo de Oro español. Había colaborado en el lanzamiento de la *Hispanic Review*, que acabaría siendo la biblia del hispanismo anglosajón.

—Estoy segura de que esa pasión por la literatura y la historia de España influyó en la decisión de incorporarse a las Brigadas Internacionales —comentó Barbara—. Siempre he creído que la adscripción ideológica de mi abuelo no fue el único motivo de su decisión.

—¿Quieres decir que vino a jugarse la vida junto a la República por su afición al Siglo de Oro? —preguntó Ramon, que consideraba demasiado romántica la interpretación.

—¿Por qué no? De hecho, no lo sabemos: nunca acabó de explicar sus argumentos. No se hizo comunista hasta poco antes de enrolarse en las brigadas, y la mayoría de sus amigos no lo eran. Se movía entre gente con un perfil académico muy marcado.

—En los años treinta, la fascinación por el comunismo era muy común entre los intelectuales judíos —añadió Ramon, que siempre se había preguntado por las causas de la presencia de tantos judíos entre los

brigadistas. Aunque Barbara no había hecho ningún comentario al respecto, el apellido judío era inequívoco.

—No ejercía de judío —replicó ella, de manera brusca, con ganas de abortar una interpretación que conocía y que le preocupaba.

Consideraba que había llegado el momento de hacerlos partícipes de otros datos que completaban la personalidad de su abuelo.

—Antes de morir, nos envió algunas cartas. Mi abuela recibió cinco, escritas desde los distintos frentes en los que estuvo. Parecen más cartas de un viajero romántico del siglo XIX que de un soldado inmerso en una cruenta guerra. Habla más de la historia y la cultura de los lugares donde se encontraba que de las batallas.

—¿Ninguna la envió desde La Fatarella? —preguntó Mercè, en busca de una revelación decisiva.

—No, pero tres de ellas están escritas en la Terra Alta —explicó Barbara, abriendo la Moleskine por una página marcada.

Una estaba fechada el 23 de julio, desde Ascó, dos días antes de cruzar el río; otra desde Corbera, a finales de agosto, más corta. Describía la guerra como un desastre humano de proporciones bíblicas, con el pueblo arrasado por las bombas de la División Cóndor, como Guernica, con la suerte de que la mayoría de la gente había huido. En la tercera, con fecha del 9 de septiembre, no decía exactamente dónde se encontraba, a pesar de que hablaba de Vilalba, pueblo que describía desde lejos. Por el tono, se le veía desmoralizado.

En la carta enviada desde Ascó, dos días antes de empezar la batalla, Martin se desahogaba en la significación de Miravet y de su castillo templario, aprovechando que un maestro del pueblo lo había introducido en la historia medieval de la Terra Alta.

—Seguro que le hubiera hecho más ilusión formar parte del batallón que tomó al asalto el castillo —comentó Ramon, para seguir la corriente del abuelo hispanista.

—Mejor que fuera por aquí —puntualizó Mercè—. En Miravet habría salido en las fotos de Robert Capa, pero habría encontrado más resistencia por parte de los franquistas.

Barbara añadió otros detalles acerca de las tres cartas escritas desde la Terra Alta que muy bien podrían haber servido para una guía cultural. De hecho, antes de marcharse, el abuelo había comprado una de las primeras

ediciones de la guía Baedeker sobre España y Portugal que la familia guardaba como una reliquia.

Mientras tanto, en la mesa de al lado, el mayor de los jugadores de dominó prestaba oídos, con la intensidad a que lo obligaba la edad. Su compañero de juego tuvo que llamarle la atención, debido a su falta de interés en la partida.

Se levantó y se marchó mirándolos de reojo mientras hacían planes para el día siguiente.

Esa noche, Barbara hizo realidad su deseo.

Se apoderó de las calles de La Fatarella. Los podría haber recorrido con los ojos cerrados siguiendo el trazo con lápiz grueso que había dibujado encima del plano de la habitación de Boston. Iba de un porche a otro sin perderse ninguno, hacia arriba y hacia abajo, girando a derecha e izquierda y a derecha otra vez. Se detenía en algunos portales, intentando imaginar los instantes confusos y dramáticos que debía de haber vivido su abuelo antes de la entrada de los franquistas.

La noche era fresca y oscura, sin luna. ¿Era una casualidad? Las tropas republicanas habían aprovechado otra noche oscura como ésa para cruzar el río. En la calle había poca gente: algunos hombres mayores que le seguían el paso con la mirada y mujeres mayores que susurraban en las entradas de algunas casas.

Pensaba en lo que le había dicho Ramon durante el viaje. En La Fatarella, la violencia siempre había venido de fuera. Es posible que las noches anteriores a la guerra fueran como ésa, agradables y dulces. Con más pobreza y mucha miseria, hubiera añadido Ramon.

Giró por donde había iniciado el itinerario, para volver a la fonda de Ca la Brisda donde Mercè y Ramon se habían quedado charlando. Tenía que pasar bajo los porches de Can Felip y de Cal Batet, largos y cambiados, con arcos ojivales, de medio punto y carpanel. Mientras atravesaba el primero, le pareció oír una canción conocida, que alguien canturreaba unos metros más allá. La voz procedía de la calle del Solà.

No se lo podía creer.

Se quedó inmóvil, con la respiración contenida. Quería estar segura de que era aquella canción. El acento era extraño y las palabras confusas, pero no había duda, era *Ol' man river*, ¡la canción preferida de su abuelo!

Echó a correr bajo el porche que llevaba a la calle del Solà para ver quién la cantaba. Estaba desierta.

Capítulo 4

25 de enero de 1937

Decididamente, subir hasta la ermita no había sido una buena idea. Los milicianos contaban con gente experimentada. Algunos habían estado en el frente de Aragón y afrontaban aquella operación como si tuvieran que tomar una posición ocupada por los fascistas. La primera regla era dominar el escenario antes de que el enemigo lo tomara. Si los campesinos estaban en el campanario, ellos tenían que hacerse fuertes en la parte alta del pueblo.

Al verlos subir, Serafí se encaminó hacia el cementerio que había junto a la capilla, y Domingo lo siguió. Se escondieron detrás de la pared de sillares, agachados.

Con tanto repetir que se trataba de aplastar un levantamiento de la quinta columna, los milicianos habían acabado creyéndoselo.

Los más jóvenes, llegados de pueblos de la comarca o de barrios proletarios de Barcelona, desde donde se habían incorporado a las patrullas de control, estaban excitados. Vivían aquel asalto a La Fatarella como una ocasión de convertirse en protagonistas de la guerra contra Franco sin ir al frente. Otros, más veteranos, sabían que el objetivo de aquel despliegue no era detener el avance de los franquistas; lo que estaba en juego era la supervivencia de la revolución. No se podía tolerar que un pueblo como ése, que imaginaban dominado por los caciques y por el cura, se opusiera a la colectivización de las tierras. Era necesario impedirlo a toda costa, porque sin hacer la revolución no se podía ganar la guerra.

—¡Tengo miedo, Serafí! —Domingo sólo pensaba en huir, como sus padres.

—Pues vete. Yo me quedo —contestó Serafí sin dejar de controlar el despliegue de los milicianos por los alrededores de la ermita.

—Me marcho a mi casa. Volveré más tarde.

No estaba hecho para soportar aquella tensión, que parecía no tener límite. Siempre había envidiado la intrepidez que demostraba Serafí cuando jugaban a batallas imaginarias y asaltaban la cabaña donde se habían escondido los del otro bando, como si fuera el castillo de Miravet. Estaba hecho de una madera que no soportaba los vendavales. Cogió el camino de las Eras, fuera de la vista de los forasteros.

La voluntad de regresar junto a su amigo era sincera, pero no podía imaginarse el tiempo que tardaría en volver a verlo.

A pesar del frío, Serafí notaba el sudor en la frente, y el corazón le latía tan de prisa que le partía el pecho. Las piernas a duras penas le obedecían. Veía cómo los milicianos tomaban posiciones para doblegar la resistencia de los campesinos y cómo empezaban a disparar en dirección al campanario. Nunca había oído armas como aquellas. El ruido que hacían era más seco que el de la escopeta de su padre, que lo había dejado sordo más de una vez, cuando lo acompañaba a cazar.

¿Por qué disparaban desde tan lejos? Cuando su padre veía una perdiz o un conejo a esa distancia, nunca gastaba un cartucho. Pronto comprendió que aquellas armas eran diferentes. Mientras el disparo todavía retumbaba, del campanario saltaban fragmentos de piedra, blancos como la cal, que caían como centellas de una noche de San Juan por encima de las casas más próximas.

Desde los alrededores de la iglesia, los campesinos respondían. Serafí reconocía el ruido más sordo de las escopetas de caza. Le pareció que oía la de su padre. A la ermita, sin embargo, no llegaba ninguna perdigonada. Estaban demasiado lejos.

No pensaba moverse. No dejaban de llegar hombres. De vez en cuando, algunos entraban en el pueblo por la avenida de la Misericordia, y cuando volvían, los gritos aumentaban y las amenazas eran más contundentes. Todos disparaban hacia el pobre campanario, claveteado por los impactos. Serafí sentía cada vez más frío. Las piernas le dolían de andar agachado todo el rato, mientras duraba aquel ir y venir de la ermita al pueblo y del pueblo a la ermita, pero de repente se hizo el silencio.

Por la escalera subía un grupo de campesinos, rodeados de milicianos armados. Los conocía a casi todos. Se incorporó y se quedó sin aliento; la piedra a la que se agarraba se le incrustaba en las manos. Entre los que se acercaban a la puerta de la ermita estaba su padre. Caminaba al lado de uno

que tenía las tierras junto a las suyas. Los empujaron al interior de la capilla a golpes de culata, mientras los insultaban.

¿Qué debía hacer? ¿Subirse a la pared para que su padre lo viera? No le gustaría saber que se había escapado de casa. ¿Correr hacia la puerta y entrar en la capilla? No lo dejarían. ¿Ir a su casa a contárselo a su madre? No quería dejarle solo.

Los disparos habían cesado, y en los alrededores de la ermita todo eran gritos. Habían llegado más milicianos con coches y camiones. Ante la puerta había un vecino del pueblo, uno que vivía en la calle de Santa Úrsula. ¿Por qué no lo habían hecho entrar junto con los demás? Llevaba un papel en la mano que mostraba a menudo a los dos o tres que mandaban, lo miraban, se lo pasaban entre ellos y no dejaban de entrar y salir de la iglesia.

Vio cómo sacaban a uno de los campesinos que había llegado con su padre, al que empujaron con tanta fuerza que cayó al suelo. El hombre lloraba. Serafí nunca había visto llorar a un campesino. Mientras se levantaba, uno de los que montaban guardia fuera le disparó. Se vino abajo como un saco de patatas mal atado y rodó por la escalera. A su alrededor, todos renegaban.

Salían más hombres. Serafí cerró los ojos para no ver cómo les disparaban, pero no oyó ningún tiro, sólo gritos. Volvió a abrirlos y vio cómo los hacían subir a un camión. Por lo que decían, los mandaban a Ascó. Su padre había quedado dentro de la ermita, con unos cuantos campesinos más. Delante de la iglesia, además del muerto, todavía estaba aquel vecino del pueblo, el amigo de los forasteros, con el papel en las manos.

—¡Todos al cementerio! —El que parecía mandar más había ordenado que los sacaran de la ermita y los condujeran cerca de donde estaba Serafí.

Se agachó todo lo que pudo. Miraba entre las piedras de la pared. Los llevaban como ganado, a gritos, empujándolos con las culatas. Su padre era el segundo. Tenía el cabello revuelto y la cara desencajada. No decía nada, no se quejaba. Andaba con la cabeza bien erguida, mirando hacia las tierras que habían sido su vida. Tenía los brazos pegados al cuerpo, los puños cerrados, y daba pasos largos, decididos, como si fuera a la era.

—Hemos encontrado una bandera monárquica en tu casa, ¡fascista!

Lo había dicho el que mandaba más, mientras señalaba al campesino que iba delante del padre de Serafí. El hombre abrió la boca como si quisiera hablar. Serafí nunca supo si quería explicar de dónde procedía aquella

bandera, o si quería decir otra cosa. El disparo sonó tan fuerte que cerró los ojos. Al abrirlos vio que el hombre yacía en el suelo. Durante unos instantes, pataleó como hacían los conejos cuando no morían a la primera.

Su padre era el siguiente.

—¿Por qué queréis matarnos si no hemos hecho nada? Nosotros sólo somos campesinos. Trabajamos la tierra y no hacemos daño a nadie.

Había hablado, y en voz bien alta. Todos los forasteros lo miraban, sorprendidos. Hubo un momento de turbación: su voz impresionaba; parecía no tener miedo.

—¡Calla! Sois todos de la quinta columna. ¿Acaso crees que no lo sabemos? Habéis intentado poner al pueblo del lado de los facciosos y habéis matado a uno de los nuestros cuando hemos llegado aquí. ¡Eres un fascista! —dijo el que mandaba, blandiendo el fusil con la mano izquierda.

Le convenía recuperar la autoridad después de las palabras del padre de Serafí. Los más jóvenes no tenían tan claras las exigencias de la revolución. Muchos se preguntaban si era necesario matar a toda aquella gente.

El de la voz cantante sabía que tenía poco tiempo para actuar. Habían dejado el pueblo incomunicado, cortando la línea telefónica que permitía hablar con Ascó, pero algunos vecinos habían podido escapar. Pronto llegarían los guardias de asalto desde Barcelona y después los políticos. Debían actuar sin dilación.

Pero Pascual de Cal Batet no estaba dispuesto a callar.

—¡Todo es mentira y lo sabéis! Nunca he sido fascista: soy campesino —insistió, exhibiendo su condición de hombre del campo para rebatir la consistencia de la acusación.

Volviéndose, se encaró con el que llevaba el papelito.

—Tú lo sabes bien, desgraciado. Todo lo haces por envidia. ¡Desgraciado, que eres un desgraciado!

El hombre bajó la mirada y se quedó mirando al suelo, con la cabeza gacha y el papel doblado. El padre de Serafí siguió hablando sin que le temblara la voz, en medio de un silencio que no presagiaba nada bueno.

—Yo siempre he votado por la República, como muchos de los que estamos aquí, y no soy un hombre de misa, por si lo queréis saber. No había vuelto a entrar en la ermita desde que me llevaban de pequeño, por la festividad de la Virgen de la Misericordia.

Seguía diciendo lo que pensaba, con voz decidida, sin dejarse intimidar por las amenazas. Como otros campesinos de La Fatarella, se había afiliado a la UGT y a Esquerra Republicana para oponerse mejor a la pretensión colectivizadora de los anarquistas. Era un hombre conservador, pero no era un fascista.

El jefe del grupo pensó que podía perder el control de la situación. Antes de ordenar a dos jóvenes milicianos que lo fusilaran, quiso decir la última palabra.

—¡No nos engañaréis! Sois unos fascistas al servicio de los caciques y os habéis afiliado a las izquierdas para traicionar la revolución. ¡Adelante, muchachos!

—Matáis a un hombre que ha trabajado toda su vida y que ha estado siempre al lado del proletariado —aún pudo decir el padre.

Le había robado la última palabra, mientras agachaba la cabeza para no ver los fusiles, inclinaba el cuerpo hacia adelante y enseñaba la palma de sus manos, con las que había trabajado toda su vida.

Para no oír el disparo y no gritar, Serafí se apretó la cabeza tan fuerte como pudo con las manos, pero no cerró los ojos. Vio cómo su padre se llevaba los brazos al cuerpo y quedaba de rodillas, como si le hubieran segado las piernas. El cuerpo herido de muerte quedó inmóvil unos segundos antes de caer de bruces.

Estaba acurrucado, con la cabeza entre las piernas. Temblaba, pero no lloraba. El cuerpo se le ponía en tensión cada vez que oía la orden de disparar contra otro campesino. Era como si volvieran a disparar contra su padre. Le pareció que reconocía las voces de algunos que se indignaban, o de otros que imploraban el perdón de sus verdugos antes de morir.

Era un día de frío seco, de aquellos que tanto le gustaban cuando hacía sol e iba a cazar gorriones con sus amigos. Estaba helado.

¿A cuántos hombres habían asesinado? Perdió la cuenta. Cerca de la ermita, media docena; otros por las calles, mientras huían y les encontraban una pistola, o estaban en la lista. Algunos en los pueblos cercanos, hasta donde los habían perseguido. En total, treinta y cuatro campesinos de La Fatarella.

—¿Qué haces aquí, chico? Éste no es lugar para ti.

Al notar el cañón de un fusil en las costillas se quedó petrificado. Era un forastero armado, pero no de los que habían ocupado el pueblo. Parecía un

militar, con botas de cuero de caña alta, una gorra de plato, y una chaqueta abotonada hasta el cuello, sobre la que llevaba unos correaes.

—Venga, vete a casa; tus padres deben de estar preocupados. ¿Quieres que te acompañe? —dijo el hombre al ver que Serafí no se movía.

Era uno de los guardias de asalto que habían llegado a La Fatarella, enviados por la Generalitat. Tarde para evitar la muerte de los campesinos; a tiempo de detener el asesinato del centenar de hombres que estaban en la lista. Serafí comprendió que podía fiarse de él. En pocas horas, había aprendido a ver, en la cara de los hombres, si eran gente de bien o no. Una aptitud que le serviría, y mucho, en la vida que le esperaba.

En el pueblo, todo era desolación. Por la calle se veían grupos de mujeres que caminaban arriba y abajo, y casi ningún hombre. Muchas preguntaban por el marido a las vecinas, o a los guardias de asalto, que cada vez eran más. No sabían si el suyo estaba entre los muertos de la ermita, entre los que habían hecho subir a un camión con destino incierto, o entre los detenidos que los guardias se habían llevado hacia la cárcel Modelo de Barcelona.

De debajo del porche de Can Felip subían los bramidos de una vecina que ya debía de saber el lugar que le había tocado a su marido en la lotería de aquel día de mentiras y locura colectiva.

Serafí no dejaba de temblar. El pueblo todavía estaba repleto de forasteros armados que corrían por las calles y entraban y salían de algunas casas con jamones y butifarras debajo del brazo. Al sentir cómo se le agarraba al brazo, el guardia le puso la mano encima, como para protegerlo. Imaginó que la criatura había visto cosas que era mejor no ver a su edad.

La mayoría de las casas permanecían cerradas, con las persianas bajadas, como si fuera verano. Alrededor de la iglesia todo estaba lleno de fragmentos de piedra caídos del campanario, maderas trinchadas y cristales rotos. Nunca había visto tanto desorden y el pueblo tan sucio, medio abandonado por los vecinos y lleno de gente de fuera. No veía a otros chicos. ¿Dónde estaban sus amigos?

Cuando pasaron frente a la casa de Domingo, vio que la puerta estaba reventada y el interior parecía vacío. Los forasteros habían entrado, seguro, y habían destrozado las jarras y las cubas. Tuvieron que apartarse para no pisar el aceite y el vino que corrían calle abajo, mezclados, embadurnándolo todo.

En la pared de enfrente habían pegado la portada de un diario de Barcelona. Unas letras rojas y grandes ocupaban toda la plana: «No nos dan miedo las ruinas porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones».

—¡Serafí!

Era su madre, que subía corriendo por la calle, alarmada. Él no se separó del guardia hasta que la tuvo al lado. Se acurrucó en sus brazos, buscando el calor de su cuerpo, como cuando era pequeño.

—Lo he encontrado cerca del cementerio, señora; estaba helado. No lo dejen salir, que la cosa no está como para que los chicos de su edad anden por la calle. Entren y no salgan hasta que todo esté más tranquilo. Dígaselo a su marido.

Sabía que la situación era delicada. Los refuerzos tardaban en llegar.

—Gracias, buen hombre, pero mi marido no está. Se lo han llevado a la ermita. Serafí, ¿has visto a tu padre? —preguntó ella.

En la parte alta del pueblo, las vecinas decían que habían sucedido cosas espantosas, pero su madre prefería no hacer caso.

El guardia se volvió hacia Serafí. Al ver el horror grabado en su mirada comprendió por qué no respondía: había presenciado la ejecución de su padre.

—Entre en casa, mujer, entre. Volveré a la ermita y le diré a su marido que baje en cuanto pueda. ¿Cómo se llama?

—Pascual, Pascual de Cal Batet. Gracias, buen hombre. Que Dios se lo pague. Vamos, Serafí, o pillarás un resfriado.

Capítulo 5

Lunes, 7 de julio de 2008

Después de aquel sobresalto, Barbara había dormido poco y mal. Tenía una gran capacidad para afrontar situaciones previsibles, pero se agobiaba ante las que no encajaban con sus esquemas.

Al volver a la fonda no había querido compartir el secreto de su paseo nocturno por las calles de La Fatarella con Ramon y Mercè. Tenía demasiada estima a su condición de persona racional como para contarles que había oído cantar *Ol' man river*, bajo el porche de Can Felip. Sólo eran los versos del estribillo, canturreados con un acento inclasificable, pero la voz de bajo con la que Paul Robeson había popularizado la canción en los años treinta era inconfundible.

No podía ser una coincidencia. Era improbable que alguien cantara una canción que había caído en el olvido desde hacía tantos años. Aún era más sorprendente que lo hiciera cerca de donde ella estaba, y que callara de repente cuando intentó averiguar de dónde provenía. Además, no era cualquier canción; era *Ol' man river*, la que su abuelo cantaba a menudo cuando vivía en Filadelfia, según le había dicho la abuela tantas veces, y también cuando estuvo en el frente, como Bob y otros amigos brigadistas le habían comentado.

Demasiadas coincidencias.

Buscó *Ol' man river* en la Wikipedia, para confirmar la validez cronológica de la relación entre el abuelo y la canción. Todo cuadraba. Había sido compuesta en 1927 como el alma de un musical que narraba las luchas de los afroamericanos contra la esclavitud. Paul Robeson la cantó en el estreno del musical y poco después en una versión cinematográfica, en el año 1936, que el abuelo, probablemente, había visto antes de embarcar hacia España.

La biografía de Robeson estaba dedicada al cine, a la canción y a una militancia comunista que le supuso ser perseguido en Estados Unidos y condecorado por Stalin. Pero, al parecer, los judíos progresistas como Einstein lo habían respetado, hasta que el antisemitismo hizo estragos en la Unión Soviética y él calló, como tantos otros comunistas; pero eso, el abuelo de Barbara no lo había vivido.

Lo verdaderamente interesante era que la probable relación de Martin con Robeson y *Ol' man river* tenía fundamentos cronológicos y culturales. Además, Robeson también se había graduado en Filadelfia y muy pronto se incorporó a las movilizaciones a favor de la República española. ¿Quién sabe?, tal vez coincidieron en algún mitin de solidaridad. O cuando había venido a España, a cantar para los brigadistas.

Era comprensible que a Martin se le pegara el estribillo de *Ol' man river*. Llegó a ser todo un símbolo. Quizá la cantaba, con un hilo de voz, para que no lo oyeran desde el otro lado del río, al cruzar el Ebro aquella noche tibia, serena y de luna nueva del 25 de julio del 38.

—El barranco donde Bob dice que dejó a tu abuelo herido es ése —dijo Mercè, mientras detenía el 4×4, señalando con el dedo un despeñadero que partía por la mitad el lomo de la montaña, a la izquierda de la carretera que une La Fatarella con Vilalba dels Arcs.

Habían almorzado juntos y después salieron en dirección a Vilalba. Ramon notaba tensión en las dos mujeres y no conocía las razones de dicho malestar. Habían perdido la espontaneidad y la alegría del día anterior. Atribuyó la inquietud de Barbara a la proximidad de la visita al barranco, Pero en cambio le costaba interpretar el repentino silencio de Mercè. Había llegado a la fonda con los ojos enrojecidos, y desde que habían subido al coche se escondía tras unas gafas panorámicas que no le sentaban nada bien.

—Si fuera cierto, habría quedado en territorio franquista desde el primer momento —comentó Barbara al salir del coche—. Según he leído —añadió, haciendo gala de sus conocimientos sobre la batalla—, los de la 1.^a División de Navarra tomaron la cota que hay encima del barranco el mismo día que hirieron a mi abuelo.

Se podía considerar una experta en la batalla del Ebro, sobre todo en lo que se refiere a los episodios de finales de septiembre. Eran los días de la denominada quinta contraofensiva franquista. Lo sabía todo sobre los enfrentamientos que se habían producido entre Vilalba, Camposines y La

Fatarella, los tres pueblos que formaban un triángulo en cuyo centro estaba el condenado barranco.

Fue a finales de verano cuando hirieron al abuelo. Los soldados republicanos iban desorientados después de dos meses de sol y metralla. Llevaban ocho semanas pegados a las piedras, defendiéndolas palmo a palmo, rodeados de cadáveres hinchados por el sol, ensordecidos por el continuo estruendo de la artillería, enloquecidos por los piojos, las chinches y las víboras, bebiendo más vino que el agua que sacaban de pozos infectos y tenían que filtrar con el mismo trapo que limpiaban el fusil. Vivían atrincherados.

Negrín sacrificaba lo mejor del ejército republicano para ganar tiempo, a la espera de un despertar de las democracias europeas contra la Alemania nazi que nunca se produciría.

Los franquistas temían que Francia e Inglaterra abandonaran la política de no intervención. Pero el tiempo de la diplomacia europea jugaba a su favor. Faltaban pocos días para que Chamberlain y Daladier se reunieran con Hitler y Mussolini. La República estaba condenada. A pesar de la superioridad en aviones y artillería, las tropas franquistas también estaban agotadas; en el último mes, habían avanzado menos de un kilómetro. Durante bastantes días las cotas cambiaban de bando cada dos por tres.

El campo de batalla era un matadero donde los hombres se enfrentaban a palos, con las piernas medio enterradas, como en aquella célebre pintura negra de Goya que Martin había tenido colgada durante años en su habitación, mientras se adentraba en el estudio de la historia de España.

Franco así lo quería. No sólo aspiraba a ganar la guerra, sino que además quería exterminar a los republicanos.

—Si es como decís, tu abuelo quedó aislado, a la vista de los franquistas que subían de Vilalba y de Corbera, y sin posibilidad de evacuación por parte de los suyos —concluyó Ramon, a pesar de negarse a dar por definitiva la tesis de que había caído en manos de los legionarios.

Siempre le había chocado el odio con que los franquistas trataban a los brigadistas que caían en sus manos. Conocía relatos de soldados republicanos que habían asistido a la ejecución sumaria de sus compañeros brigadistas mientras ellos eran tratados como prisioneros de guerra y enviados a campos de la España franquista.

Recordaba con especial horror la aniquilación de la mayoría de los componentes de la compañía Botwin integrada por brigadistas judíos que habían caído en manos de los legionarios después de haber sido diezmados

por la artillería, cerca de donde estaban, un poco más abajo, por encima de Gandesa.

—¡Extranjero, judío y comunista! —Ramon pensó que el abuelo de Barbara tenía escasas posibilidades de haber sobrevivido a las heridas. Pero se guardó de expresar sus malos augurios en voz alta.

—Quizá quedó protegido por la vegetación del barranco —sugirió Barbara, que adivinaba sus pensamientos—. Vete tú a saber si no se escondió dentro de una de esas cabañas de piedra que se ven desde donde estamos —añadió.

No estaba dispuesta a ceder ante el primer contratiempo. Ni Mercè ni Ramon le recordaron que su abuelo tenía las piernas destrozadas, y que le resultaba imposible arrastrarse desde el barranco hasta alguna de las cabañas que poblaban las terrazas. Lo sabía de sobras.

—De aquí a La Fatarella, andando, debe de haber unas tres horas —dijo Ramon, para quien él era determinante, para confirmar la hipótesis con la que trabajaban, saber cómo Martin había podido llegar hasta el pueblo.

—¿Y quién dice que fue andando? —repuso Barbara.

—Piensa que habían requisado todos los vehículos, incluso las mulas de los campesinos. ¿Cómo quieres que fuera, a caballo de un legionario? —replicó Ramon, con una broma de mal gusto, de la que se arrepintió de inmediato; estaba cansado y le preocupaba no saber qué les ocurría a las dos mujeres. El sol empezaba a castigarlos.

A Barbara no le había hecho ninguna gracia; no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Era partidaria de no dejarse llevar por intuiciones y seguir con la recopilación sistemática de datos. Cogió la cámara fotográfica que llevaba dentro del bolso para tomar algunos planos y anotar lo que habían visto.

Enfocó el barranco y las tres cabañas que se divisaban. Pero tan sólo hizo una primera foto; luego volvió al coche repentinamente y volvió a coger el bolso con un gesto brusco. Lo vació encima del asiento; la Moleskine no estaba.

—¿Habéis visto mi libreta? —les preguntó con la voz alterada.

—Siempre la llevas en el bolso —comentó Ramon.

—Pues no está —dijo Barbara en un tono seco que no admitía comentarios.

—Te la habrás olvidado en el hostel —añadió Mercè, compartiendo su angustia.

—Nunca la olvido. Esta mañana, antes de bajar a desayunar, he repasado unas notas en la habitación y he vuelto a meterla en el bolso. Cuando nos hemos marchado, lo he cogido sin abrirlo y ahora la libreta no está.

—¿Estás segura? —preguntó Mercè mientras miraba bajo los asientos del coche.

—Segurísima. Me la han robado mientras desayunábamos. Es la única explicación. ¡Volvamos!

El aire era más seco que el del día anterior. Con el silencio, el calor se hacía más presente. Se notaba que estaban al otro lado de la sierra de La Fatarella, lejos del río. Más allá de Gandesa, las cordilleras cerraban el horizonte. Estaban rodeados por algunos de los escenarios más sangrientos de la batalla: Gaeta, Punta Targa, Corbera, el Puig de l'Àliga, Vilalba, el nudo de Camposines, Gandesa y las sierras de Cavalls y Pàndols, con sus cotas míticas, que Barbara podría haber identificado con ayuda de Mercè. No estaba de humor para emprender rutas de la paz. Le habían robado la libreta, estaba segura, y la cabeza le daba vueltas, buscando correlaciones entre todo lo que le estaba pasando desde que había llegado a La Fatarella. La Moleskine no estaba en la habitación. Ni tampoco Dolors, la dueña de la fonda, tenía idea de la libreta. Quizá Barbara la bajó al restaurante sin darse cuenta.

—De día, la puerta siempre está abierta, pero nunca nos han robado nada —explicó Dolors, justificando las normas de la casa, ante la posibilidad de que alguien hubiera subido mientras desayunaban.

—En el pueblo nunca hay robos —insistió Mercè y explicó que el ayuntamiento disponía de un sistema de megafonía a través del cual se emitía una ranchera convenida cuando veían a alguien de aspecto sospechoso rondando por las calles.

En otras circunstancias, la revelación de ese sistema de alerta hubiera provocado risas y comentarios sobre la idiosincrasia local. Barbara quería saber si el sistema estaba vigente o era cosa del pasado. Y cuando Mercè se lo confirmó, sentenció:

—Entonces, es alguien del pueblo.

Antes de que nadie expresara dudas sobre lo que parecía evidente, les contó el secreto del paseo nocturno, la noche anterior, por las calles del pueblo. Se quedaron pasmados al oírlo. Ramon entendió entonces por qué le había mudado el semblante y no parecía la del día anterior. Mercè no levantaba la vista.

—Llegamos a La Fatarella, en unas horas me retan con la canción preferida de mi abuelo y me roban la libreta donde tengo las notas del viaje. ¿Cómo debemos interpretarlo?

—Quizá se trata de alguien a quien no le gusta lo que estamos haciendo y que quiere asustarte para que te vayas —dijo Ramon—. ¿No te parece, Mercè?

Mercè hizo un gesto de incredulidad, pero no abrió la boca.

—He estado pensándolo. Eso podría explicar el robo de la libreta, pero no la canción: ni vosotros sabíais que a mi abuelo le gustaba esa canción —respondió Barbara.

Descartaba la hipótesis de que fuera alguien del pueblo dispuesto a impedir que una chica de Boston cuestionara la tranquilidad de los vecinos. La cosa era más seria. No estaba preocupada por las anotaciones de la libreta, porque ya las había volcado en su portátil, sino por la significación de lo que había sucedido. Les dijo a sus compañeros que se retiraba un momento a descansar y quedaron para comer en la Casa Ecológica.

Barbara llegó casi veinte minutos tarde, pero con una sonrisa digna de circunstancias más favorables. Ramon y Mercè no se lo podían creer.

—Vamos por buen camino —les aseguró, antes de sentarse.

Había llegado a la conclusión de que los dos sustos eran indicaciones de alguien que podía conducirlos hasta la tumba de su abuelo.

Sin mirar la carta, pidió una *esqueixada de ganyims*^[2] y, de segundo, bacalao en salsa. Había leído la oferta gastronómica de la Casa Ecológica en Internet, antes de bajar de la habitación. Hasta en las cosas de comer le encantaba llevar la iniciativa.

Capítulo 6

Mayo de 1937 / marzo de 1938

La plaza del ayuntamiento estaba vacía. Nadie había acudido a la llamada del alguacil que anunciaba un parlamento de gran trascendencia para el pueblo.

De un tiempo a esa parte, las calles de La Fatarella estaban medio vacías. Se veían mujeres mayores que iban con prisa, rozando las paredes de las casas y buscando el cobijo de los porches que rodeaban el barrio antiguo. Quedaban pocos hombres desde la muerte violenta de los treinta y cuatro campesinos a manos de las patrullas anarquistas, aquel maldito domingo de finales de enero. Muchos se habían marchado a otros pueblos de la comarca o a las masías de los alrededores.

Tampoco se veían muchos niños, porque las madres no los dejaban jugar por las calles como antes. Cuando salían de la escuela, que había vuelto a abrir sus puertas, tenían que ir directos a casa.

Ya se veía la presencia de la primavera en el blanco de los almendros, el amarillo de la tarraguilla y la agrimonia, y el griterío de los gorriones. La de ese año, sin embargo, estaba ensombrecida por el luto y el miedo, y a los niños, a los que tanto les gustaba ir al campo con pantalón corto cuando empezaba a hacer buen tiempo, sus madres no les dejaban alejarse.

Cuando el señor Claret se plantó ante el ayuntamiento para dar su parlamento, la plaza estaba vacía.

El tradicional recelo hacia los forasteros se había convertido ahora en abierta desconfianza. Durante cuatro meses, la gente había vivido atemorizada, pendiente de una llamada a la puerta y de las noticias procedentes de Barcelona. Habían recibido con incredulidad las informaciones sobre los Hechos de Mayo y la derrota de los confederales. No se fiaban de nadie, ni del alcalde, que era de la CNT, ni de los políticos de izquierdas que habían venido a echarlo y a poner fin a la colectividad.

Claret era uno de ellos: un hombre enviado por la Generalitat para garantizar la constitución de un nuevo consistorio y rehacer la convivencia entre los vecinos. Decían incluso que era amigo del presidente Companys, lo cual, en un pueblo tan castigado, no valía gran cosa. La gente se preguntaba por qué no lo habían enviado antes.

Desde la muerte de su padre, la vida de Serafí era bien distinta. Su madre había enfermado y se la habían llevado a Vilalba, a casa de una hermana. Él se había quedado en casa de sus padres, en la calle Sant Andreu, con una tía que vivía sola porque su marido, Cisco, había ido a vivir a una masía, y no pensaba volver hasta que la vida en el pueblo fuera como antes.

Le gustaba estar con su tía. Era el único chico que hacía lo que quería: entraba y salía de casa, e incluso del pueblo. Con la mula de su padre llevaba víveres de las casas a las masías y de las masías a las casas. Todo el mundo sabía que había asistido a la ejecución de su padre, y eso le daba una libertad de movimiento que ningún otro chico tenía. Pobre niño, decían cuando lo veían pasar con su mula. Tanto si reía como si ponía cara de adolescente preocupado, los vecinos lo atribuían a lo que había visto y a lo mucho que había sufrido.

Todos pensaban que se había quedado un poco trastornado por la impresión, y él se aprovechaba de ello. Hablaba con el mismo desparpajo con los milicianos que habían rondado por el pueblo hasta mediados de mayo que con los guardias que se habían quedado para impedir otro estallido de violencia. Todos lo saludaban por su nombre antes de dar un cachete en la grupa de la mula. Nunca le preguntaban adónde iba, a pesar de que lo suponían.

Esa nueva vida le había permitido conocer mejor que nadie los caminos y los atajos que iban de La Fatarella hasta Ascó, Camposines o Vilalba. A cambio de sus servicios, que eran muy apreciados por las familias que habían quedado divididas, le pagaban en especies. De esta manera, en casa de su tía, y en la masía donde estaba el tío, no faltaba la comida.

Sólo él había atendido la convocatoria del señor Claret. Le hacía gracia aquel hombre, delgado como un reseo, moreno de piel como si siempre fuera pleno verano, con su cabello negro y reluciente de brillantina, la raya siempre perfecta, ataviado con un impecable vestido de corte bretón y unas botas

anudadas de arriba abajo, que el domingo cambiaba por unos zapatos de charol que parecían fichas de dominó.

Del pueblo no estaba ni el alguacil. Detrás del señor Claret, reclusos bajo el porche del ayuntamiento, formaban una pareja de guardias de asalto y otro forastero bajito y reservado que había llegado con él, un par de días antes. Enfrente, para escucharlo, no había nadie.

La convocatoria tenía mal arreglo, pero el señor Claret no se arredró; se abrochó la americana cruzada, comprobó que el nudo de la corbata estuviera en su lugar y empezó el parlamento, con una voz de tenor que retumbaba en toda la plaza.

—¡Pueblo de La Fatarella!

El pueblo era Serafí, que asomaba la cabeza por la esquina. Los guardias de asalto estaban muertos de miedo. El asistente ponía cara de circunstancias, pero el señor Claret no parecía dispuesto a fracasar. El encargo que le había hecho Companys era una oportunidad para un hombre como él, joven, ambicioso, conocedor del mundo municipal y enemigo de los extremismos que diezmaban la República. O seguía o estaba perdido.

Se dirigió al árbol que estaba en el centro de la plaza.

Serafí no se lo podía creer: ¡jamás hubiera imaginado que alguien pudiera hablarle a un árbol! Dio un paso adelante y entró en la plaza. Su gesto no pasó desapercibido a las mujeres que estaban al acecho, tras las persianas. Algunas bajaron a la calle y algunos hombres, pocos, se les sumaron. Con su ayuda, el señor Claret había empezado a vencer la desconfianza. Pudo dar el discurso; le escuchaban pocas almas, pero las suficientes como para desperdigar sus ideas de concordia y reconciliación por todas las casas.

El chico había quedado fascinado por aquel hombre y cuando lo llamó, al acabar el parlamento, se le acercó, tenso pero decidido.

—Tú te llamas Serafí, ¿verdad? —le preguntó Claret.

—Sí, señor, Serafí de Cal Batet. Me ha hecho gracia verle hablar al árbol —contestó el chico, admirado por el atrevimiento de aquel forastero.

—¡Lo que hay que hacer en la vida! Ya lo aprenderás. Pero tú también eres muy valiente —añadió Claret, que había apreciado el gesto del muchacho al entrar el primero en la plaza.

—Yo siempre estoy en la calle.

—Lo sé, ya te he visto. Escucha, tienes que ayudarme, Serafí —le dijo con un ademán serio.

En esos últimos meses, Serafí había agudizado la capacidad de captar los propósitos de la gente en un *pispás*. Nunca se equivocaba. Y ahora estaba

convencido de que ese hombre un tanto estrafalario que hablaba a los árboles, le haría una proposición honesta.

—Me han dicho que sabes dónde están la mayoría de los hombres que se han marchado a las masías, y yo quiero que vuelvan a casa. Si lo hacen, nadie les hará daño ni les quitará nada. Es mejor que vivan con las familias que no de esa manera, como topos. Quiero que se lo digas de mi parte, Serafí. Tienes que ayudarme a convencerlos.

—Yo no sé nada de los hombres que se han marchado, señor Claret —dijo el chico con los ojos clavados en el suelo—. Sólo sé dónde está mi tío.

Había pasado de una mentira poco creíble a una media verdad.

—Pues empecemos por él. ¿Le dirás que venga a verme?

Claret sabía que lo importante era empezar. Si conseguía que uno de los hombres que habían huido volviera al pueblo, sería como tirar del hilo de la madeja.

—Se lo diré, pero no sé cuándo. Mañana tengo que ir a la escuela. ¡Que le vaya bien! —Serafí necesitaba tiempo para pensarlo y para comentárselo a su tía.

Después de lo que había pasado, Cisco ya no se fiaba de nadie, y menos de un forastero: «¿Qué se habrá creído ese Claret de Barcelona?, ¡ir a verlo al ayuntamiento!».

Para convencerlo, Serafí tuvo que ir con su tía montada encima de la mula. A los que se habían marchado todavía les dominaba el miedo. Las brutalidades relacionadas con la colectivización forzosa recorrían las masías entre la verdad y la leyenda. Desde mediados de mayo había menguado la impunidad, pero las cosas no estaban claras. Reinaba tanta confusión que el propósito de restablecer la normalidad en el pueblo era visto, en el mejor de los casos, como una quijotada.

En las masías, los rumores eran el pan de cada día. Sin electricidad, las noticias no llegaban, pero los rumores no necesitaban electricidad. De vez en cuando, Serafí llevaba algún diario atrasado a su tío y le leía que los republicanos habían ocupado Teruel, que las izquierdas se habían enfrentado a tiros por las calles de Barcelona y de Tortosa, o que el gobierno de Negrín se había instalado en Barcelona. Él sólo se lo creía a medias.

—Serafí tiene razón. Tienes que volver, Cisco —le dijo la mujer, llorando.

Había estado a punto de desmayarse al ver a su marido tan desaliñado, mal afeitado y sucio, él, que tanta importancia daba al aseo personal, diariamente, al volver del campo. Llevaba los pantalones apedazados, la camisa roñosa, las alpargatas deshilachadas. Llevaba más de cuatro meses en esa cabaña, solo, paralizado por el temor a ser descubierto.

Las primeras noches habían sido de frío y soledad y ahora se anunciaban días de verano en los que la carencia de pozo y árboles umbrosos sería dramática. Todo eran pedregales resecos, matojos, pinos esmirriados, algunos olivos y unos cuantos almendros, todos ellos, árboles de hoja escasa. Las higueras que podían proporcionarle cobijo y frescor estaban más abajo, demasiado cerca de la carretera.

Si Cisco no había enloquecido era porque Serafí iba a verlo cada tres o cuatro días, le daba recuerdos de su mujer y le llevaba comida. Le llenaba la jarra de agua y la bota de vino, y le dejaba algún puro caliqueño. Para convencerlo, su esposa le dijo que algunos hombres ya habían regresado, que no podía quedarse solo como si se hubiese vuelto loco.

Cogió un garrote lleno de nudos que tenía en la entrada de la cabaña y lo levantó, mirando en dirección al pueblo.

—Bien, volveré. Pero si quieren hacerme daño, antes le abriré la cabeza a alguien. A mí no me matarán como a un conejo. ¡Os lo aseguro!

Serafí cargó a su tía encima de la mula, cogieron cuatro cosas de la cabaña y emprendieron el camino de vuelta al pueblo, con Cisco delante, el garrote en ristre. La mujer soñaba con que la vida quizá volvería a ser como antes; no sabía que la guerra se presentaría muy pronto, volviendo a traer el infierno a la Terra Alta, y se le llevaría al marido para siempre.

Con la muerte de su madre, que no había soportado marchar a Vilalba, y la fuga de Domingo hacia Zaragoza, con su padre, que había desertado, Serafí se había quedado sin padres y sin su amigo. Era otra persona. La tía nunca había tenido hijos y no sabía cómo hablarle. Se había vuelto esquivo, y quizá ése fue el motivo por el cual empezó a relacionarse con el vecino de Cal Sant, la casa de al lado, en la misma calle de Sant Andreu.

No entendía por qué la gente del pueblo lo evitaba, e incluso le temía, sin que nunca hubiera molestado a nadie. Él siempre le sonreía cuando se cruzaban. No era campesino y, de hecho, nadie sabía exactamente a qué se dedicaba. Iba de un lado a otro por los pueblos de la comarca y, a veces, se recluía en casa durante días; otras, pasaba mucho tiempo fuera, como si se hubiera marchado lejos.

A la fascinación que le había producido desde pequeño se le añadía ahora su soledad, que lo atraía porque se reconocía en ella. Así fue como un día entró en su casa al ver la puerta entornada. Una decisión que daría un vuelco a su vida.

Cal Sant no era una casa como las demás: siempre tenía las persianas echadas y la puerta sólo se abría de tarde en tarde, cuando el dueño salía y se marchaba andando hacia destinos sobre los que nadie preguntaba. A Serafí siempre le habían inquietado aquellos dos sillares de piedra esculpidos con forma de cara en la fachada, a cada lado de la puerta, que tenían expresiones como de otro tiempo.

Un día, el maestro les había hablado de aquellas caras. Les había dicho que eran muy antiguas, y les contó que Cal Sant había sido una casa perteneciente a la Orden del Temple. Había aprovechado para hablarles de los templarios, unos hombres misteriosos, mitad monjes y mitad guerreros, que habían llegado a la Terra Alta hacía más de siete siglos para echar a los moros.

También les contó que habían construido muchas casas del pueblo antiguo, que Cal Sant era una de ellas, y que habían levantado iglesias como la de Sant Andreu y ermitas como la de Sant Bartomeu, en Camposines, a la que los padres de Serafí acudían todos los años con él. Al parecer, eran buenos peones, sobre todo trabajando la piedra seca.

El dueño de Cal Sant había dejado la puerta entreabierta a sabiendas. A Serafí le costó adaptarse a la oscuridad, pues las ventanas tenían contraventanas por la parte interior que no dejaban pasar ni un rayo de luz. El propietario de la casa estaba en el fondo de una sala vacía con las paredes desnudas, cerca de unos peldaños que llevaban a un piso medio soterrado como el que había en muchas casas del casco antiguo. Sostenía una lámpara de aceite temblorosa a la altura de los ojos. Hacía días que no lo veía y pensó que tenía mala cara, pero lo atribuyó al juego de sombras de la llamita.

—Hola, Serafí —le dijo saludándolo por su nombre, mientras bajaba la escalera, dando por descontado que el chico iba a seguirle.

Se acercó todo lo que pudo para aprovechar la poca luz que daba la lámpara. El hombre se ahogaba, incluso al bajar. No iba vestido igual que cuando lo veía por la calle, sino como de otro tiempo: llevaba una cota larga, de tejido blanquecino, que le llegaba hasta las rodillas, un pantalón de paño azul apedazado y unos botines de piel hasta los tobillos.

Al parecer, llegaron donde vivía. Era una dependencia mitad cocina, mitad dormitorio, donde todo estaba hecho a medida de un hombre solo: una mesa, una silla, un catre y una artesa.

—¿Lo ves?, ésta es mi casa. Me gusta vivir aquí abajo. Estoy más tranquilo.

Le había hablado con una voz suave, meliflua, que Serafí nunca había oído. Pensó que le sentaba bien a un hombre como él, que no tenía que ir por los campos llamando al rebaño, o por las calles del pueblo persiguiendo a los niños. Su manera de hablar le inspiraba confianza. Todo lo demás le atemorizaba, incluso los libros que se agolpaban encima de la mesa. Nunca había visto tantos libros y tan viejos.

El dueño de Cal Sant dejó la linterna encima de una pila de documentos y con un gesto preciso empujó la artesa contra la pared. Acto seguido abrió una trampilla estrecha que había debajo, disimulada bajo un dedo de tierra y de polvo.

—Quiero enseñarte un lugar que nadie más conoce —le dijo el dueño de la casa con el mismo tono de voz, intentando no asustarlo.

Volvió a coger la linterna y desapareció por una escalera de caracol hecha totalmente de piedra. Cautivado, empujado por una fuerza parecida a la que había experimentado el día del fusilamiento de su padre, Serafí le siguió. La oscuridad se había acentuado, pero las pupilas se le dilataban a medida que bajaban. Al rozar las paredes, la llama descubría piedras cada vez más grandes, como las del porche del Bo, cerca de la antigua muralla.

Al final de la escalera, que daba vueltas y más vueltas, llegaron a una gran sala con una mina de agua a un lado donde la luz hacía chiribitas. Parecía como si el dueño de Cal Sant, en alguna ocasión, hubiera pasado allí unos días; quizá cuando no se sentía suficientemente seguro arriba. Había pocos enseres, los imprescindibles para dormir un par de noches.

Al fondo se adivinaba un pasillo que se abría bajo un arco carpanel medio en ruinas. Le sorprendió la cruz esculpida que había encima del arco. Era como la que el maestro les había dibujado en la pizarra el día que les había hablado de los templarios y les había explicado que se podían ver en muchas iglesias de la Terra Alta. Serafí había visto otra en la ermita de Sant Bartomeu, cuando iba con sus padres.

—Mira bien por dónde pisas y presta atención al techo; podrías golpearte con las piedras —le dijo el dueño de Cal Sant, enfilando el pasillo. Era como

cuando su padre lo llevaba a cazar por lugares de difícil acceso.

Tuvo un momento de indecisión, pero no tenía más remedio que seguirle, si no quería quedarse solo y a oscuras. Se adentraron por el corredor, pasando por encima de unas piedras que se tambaleaban como los cantos rodados del río en verano. Serafí calculó que habían recorrido un camino tan largo como la calle de Sant Andreu. Pero no sabía en qué dirección habían andado, porque en la escalera de caracol había perdido la orientación.

Desembocaron en una sala más amplia y de techo más alto, que a duras penas abarcaba la luz de la linterna. El dueño de Cal Sant descolgó otra que había en la pared, más grande, se la dio y la encendió.

El chico se quedó boquiabierto.

Capítulo 7

Martes, 8 de julio de 2008 (por la mañana).

Ramon había salido un momento antes de desayunar. Si tomaba el café con leche sin hojear el diario, el mal humor le duraba toda la mañana. Al regresar, vio un papelito bajo el limpiaparabrisas del coche. Era una cita:

A las 12 en Sant Bertomeu

—Es una hoja de mi Moleskine —exclamó Barbara, que veía confirmados, de buena mañana, sus pronósticos más optimistas. Por consiguiente, añadió— debe de tratarse de la persona que me la robó y, quizá, la misma que cantaba *Ol' man river*.

—Es probable. Debe de ser un hombre de cierta edad —precisó Ramon, basándose en que en la nota se escribía el nombre del santo con una «e», una acepción que había caído en desuso.

Dolors, la dueña de la fonda, les explicó que Sant Bartomeu era una ermita aislada que se encontraba en el camino de Camposines.

—Tenemos que recapitular —advirtió Barbara, excitada por el hecho de que en menos de veinticuatro horas se hubieran producido tantos acontecimientos—. Por cierto, ¿por qué dices que la nota la ha escrito un hombre?

—Porque la letra es de hombre. Además, deduzco que si es una persona mayor del pueblo o, como mucho, de la comarca, tiene que tratarse de un hombre, ya que una mujer de cierta edad nunca nos citaría en un lugar tan apartado.

Se lo contaron a Mercè que acababa de entrar. De buena mañana ya llevaba aquellas gafas de sol que le cubrían medio rostro.

Según Barbara, estaban en condiciones de hacer un primer retrato robot de la persona que iba siguiéndole los pasos. Debía de ser un hombre de unos setenta y pico años, quizá ochenta, vecino de La Fatarella, solitario, y acostumbrado a moverse por la Terra Alta.

Lo había argumentado por defecto: era una persona mayor porque sabía cosas del abuelo; no podía ser de fuera porque hubiera tenido que entrar tres veces en el pueblo en veinticuatro horas, y eso habría activado la ranchera; no podía vivir en familia porque no hubiera tenido libertad como para ir solo a una ermita alejada a las doce del mediodía, en pleno calor de julio.

—¿Qué opinas, Mercè? —preguntó Ramon.

—Pues que debe de ser como dice Barbara —respondió en un tono expresamente neutro, impropio de una situación tan estrafalaria—. ¿Y ahora qué hacemos? —añadió.

—Pues vamos hacia Sant Bartomeu —respondió Barbara sin dudar ni un segundo, exagerando el deje catalán para acentuar la trascendencia del momento.

—Mientras no vayamos hacia las tres piedrecitas... —murmuró Mercè.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Ramon sin que Barbara lo oyera mientras se dirigían hacia el coche.

—Que debemos ser precavidos —aclaró Mercè, y le explicó el origen de dicha expresión, heredada de cuando la Terra Alta fue cristianizada y a los musulmanes que se habían quedado allí los enterraban fuera de la muralla, orientados hacia La Meca, con tres piedrecitas que formaban un triángulo encima de la cabeza y los pies.

Ramon atribuyó su estado de ánimo a que no soportaba la alteración que había sufrido su vida. Había asumido que la muerte del abuelo de Barbara estuviera rodeada de misterio, y aceptaba el juego de intentar saber qué había pasado, pero no estaba en condiciones de ir más allá. En un par de días, todo se había trastocado. Se había armado mucho lío, demasiado, desde que Barbara y él llegaron al Casal.

Si se quedaban en el pueblo, Mercè no soportaría la presión. Ramon propuso salir antes y visitar Camposines, uno de los lugares más disputados de la batalla del Ebro.

—Prefiero ir directamente a la ermita —dijo Barbara—. He leído que es de las más interesantes de toda la época templaria —añadió, recuperando por unos instantes su condición de arquitecto.

Cuando se adentró en la historia de su abuelo, Barbara no sabía nada de los templarios y de su huella constructiva. Para ella, la arquitectura medieval

européa se dividía entre el románico, que veía como hecho a medida del hombre, y el gótico, donde veía una Iglesia interesada en levantar los techos de las catedrales para afirmar su poder.

Además, los mitos que rodeaban la historia de los templarios le inquietaban.

En todas esas leyendas medievales, veía munición para los fundamentalistas cristianos de su país.

Internet le había permitido acercarse a la arquitectura templaria sin pasar por la literatura de masas que vivía del enigma de los hombres de la cruz roja. Había encontrado información sobre las proporciones áureas de sus iglesias y las influencias orientales que habían estimulado su curiosidad. Pero nunca le había pasado por la cabeza que pudiera existir una relación entre ambos misterios: la muerte de su abuelo y las peripecias de la Orden del Temple.

Cuando llegaron a la ermita, Barbara hizo de Barbara.

—Fijaos en las medidas —les dijo, justo en el momento de bajar del coche—. Mide 9,70 metros de largo, 6 de ancho y 3,72 de altura.

—*So what?* —preguntó Ramon en inglés, como para subrayar su reacción ante su petulancia intelectual.

—Pues que si divides la anchura por la altura, da 1,618, que es el número áureo. Y si haces la misma operación entre la longitud y la anchura, vuelve a dar 1,6.

—Phi. 1,618033 —precisó Ramon, para demostrar que estaba al día sobre las peculiaridades del número áureo, por el cual se había interesado mucho antes de que *El código Da Vinci* popularizara su existencia—. Si seguimos la secuencia de Fibonacci tal vez descubramos dónde murió tu abuelo —añadió, provocándola.

Mercè alucinaba. No entendía cómo ambos jugaban a una partida de florete con el carácter áureo de las medidas de Sant Bartomeu media hora antes de la cita. Sabía que muchos edificios religiosos no guardan la proporción áurea porque el maestro de obras tuvo que acomodar a más feligreses, pero no dijo nada, por si acaso Barbara llevaba una cinta métrica en el bolso y esa ermita fuera la más armónica de todas las ermitas templarias. Además, ella no estaba para bromas. Ni para dialécticas.

Lo cierto es que Sant Bartomeu transmitía una sensación de armonía que invitaba a acercarse.

Ramon había oído decir que el castillo de Miravet estaba inspirado en el Krak de los Caballeros, pero después de haber estado en Siria, la comparación le parecía forzada. Ahora, ante esa ermita de dimensiones modestas, Grecia y

Oriente le venían a la memoria. Recordaba haber visto arcos como éstos, que parecen salir de los cimientos. Pensó que ese contacto de la bóveda con la tierra era lo que hacía que Sant Bartomeu fuera más humana que divina.

Eran las doce y el individuo que los había citado no se presentaba.

Mientras Ramon y Barbara guardaban silencio, tratando de retener el tiempo, Mercè charlaba por los codos. Les hizo observar que la espadaña de la ermita había sido alterada: alguien había sustituido la campana primitiva por el cono de una bomba. Toda una metáfora, destinada a recordar la tragedia de la Terra Alta.

Les explicó que todos los años, el día de Sant Bartomeu, la gente de La Fatarella iba en romería hasta la ermita. Mientras los niños se quedaban fuera y tiraban piedrecitas a la bomba, la gente mayor entraba en la capilla por el arco de punto redondo adovelado que enmarcaba la puerta, comprobaba con orgullo que el techo, formado por losas de piedra colocadas en salto de caballo, seguía igual, y honraban a su santo. Al salir de la capilla, pasaban ante una estrella funeraria que llevaba esculpida la cruz del Temple y les recordaba sus orígenes.

Eran las doce y media y el hombre de la cita no llegaba.

Esperaron otra media hora, hablando de los templarios con cierta desgana. Mercè no dejaba de mirar el reloj.

—¡Regresemos! Con este calor ya no vendrá nadie —dijo de repente Barbara, con la irritación propia de quien está poco acostumbrado a que le modifiquen la agenda a diario.

Cuando llegaron al cruce que llevaba a La Fatarella, vieron pasar dos coches de los mozos de escuadra que subían por la carretera. Iban demasiado de prisa para tratarse de un convoy de rutina. Barbara y Ramon no le dieron ninguna importancia, pero Mercè tuvo un presentimiento.

—¿Tomamos una cerveza? —propuso al pasar delante del Casal. Pensó que era un buen lugar para averiguar por qué los mozos subían tan flechados.

—Yo voy a la fonda, a buscar el teléfono que he dejado cargando —dijo Barbara, que quería un momento de tranquilidad para pensar en aquella cita frustrada y recuperar la iniciativa.

La barra hervía de comentarios sobre lo que había sucedido. Habían encontrado el cadáver de un hombre en el molino de Cal Llop, en la riera de

Sant Francesc. Todo eran conjeturas: había quien decía que podía haberse caído; otros sugerían que podía haber muerto por una piedra desprendida del molino, medio en ruinas. Al parecer, el cadáver tenía la cabeza abierta. No se conocía todavía su identidad, pero alguien creía saber que era vecino del pueblo.

—¿Qué hacía un hombre mayor tan lejos, y solo, en el molino de Cal Llop? —preguntó Mercè.

Se hizo el silencio. La pregunta era incómoda, porque alejaba la versión de un accidente y llevaba hacia la hipótesis de una muerte violenta. Más de uno estuvo a punto de preguntarle cómo sabía que era una persona mayor.

—¿Sabéis quién es el muerto? Serafí de Cal Sant —dijo un hombre que acababa de entrar en el Casal, en voz alta, para que todo el mundo lo oyera.

—Mercè se tapó la boca con la mano para ahogar el grito que le subía del vientre.

Todos conocían a Serafí. Era un vecino solitario, aunque se relacionaba con la gente cuando le convenía. Vivía solo, en Cal Sant, desde que la guerra había roto su familia. A su padre lo habían matado los anarquistas y la madre había huido a Vilalba, a casa de una hermana, donde poco después murió de tristeza. Él se había hecho mayor antes de tiempo, ganándose el pan con una mula con la que hacía encargos.

Después de la guerra, vivió con su tía hasta que ésta murió, a finales de los cincuenta. Vivían de la chatarra que él encontraba por los bosques y los campos. Obuses, balas de todos los calibres, bombas de mano, cascos de todas las nacionalidades, mecheros, relojes, insignias, botas, gorras, cantimploras, e incluso alguna chaqueta de aviador.

Conocía el campo de batalla mejor que nadie.

Quienes lo frecuentaban contaban que, hasta hace poco, le había ido bastante bien con ese saqueo tolerado de la arqueología de guerra, en la que se había convertido en un experto. Sobre todo cuando trabajaba para satisfacer a algún coleccionista extranjero obsesionado con una pieza que sólo él era capaz de encontrar. Y nunca le había pasado nada, como a tantos otros cazadores de reliquias de la guerra. Incluso la Guardia Civil había llegado a consultarle para desactivar artefactos de espoleta sofisticada.

Era un hombre misterioso, incluso para los que jugaban al dominó con él. Uno de los clientes del Casal, con quien formaba a menudo pareja de juego, recordó cuándo vendió la casa de sus padres al morir su tía y se trasladó a vivir a Cal Sant. Probablemente había comprado la casa.

—¡Menuda decisión! —exclamó—. La suya era mucho mejor.

Los últimos años iba siempre arriba y abajo en un coche desvencijado, ayudando a todo aquel que lo necesitara. Estaba medio retirado, y vivía de lo que había ganado traficando con los recuerdos de la batalla del Ebro. Con poco pasaba. Y cuando iba al bar a echar la partida lo invitaban a café, tanto si ganaba como si perdía.

—Parecía estar bien —añadió uno de los que habían jugado con él la última partida—, pero de repente se puso nervioso y se marchó sin terminar la partida.

—Tal vez sería conveniente contárselo a los mozos —insinuó el camarero.

Mercè pidió dos cervezas y escogió una mesa, alejada de la barra. Quería hablar a solas con Ramon. Se la veía nerviosa.

—Ese hombre que ha muerto, Serafí, estaba sentado junto a nuestra mesa anteayer, cuando llegasteis, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo voy a recordarlo si no lo conocía? —repuso Ramon, sorprendido de verla tan desencajada.

—Están pasando cosas muy raras.

No acababa de decir todo lo que pensaba, y eso sacaba de quicio a Ramon.

—Chica, se nota que eres de La Fatarella: piensas que todo está relacionado con la llegada de Barbara, ¿verdad? Siempre creéis que la violencia viene de litera, aunque no suene la ranchera.

—Soy de La Fatarella, pero no estoy paranoica. Aquí pasan cosas raras y pasarán más aún. Ya lo verás —añadió de manera enigmática.

—Vamos a Ca la Brisda, a hablar con Barbara —propuso Ramon, para rehuir una conversación que le parecía tan estrambótica como inquietante.

No tuvieron tiempo de levantarse. Barbara entraba por la puerta con un gesto en la cara que no le conocían.

—Dolors me ha contado que han encontrado a un hombre muerto; la policía cree que lo han matado.

—Sí —dijo Ramon con la intención de anticiparse a la versión de Mercè—. Un hombre que estaba aquí jugando al dominó anteayer por la tarde.

—Sentado a la mesa de al lado —precisó Mercè, sin añadir nada más y con los ojos clavados en sus manos entrelazadas.

—Ya sé qué piensas, Mercè —dijo Barbara—. Y tienes toda la razón —añadió, dejando a Ramon perplejo.

Les mostró el SMS que había recibido a las nueve y doce minutos mientras iban camino de Sant Bartomeu, y que no había leído hasta que había vuelto a la habitación.

Ermita Ocates. Piedra del número

—Eso sólo te lo puede haber enviado quien te ha robado la Moleskine —adelantó Ramon, suponiendo que allí tenía anotado su número de móvil.

—Debe de ser la misma persona que nos había citado en Sant Bartomeu. Probablemente el que ha muerto en el molino, poco después de enviar ese SMS —concluyó Barbara.

—Tendríamos que decirlo a los mozos —musitó Mercè, que cada vez estaba más angustiada.

—¿Dónde está eso de Les Ocates? —preguntó Ramon. Barbara le agradeció la pregunta con la mirada; aún no había llegado el momento de hablar con la policía.

—Son unas ruinas del pueblo antiguo de Vilalba.

—¿Y por qué se llama Les Ocates?

—Es una leyenda —explicó Mercè, recuperando una condición de experta que le permitía volver a levantar la mirada—. Los vilalbins la llaman Vilalba la Vieja, pero nosotros la llamamos Les Ocates. Según parece porque la antigua Vilalba era toda blanca y, en griego antiguo, «blanco» es *leukós*.

—Cosas de los templarios —sentenció Barbara, más excitada que preocupada.

—¿Dónde está esa ermita? —preguntó Ramon.

—Debe de ser una troglodítica que está cerca de Les Ocates —sugirió Mercè.

—Y el número del que habla el SMS podría ser el número áureo —añadió Barbara.

—Pues sigamos recorriendo la ruta de las ermitas templarias —dijo Ramon, al tiempo que se ponía en pie.

Mercè a duras penas pudo levantarse. Las piernas no le respondían.

Capítulo 8

Abril de 1938

Serafí repartía su tiempo entre el señor Claret y el dueño de Cal Sant. Eran dos personas muy distintas que tenían en común haberlo colocado en el centro de sus vidas.

El enviado de Companys se pasaba el día charlando. Era mucho más que un secretario de ayuntamiento. Hablaba con todo el mundo: con los de izquierdas, que habían formado el nuevo consistorio, del cual los anarquistas habían quedado excluidos; con los de derechas que habían vuelto y que él intentaba tranquilizar. Recibía a las viudas que habían perdido a sus maridos en los Hechos del 37 y les repartía algún dinerillo, y visitaba también a las familias que más habían padecido.

Intentaba restañar las heridas de un pueblo que había quedado traumatizado.

Los viernes daba conferencias en la Aurera sobre la fraternidad, la necesidad de ennoblecer la vida del campesino, de poner el progreso y el conocimiento al servicio del hombre. Tenía amigos francmasones y había hecho suyos los valores asociados a la masonería porque se correspondían con sus convicciones. Al principio, la gente no iba a sus charlas, pero poco a poco los hombres fueron dejándose caer un rato por allí, mientras se fumaban el último caliqueño del día.

Por el contrario, el dueño de Cal Sant no se relacionaba con nadie, sólo con aquel chico vecino suyo. Su salud había empeorado y se decía que quería sacar fuerzas de flaqueza para dejarle la llave de sus secretos. Cuando Serafí veía la puerta de su casa entreabierta, ya sabía que lo estaba esperando ante un montón de libros viejos y papeles amarillentos.

Le contaba la historia de los hombres de la cruz que habían vivido en aquella casa cuando dominaban la comarca. Hablaba de ellos con admiración, como si los hubiera conocido. Los ojos, medio cerrados por la enfermedad, aún brillaban cuando recordaba cómo habían sido traicionados por el rey de Aragón, después de haberlo ayudado a echar a los moros. Y cuando hablaba del rey de Francia y de un papa que habían estado, decía, en el origen de la aniquilación del Temple, se ponía furioso y pronunciaba imprecaciones ininteligibles.

Según él, era tanta la injusticia que se había cometido con ellos que todos los males de la Terra Alta derivaban de dicha iniquidad.

Serafí disfrutaba de lo lindo con el señor Claret. Lo había ayudado a conseguir que muchos campesinos dejaran las masías donde se escondían. El pueblo volvía paulatinamente a la rutina: los hombres iban al campo, las mujeres se encontraban en la fuente de Sant Joan para lavar la ropa, y la escuela había vuelto a abrir. Pero nada era como antes. A pesar de que no se habían producido más incidentes ni había habido revanchas, la tensión estaba latente en cada momento. Antes de salir a la calle, todos miraban por la ventana para asegurarse de que no pasara un vecino con quien era mejor no cruzarse.

Vivían pendientes de los rumores acerca de la política y la guerra. Unos por miedo y los otros porque pensaban que, según como fueran las cosas, todo volvería a ser como antes. La tía de Serafí creía, por ejemplo, que si Franco ganaba, en la escuela el chico volvería a sentarse junto a los otros niños, y no mezclado con las chicas. Pensar de este modo la reconfortaba.

Aquel día, el señor Claret le pidió que lo acompañara hasta Amposta, en un katiuska soviético acabado de estrenar, para cargar arroz y bacalao. Entre los estragos de la colectivización, la gente que se había marchado, la guerra que se aproximaba, y un invierno más frío de lo normal, muchos campesinos padecían penurias y los niños pasaban hambre. Para el chico, era un gran día: volvería a ver el mar.

—Nunca hemos hablado de ello, Serafí, pero me han contado que estabas cerca de la ermita cuando mataron a tu padre —comentó Claret mientras conducía, al poco de dejar Móra d'Ebre, aprovechando la complicidad que daba la cabina del camión.

—Sí, estaba allí. Fui con Domingo, pero después me quedé solo, hasta que salió mi padre.

No le había confirmado que hubiera presenciado el asesinato, pero para Claret no era necesario, porque ya lo había intuido. Sin embargo, se decían tantas cosas que no acababa de creérselo. Veía al chico tan vivaracho que le parecía imposible que se hubiese recuperado. No quería agobiarlo, pero no podía dejar de hacerle una pregunta que nadie había querido contestar.

—¿Viste a un hombre del pueblo que hablaba con los que mataron a tu padre? —se lo preguntó sin apartar la vista de la carretera.

—¡Ya lo creo! Lo conocía bastante bien. Vivía en la calle de Santa Úrsula. El que mandaba le preguntaba cosas mientras los hombres salían de la ermita. Mi padre le plantó cara y le llamó desgraciado tres veces. ¡Gritando! —explicó Serafí, recordándolo con orgullo—. Se fue del pueblo —añadió.

No venía a cuento preguntar cómo se llamaba. La provocación de los faístas había desatado viejas historias jamás resueltas: envidias, rencillas por un palmo de tierra, herencias mal escrituradas, conflictos mal digeridos, pleitos mal zanjados; una historia de pobreza contra miseria acumulada a lo largo de siglos.

El alzamiento de Franco había despertado demonios adormecidos bajo los porches del casco antiguo.

—¿Lo ves, Serafí? Ésa es la cara más oscura de este tipo de guerras: sacan a relucir lo peor que tienen los hombres dentro —comentó el señor Claret, reiterando una idea que ya había expuesto en una de las conferencias del ayuntamiento.

De aquel secretario de ayuntamiento, Serafí aprendió cosas que le serían provechosas mucho antes de lo que podía imaginar. Le explicaba cómo era la gente de Barcelona, le hablaba sobre todo de las personas, de lo que tienen de bueno y de malo, y de cómo había que tratarlas, de tal manera que, durante los meses que estuvo en La Fatarella, el chico tuvo dos maestros: uno que le leía libros, en la escuela, y el otro que le daba lecciones de vida. Y aún tenía un tercero: el dueño de Cal Sant, que le hablaba de los tiempos antiguos. Era un chico afortunado.

—¿Usted cree que volverán los coches de la muerte? —preguntó Serafí, convencido de que el señor Claret no decía toda la verdad en sus conferencias para no asustar más a la gente.

—Quédate tranquilo, que no volverán. Los anarquistas más exaltados han recibido una buena tunda —le respondió, refiriéndose a los Hechos de Mayo de Barcelona y de Tortosa.

—¿Y por qué no vuelven los padres de Domingo, si ya no hay peligro? — preguntó Serafí, que pensaba a menudo en su amigo desde que se había marchado a Zaragoza.

—Porque una guerra como ésta es la más monstruosa de las guerras. Las personas se dividen en bandos, y hasta que no ganan los tuyos, no estás contento. No conocí a los padres de tu amigo, pero por lo que sé, el padre desertó, y sólo volverán si Franco gana la guerra.

—Dicen que si gana Franco, vendrán otros coches de la muerte, con hombres que matarán a más hombres.

—Pues podría ser. Ayer mismo oí decir que los franquistas han entrado en Teruel. Y eso no está lejos de La Fatarella, o sea, que la guerra se acerca, Serafí. Se acerca.

—A nosotros no nos harán daño, después de lo que le pasó a mi padre.

El chico hacía sus cálculos, como toda la gente del pueblo. Si los de un bando habían matado a su padre, los del otro no les harían nada. Había gente que pensaba lo contrario y preparaba las maletas cuando oían decir que los republicanos habían perdido la batalla de Teruel.

No era momento de dar lecciones de política, pensó Claret; bastante había padecido ya el chico. Pero al verlo tan maduro, por su edad, creyó oportuno explicarle algunas cosas que le ayudaran a formarse un juicio equilibrado acerca de lo que había vivido. Su preocupación era que Serafí no juzgara la República por lo que había sucedido en La Fatarella durante los Hechos.

—¿Sabes qué dijo el presidente Companys cuando vio a los amigos de tu padre detenidos en la Modelo de Barcelona?

—No.

—Pues que si aquellos hombres con callos en las manos y alpargatas eran la quinta columna, como decían algunos, la República estaba bien jodida. Por eso estoy aquí —le recordó, antes de detenerse en las cosas buenas que había traído la República.

—Sentarnos juntos a los chicos y a las chicas en la escuela —añadió Serafí, que veía en las clases mixtas lo mejor de la Escuela Nueva, en contra de la opinión de su tío Cisco, para quien el cambio podía feminizar al hombre y masculinizar a la mujer.

—Y más cosas, Serafí, más cosas. Te darás cuenta de ello cuando seas mayor.

Regresaron de Amposta al atardecer, con el camión cargado de sacos de arroz y pencas de bacalao. Había corrido la voz y las mujeres los esperaban en la plaza. Desde el camión, Serafí ayudaba a descargar las vituallas. Veía a las

madres de muchos amigos y a todas les decía que dieran las gracias al señor Claret y al presidente Companys.

Las mujeres cogían el bacalao y el arroz y se lo llevaban a su casa, donde esa noche harían una gran fiesta.

Rodeado de tanta gente, en aquel katiuska, junto al señor Claret, Serafí era feliz. Se veía a sí mismo como aquel héroe del aleluya que el maestro había colgado en la escuela pocos días antes: ¡un chico catalán, antifascista y humano!

Con el dueño de Cal Sant, Serafí hablaba poco de política. Durante los hechos, se había recluso durante un par de semanas en el sótano. Estaba convencido de que si lo pillaban le esperaba la misma muerte que a muchos de los curas de la comarca. Su cruz no era la de la iglesia de Sant Andreu, pero quienes quemaban santos y mataban frailes no hilaban tan fino. No se fiaba de los republicanos, pero coincidía con Claret en que, si llegaban los franquistas, el pueblo volvería a sufrir.

Si ambos lo decían, era mejor creérselo, pensaba Serafí.

Estaba fascinado por las historias acerca de los hombres de la cruz que le contaba su amigo; le leía libros viejos y le mostraba algún documento antiguo que a menudo no entendía. Encerrados en su casa, en una oscuridad apenas rota por la lamparita de aceite a la que ya se había acostumbrado, viajaba en el tiempo junto al dueño de Cal Sant, hacia una época lejana en la que el hombre aseguraba que la gente de la Terra Alta era feliz y libre, más que en cualquier otro lugar de Cataluña.

La bajada al sótano había sido una manera de ponerlo a prueba, de constatar que el chico valía, que no le asustaba la oscuridad, que le llamaba la atención el misterio, que sabría guardar el secreto de Cal Sant, y que, si era necesario, estaría dispuesto a defenderlo.

Aquel domingo de abril en que el señor Claret había ido a Barcelona para ver cómo iban las cosas, la puerta de Cal Sant estaba entreabierta de buena mañana, así que Serafí entró en la casa a primera hora. El dueño había prometido enseñarle una espada como la que llevaban los hombres de la cruz. La había subido del sótano; era de hoja larga y de doble filo, con el guardamano recto y el pomo redondo.

—¡Pero usted me contó que eran campesinos! —exclamó Serafí, para quien los hombres se dividían entre los que trabajan la tierra y los que hacen la guerra.

—Aquellos hombres venían de Oriente, donde la sabiduría es antigua y está muy extendida. Eran mitad monjes y mitad guerreros, pero no siempre estaban rezando o haciendo la guerra a los sarracenos. Necesitaban comer y ganar dinero, y la tierra y el río se lo dieron.

—O sea, ¿que eran campesinos como mi padre? —preguntó Serafí.

—Campesinos, frailes y soldados. Tenían espadas como ésta, lanzas, mazas, trajes de cota de malla y todo tipo de utensilios para hacer la guerra, como los que viste abajo el día que fuimos hasta el final del pasillo.

Del cajón de la artesa sacó un sello donde se veían dos caballeros con casco, escudo y lanza, montados en un caballo.

—¿Siempre iban dos sobre un caballo? —preguntó Serafí, que recordó cuando era pequeño y volvía del campo montado en la mula con su madre.

—Son una pareja para que entendamos que habían hecho voto de pobreza. Tenían mucho dinero, pero lo enviaban a Tierra Santa.

—¿Cómo sabe que no se lo quedaban? —preguntó Serafí, con la malicia propia de su edad.

—Porque, sin ese dinero, los que estaban en Tierra Santa no podrían haber sobrevivido y luchado contra los musulmanes.

Como prueba de esta dedicación de la orden a su misión oriental originaria, le enseñó el templo de Salomón esculpido en el reverso del sello.

—¡Es como el de fuera! —exclamó Serafí, que había visto el mismo dibujo, con las dos torres, bajo la aldaba de Cal Sant.

—¿Lo entiendes ahora? Cuando convenía, montaban a caballo con sus largas capas blancas marcadas por una cruz roja. Cuando no iban a la guerra, trabajaban la tierra y cuidaban los rebaños. A veces construían casas, ermitas, como la de Pinyeres o molinos como el de Les Perellades —explicó el dueño de Cal Sant, haciendo elogio del legado templario de la Terra Alta.

—Si mi padre hubiera sido guerrero, además de campesino, no lo hubieran matado tan fácilmente —concluyó Serafí, fascinado por la vida dual de los templarios, al menos, tal como se la contaba su amigo.

—La muerte nos llega a todos, Serafí —advirtió el dueño de Cal Sant para evitar que el chico tuviera la tentación de situar a los hombres, aunque fueran los hombres de la cruz, por encima de Dios.

Quería hablarle de la muerte. La sentía cercana.

—El sótano de esta casa es un lugar que sólo conocemos tú y yo, y no conviene que nadie se entere de que existe.

—Nunca se lo diré a nadie, lo juro —dijo Serafí con un tono impropio de su edad y acorde con la solemnidad del juramento.

—Tienes que guardar el secreto hasta que sientas que te queda poco tiempo de vida. Entonces, busca a una persona buena, que pueda guardarlo durante muchos años, hasta que, a su vez, ésta confíe en otra. Así es como hemos conseguido mantenerlo.

—¿Piensa morirse pronto? —preguntó el chico al ver la muerte reflejada en su cara.

—No viviré mucho más. Pero, además, la guerra no tardará demasiado en regresar al pueblo. Todo el mundo lo dice. Por eso he querido que vinieras: tenemos prisa.

—¿Pero qué puedo hacer yo?

—Pues todo lo posible para que los soldados no encuentren este escondrijo. Si entran en la casa, no pasa nada; pueden llevarse las cuatro cosas que hay. Lo que no tienen que encontrar nunca es la escalera de caracol ni el pasillo.

—A usted no le harán daño porque son gente de misa.

Serafí creía que los franquistas respetarían a quienes veneraban una cruz, aunque fuera la templaria.

—Sería demasiado largo de explicar, pero a esa gente tampoco les gusta esta cruz.

—Sólo quieren la suya —dijo el chico, remachando el clavo, para demostrar que había captado el peligro.

—Quieren una Iglesia única —insistió el hombre—. Por eso persiguen a los judíos y a los francmasones. ¡Imagínate que descubrieran el lugar donde está escondido parte del patrimonio templario de la Terra Alta! Algunos dicen incluso que el Temple estuvo en el origen de la masonería. No es verdad, pero no importa; lo que cuenta es que se lo crean.

Serafí no acababa de comprender toda aquella historia de masones, judíos y templarios, pero las preocupaciones de su amigo eran similares a las del señor Claret. Si Franco los perseguía a ambos, es que realmente era tan malo como decían en la escuela.

Necesitaba que el dueño de Cal Sant le diera instrucciones sobre cómo defender el secreto de la casa.

—La semana pasada fui a Ascó e hice testamento ante un notario de confianza. Lo he dejado todo a tu nombre. Cuando cumplas dieciocho años, la casa será tuya. Aquí tienes la llave. ¡Que no te la quiten nunca!

—La esconderé, no se preocupe.

Lo dijo con tanta determinación que el dueño de Cal Sant insinuó una sonrisa. Ahora podía contarle aquello que todavía no le había dicho.

—Mientras la casa no sea tuya, podrás entrar desde tu habitación sin que nadie lo sepa, y así podrás comprobar que todo está en su sitio.

—¿Desde mi habitación?

—Muchas casas del barrio antiguo se encabalgan unas con otras. La vuestra y Cal Sant, también. Lo descubrí cuando eras pequeño y llorabas: si me situaba en aquel rincón, te oía justo encima.

El dueño de Cal Sant lo llevó al fondo de la sala y le mostró una trampilla en el techo, encima de la artesa, entre dos gruesas vigas de madera.

—Si lo he calculado bien —añadió—, ese agujero da justo debajo del armario grande que tienes junto a tu cama. O sea, que quitando el fondo del armario, lo encontrarás y podrás bajar hasta aquí. ¡Le he dedicado mis últimas energías! —dijo con orgullo por el trabajo hecho.

Serafí no le preguntó cómo había calculado el lugar exacto, ni cómo había podido horadar el techo sin que su tía se enterara. El hecho era que podría entrar en Cal Sant sin salir a la calle.

La casa era medio suya.

Capítulo 9

Martes, 8 de julio de 2008 (por la tarde).

—Un inspector de los mozos pregunta por usted —anunció Dolors, dirigiéndose a Ramon.

Estaban tomando un tentempié en Ca la Brisda antes de ir a Les Ocates, en espera de que el sol se pusiera para no dejarse la piel en el viaje.

Ramon se había conformado con un plato de embutidos, con longaniza, butifarra de cebolla y pan con tomate. A pesar de las sorpresas de las últimas horas, Barbara seguía su agenda gastronómica. Había pedido *clotxa*, un pan de payés vaciado y relleno de arenque a la brasa, ajos y tomates asados. Mercè estaba desganada. Tuvo bastante con unos *cócs de matafaluga*^[3], que eran todo huevo y harina y a los que casi no se les notaba la almendra y la miel. Los había regado con un vaso de mistela para bajar la tensión de las últimas horas, que había sido excesiva. Sobre todo, para ella.

—¿Qué quiere ese poli? —preguntó Ramon con una reacción heredada de la época franquista, de la que nunca había podido desprenderse completamente, por mucho que la nueva policía fuera democrática y catalana.

—Ha subido de Ascó por la muerte de Serafí de Cal Sant —dijo Dolors, sutilmente.

—Que pase, mujer, que pase.

El inspector García llevaba unas horas en La Fatarella, intentando averiguar las causas de una muerte que le parecían criminales, aunque no tenía ninguna prueba; sólo indicios, intuiciones profesionales, miradas de la gente.

—Usted es norteamericana, pero habla catalán, ¿verdad? —se dirigió a Barbara al tiempo que le daba la mano.

Ella respondió con una sonrisa de circunstancias pero no dijo nada, ni en catalán ni en inglés.

Según parecía, el inspector había oído campanas acerca del motivo de su estancia en La Fatarella, lo que no era raro, a pesar del poco tiempo que llevaban allí. En cualquier caso, no dejaba de ser significativo de aquel reflejo que hacía sospechar de los forasteros siempre que pasaba algo. El policía era natural de Gandesa, pero ejercía de tierraltense.

Barbara lo miraba con curiosidad, con todos los sentidos orientados a evitar que volviera a introducir cambios en su agenda. El objetivo era ir a Les Ocates, y los mozos no tenían por qué meter las narices en ello.

Mientras tanto, Ramon había adoptado una actitud pragmática: pensaba que la policía podía proporcionarles pistas sobre el misterio en que estaban metidos. Estaba seguro de que había una relación entre los acontecimientos de las últimas horas y el muerto del molino.

Se los veía poco preocupados por la presencia del inspector. Mercó, en cambio, no podía esconder la tensión que sufría. Le parecía, incluso, que podían acusarlos de esconder las pruebas de un crimen, en caso de que lo fuera.

—Perdonen la molestia; hemos encontrado el cadáver de un hombre cerca de aquí, y preguntamos a todo el mundo si han visto algo que pueda orientarnos —se justificó el inspector con un argumento torpe.

—¿Han interrogado a todo el pueblo, o empiezan por nosotros? —soltó Barbara, que no soportaba los circunloquios.

—¡Caray! Qué bien habla usted catalán, señorita.

—¿Quién le ha dicho que puede tratarme de señorita? —replicó Barbara, que en ese tipo de conversación con sobreentendidos tenía mentalidad de perro de guarda.

—No se enfade, mujer; en La Fatarella todo se sabe. Pero lo que yo querría saber es si conocían al hombre que ha muerto. No me refiero a usted —añadió, dirigiéndose a Mercè—, sino a los que no son de aquí.

Ramon pensó que Barbara iba a reclamar la lectura de sus derechos y la presencia de un abogado en cualquier momento si García seguía con aquel tono casero pero impertinente, por lo que prefirió llevar la iniciativa.

—Inspector, hemos venido al pueblo para averiguar cómo murió el abuelo de la señora Barbara Stein, que era brigadista. Sobre la muerte de ese tal Serafí no sabemos nada. Sólo lo que hemos oído en el Casal este mediodía: que lo han encontrado en un molino viejo.

—En el molino de Cal Llop —precisó Mercè, que necesitaba incorporarse a la conversación para desahogarse.

—Efectivamente, lo han encontrado en el molino de Cal Llop, con la cabeza destrozada —confirmó el policía en un tono más formal del que había empleado hasta el momento—. O sea, que no saben nada y nunca lo habían visto... —insistió.

—Sólo lo que hemos oído en el bar, este mediodía —repitió Ramon, que sabía, por la experiencia de otros interrogatorios bastante peores que ése, la importancia de no moverse ni un palmo de la versión inicial.

—Lo vimos anteayer en el Casal; jugaba al dominó en una mesa junto a la nuestra —añadió Mercè, que no soportaba aquella tensión.

Había utilizado un plural que los comprometía. Ella sí podía haberlo visto, pero sus dos compañeros no podían haberse fijado en él porque no lo conocían. El inspector había captado el matiz y, para quitar hierro al patinazo de su amiga, Barbara decidió precipitar la situación.

—¡Ya lo ve, inspector, usted se interesa por un muerto de hoy, mientras que el nuestro es de hace setenta años!

Su salida de tono dejó al policía descolocado, a Ramon divertido, y a Mercè, horrorizada. Consiguió lo que pretendía. El inspector García comprendió que no obtendría nada mientras fuera de buen rollo, sobre todo con aquella mujer.

—Tiene razón, señorita o señora, son muertos de épocas bien distintas. Pero aquí, en la Terra Alta, todos los muertos suelen tener una historia, sobre todo cuando mueren de muerte violenta. En cualquier caso —añadió—, les deseo suerte en la búsqueda de su abuelo. Si puedo serles útil en algo, estoy a su entera disposición.

—Si nos enteramos de algo, le informaremos —dijo Ramon para corresponder a una disposición que era todo apariencia—. ¿Le importaría darme su número de móvil? —añadió.

Lo anotó en su PDA y, a su vez, le dio el suyo.

Barbara había soportado la impertinencia del inspector en beneficio de la estrategia que tenían fijada. Era mejor dejar hablar a Ramon, porque dominaba las reglas del juego locales. Además, estaba furiosa, porque se había hecho tarde y era mejor aplazar el viaje a Les Ocatés para el día siguiente.

A Ramon le pareció bien. Pensaba que ir en seguida hubiera sido arriesgado después de la visita que habían recibido, de la cual todo el pueblo ya debía de estar al corriente. Seguro que el inspector sabía más cosas de las que contaba.

—Mercè, hacia el anochecer querría dar otro paseo por las calles, pero esta vez contigo. ¿Te importa? —preguntó Barbara.

—No, al contrario —respondió Mercè, que deseaba recuperar el programa previsto inicialmente—. Te mostraré rincones poco conocidos y te hablaré de la historia del pueblo —añadió.

Necesitaba relajarse. Lo estaba pasando mal, y no podía contarles por qué.

Dado que se quedaba solo, Ramon quería aprovechar el atardecer para saber qué se decía del muerto del molino. Estaba seguro de que se trataba de un asesinato.

Barbara era como aquellos turistas que, de tanto preparar el viaje, acaban sabiendo más que los guías locales. Pero esa noche, no pretendía viajar hacia los tiempos de la guerra civil. Su curiosidad se dirigía siete siglos atrás, cuando el pueblo era conocido con el nombre de Fatorella.

Desde la plaza Mayor, cogieron la calle Alta, pasando bajo dos porches que llevaban hacia una antigua puerta de la muralla. Después de dejar, a la derecha, de Can Guirra, formado por un envigado de madera, torcieron hacia la calle de Sant Andreu. Barbara quería llegar por el camino más corto, que nunca era un camino recto en un barrio tan intrincado y empinado. Su propósito era plantarse delante de Cal Sant.

A Mercè, aquel paseo le permitía olvidar los amargos tragos de los dos últimos días. Volvía a asumir el papel que había imaginado durante el frenético intercambio de correos electrónicos que había precedido el viaje. Sola, con Barbara, era feliz.

Para ella, la personalidad de la Terra Alta era herencia de la larga presencia musulmana, durante más de cuatrocientos años, y de la repoblación templaria que la sucedió. Según decía, eso era lo que hacía distintos a los habitantes de la Terra Alta del resto de los catalanes. En ningún otro sitio, los árabes habían dejado una huella tan acusada, y en pocos lugares se produjo un dominio templario tan apabullante.

—El pueblo debería llamarse Fath talí'a o Fatorella —comentó, citando los nombres con que árabes y templarios lo habían bautizado.

—Y tú, ¿qué preferirías?

—Fath talí’a sería más justo. Los árabes nos dejaron la agricultura, el dominio del agua..., e incluso muchas palabras de nuestra lengua —respondió, reconociendo su debilidad por la herencia andalusí.

—Podríais hacer un referéndum para decidirlo.

—¡Ganaría Fatorella, no lo dudes! —adelantó Mercè, que conocía los prejuicios de la gente con respecto a los árabes.

—Es un nombre bonito, de resonancias italianas.

—Se ve que viene de «pequeña hada». Según la leyenda, así es como lo bautizó un templario de procedencia italiana al llegar a estos parajes, más frescos que los del borde del río —explicó Mercè—. Pero digan lo que digan —añadió—, la historia no puede borrarse. Si te fijas en algunas fisonomías, descubrirás rasgos árabes y bereberes inconfundibles.

Era el momento de adentrarse en la historia de Fatorella. Barbara intuía que, al hacerlo, se acercaría al misterio de la muerte de su abuelo.

—En las cartas, Martin habla de los templarios de Miravet y de Ascó, pero no cita La Fatarella —recordó.

—Siempre hemos sido considerados como un pueblo de segunda, incluso por la gente de la Terra Alta. Con los templarios debía de suceder lo mismo —reconoció Mercè, resignada.

Desde Miravet, Ascó y Ribaroja, la Orden del Temple controlaba el río, y desde Nonasp, Algars y Horta, sus hombres mantenían a raya a los sarracenos. Por eso llegaron a ser encomiendas. La Fatarella tenía menos importancia estratégica, a pesar de quedar situada en el centro del territorio definido por estos pueblos.

Mercè siguió explicando que los templarios habían edificado el núcleo histórico del pueblo, rodeado de porches, en los alrededores de la iglesia. Casas donde almacenaban todo lo que la cosecha permitía guardar de cara al invierno: el aceite y el vino, legumbres, cebada, trigo y habas, aceitunas y almendras, manzanas e higos que ponían a secar.

—Esta casa —dijo Barbara, llegando a la altura de Cal Sant— debía de ser más importante...

—Algunos sostienen que era como una delegación de Hacienda —dijo Mercè, sonriente—, y que servía para recoger los diezmos que los campesinos tenían que aportar a la orden. No se ha podido demostrar. También es posible que los signos templarios que exhibe sean posteriores, para recordar tiempos pasados.

—¿Qué son esas caras esculpidas en la fachada?

—Representan santos degollados, un motivo característico de los templarios. También puedes ver un templo de Salomón bajo la aldaba.

—¿Salomón? ¿Qué tienen que ver los judíos con los templarios? —preguntó Barbara.

Aferrada a su visión multicultural de la historia, Mercè recordó que el lugar donde había existido el templo de Salomón, en Jerusalén, era sagrado para los judíos, pero también para los cristianos y los musulmanes. Los templarios lo habían convertido en un símbolo y tomaron prestado su nombre.

—La cúpula que ves en la aldaba es la de la mezquita de la Roca, que levantaron los árabes y que los cruzados conquistaron. Si te fijas, encima está la cruz templaria.

Era una aproximación sincrética e idealizada a la historia de los templarios, que los hacía más simpáticos a los ojos de Barbara.

—¿O sea, que Cal Sant era una casa importante? —preguntó.

—¿Cómo puedes interesarte tanto por lo que pasó hace setecientos años un día como hoy? —preguntó Mercè, que había recuperado el gesto anterior al ver llegar a dos mozos de escuadra uniformados.

Los mozos entraron en la casa, fusilándolas con la mirada de pies a cabeza. Ellas siguieron su camino, bajando por los callejones de Fatorella.

Mientras tanto, Ramon había activado sus reflejos profesionales para intentar recabar cualquier información sobre el crimen del molino. Necesitaba alguna pista para intercambiarla con el inspector. El secreto estaba en salir a la calle y esperar a que las oportunidades se presentaran. A los alumnos de la Facultad de Periodismo les había conceptualizado esta técnica como la estrategia del salobre, que tan buenos resultados le había reportado en su vida profesional.

No le falló. En la misma calle de la fonda, un hombre mayor estaba sentado en un banco, viendo pasar a los peatones y las horas. Con la vista, acompañaba la puesta de sol, los ojos entornados, el espíritu en otro tiempo, y las manos entrelazadas en el puño de un bastón de haya.

—Buenas tardes. Empieza a notarse el fresco —le dijo Ramon.

—Aquí sopla vientecillo. Siempre vengo a esta hora.

—Usted es de aquí, ¿verdad?

—Vivo en esa casa —precisó el hombre, señalando una puerta del otro lado de la calle—. Y usted debe de ser de Barcelona.

—Sí. Me hospedo en la fonda, con unos amigos.

—¿Con la chica norteamericana? He visto a muchos norteamericanos, de esos que combatieron en la guerra, pero jóvenes como ella, pocas veces. Y tan guapa, ¡nunca!

—Es la nieta de un brigadista que murió cerca de aquí.

No pensaba preguntarle cómo sabía que la chica era norteamericana, puesto que ya notaba cómo se movía el pez en el interior del salobre.

—¡Murió tanta gente por estas montañas! —exclamó el hombre, que debía de tener diez o doce años cuando la guerra.

—Por cierto, hoy han encontrado a un vecino muerto cerca de aquí. ¡Qué desgracia! ¿Lo conocía?

—Éramos de la misma quinta. Pobre Serafí. Menos mal que vivía solo; así nadie tendrá que llevar luto.

—Qué muerte tan extraña, ¿no le parece?

—Ya lo creo. Desde hacía un par de meses estaba muy nervioso y no paraba quieto. ¡A su edad! Ayer, a primera hora de la mañana, pasó por aquí y entró en la fonda. Le pregunté adónde iba, y me dijo que hacia Sant Bertomeu. ¡Tan temprano! Piense que a esa ermita sólo vamos el día del santo, y él ni eso, porque las procesiones no eran lo suyo.

—Hay personas que son más movidas, incluso de mayores —comentó Ramon, para dar cuerda a una conversación prometedora.

Su predisposición a hablar ponía en entredicho los tópicos sobre el hermetismo de la gente de La Fatarella. Sabía algo y necesitaba contarlo. Quizá no era casual que estuviera en aquel banco, cerca de la fonda.

—Estaba agobiado —insistió el hombre—. Fíjese: a primera hora de la tarde, volvió a pasar por esta calle. Le dije: «¡Otra vez por aquí, Serafí!». Entonces, me explicó que tenía que ir a Vilalba. Dos viajes fuera del pueblo en un día. ¡Con aquel coche tan destartado y con los años que tenía!

—¿Y por qué estaba preocupado?

—No lo sé. Hace poco, me dijo que querían comprarle la casa. Creo que era un vecino de Mora, hijo de La Fatarella, que tiene mucho dinero. Él no quería vender Cal Sant. Era su vida.

—Por lo que veo, eran bastante amigos.

—Durante la guerra, mataron a nuestros padres el mismo día, pero no los de Franco, sino los otros. Primero al mío, y después al suyo. Él, que entonces tendría diez u once años, lo presencié todo, y quedó muy afectado. No eran cosas para que las viera un chiquillo.

—¿Ocurrió durante los Hechos del 37?

—¡Ah!, usted conoce lo de los Hechos. Para que vea cómo era Serafí, que pese a lo que nos sucedió, se relacionó con los republicanos durante la guerra. Yo, nunca más; ni con los de ahora me llevo bien.

Ramon había obtenido dos informaciones de primer orden: la confirmación de que Serafí había estado en la fonda, y un posible motivo para el asesinato. Además, se había metido de cabeza en un episodio de la historia de La Fatarella que siempre le había intrigado.

Se despidió de su interlocutor con un reconocimiento:

—Aquellos hechos fueron una desgracia y una injusticia muy grande. Algún día tendría que reconocerse públicamente —dijo sinceramente—. Me marchó; me están esperando —añadió.

—¿Aquella chica tan guapa? ¡Qué suerte!

Capítulo 10

1 de abril / junio de 1938

La mula comenzó a relinchar como si fuera un caballo. Tiraba de la cuerda con tanta fuerza que alertó a Serafí. Después de comprobar que no había ninguna víbora ni ninguna serpiente de las que salían de la madriguera en primavera, comprendió que intuía un peligro.

Dejó de recoger las cerezas tempranas que le había encargado una vecina y la desató. Oyó las voces de unos hombres que se acercaban haciendo mucha bulla. Enfiló hacia arriba, pasando por senderos que sólo él conocía, y dejó al animal dentro de un porche donde solía guardar fruta en verano y resguardarse cuando llovía. Escondido detrás de una encina, dominaba el camino de donde procedía el jaleo.

Eran soldados, y no eran republicanos.

A lo lejos se acercaba una columna de caballos, camiones y una muchedumbre de hombres, levantando una gran polvareda. Los que habían inquietado a la mula iban delante, corriendo con el fusil en la mano, hacia La Fatarella. Gritaban, pero él no conseguía entender lo que decían. Eran los moros de Franco.

Escondido detrás de la mula, que había dejado de relinchar, huyó por el camino más corto, cuesta arriba, aprovechando los corrimientos de tierra que el agua había ocasionado en los bancales. Tenía que llegar al pueblo antes que los moros, para avisar al señor Claret y al dueño de Cal Sant.

En La Fatarella, mientras oscurecía, todo eran carreras. Muchos de los que se habían quedado cuando los Hechos se marchaban, hacia las masías o cuesta abajo, para buscar refugio al otro lado del Ebro. La mayoría se habían quedado, reclusos en las casas, y algunos habían colgado sábanas blancas en las ventanas en señal de bienvenida a los recién llegados. Entre ellos estaban su tía y el tío Cisco, que llevaba poco más de seis meses en casa, desde que había vuelto de la masía. Pretendían que no se moviera de casa, pero les dijo

que tenía que dejar la mula en un lugar seguro. Desde que habían matado a su padre, Serafí se sentía amo y señor de su vida. Se había hecho todo un hombre.

Los últimos efectivos republicanos se habían replegado en Flix, Ascó y Móra a primera hora de la mañana para cruzar el río, ante la imposibilidad de mantener posiciones en la margen derecha. De las autoridades del pueblo sólo quedaban el alcalde, el secretario, y poca gente más. Uno de los pocos hombres de izquierdas que permanecían en la Aurera se asomó por la ventana y gritó: «¡No pasarán!». Estaba solo. Partidos y sindicatos habían dado orden a sus militantes de abandonar el pueblo. No podían hacer nada contra unas tropas superiores en armamento, con la moral ensalzada por la victoria de Teruel y la perspectiva de llegar pronto al Mediterráneo y partir en dos lo que quedaba de territorio republicano.

El alcalde y Claret se apresuraban a cargar el coche con documentos que no querían dejar en manos de los franquistas. Al verlos, Serafí comprendió que no eran plenamente conscientes de la inminencia del peligro.

—¡Están en la entrada del pueblo! —gritó, señalando hacia la ermita de la Misericordia.

—Vete a casa —le respondió el señor Claret.

—¡Váyanse, váyanse!

Antes de que Claret pudiera contestar, los moros aparecieron por la calle de Sant Andreu. Los faros del Ford iluminaron tres cabezas, más negras que la suya, una de ellas envuelta con un inconfundible turbante. Saltaron del vehículo antes de que la granada de mano arrojada por uno de los moros lo hiciera trizas. Serafí vio que el señor Claret se dirigía hacia abajo por la calle de Sant Joan y pasaba bajo el porche del Bo mientras le disparaban.

Estaba convencido de que se había salvado.

Se dirigió a Cal Sant, rodeando el barrio antiguo, para ver la situación en que se encontraba el dueño de la casa. La puerta estaba cerrada y nadie contestaba. Tenía la llave, pero entrar por la calle era demasiado arriesgado. Lo hizo por su habitación, tal como le había indicado su amigo, por primera vez, pasando por la trampilla que daba en medio de las dos vigas. Aterrizó, suavemente, encima de la artesa.

El dueño de Cal Sant no estaba. Sobre la mesa, había una nota.

Me he marchado hacia Ascó con un convoy. Entre los hombres que vienen, hay unos que buscan un tesoro de la época templaria. Lo sé porque han puesto patas arriba una casa de Vilalba donde creían que estaba escondido. Si me hubieran encontrado vivo, lo habría pasado mal. He pensado que era mejor que me fuera.

Aprovecharé los días que me quedan para acabar de arreglar los papeles. Cuando la guerra haya acabado y tú seas mayor, debes ir a Ascó, donde te dije. La casa será tuya. Mientras tanto, sabes cómo entrar. Ve con cuidado.

Non nobis, Domine, non nobis, sed nomino tuo da gloriam.

JOSEP DE FORTEA

Nunca le había dicho su apellido, que, por cierto, era bien raro. En el pueblo lo llamaban Josep de Cal Sant. Serafí lo interpretó como una prueba de confianza. No le dirigía la carta personalmente para no ponerlo en peligro, en caso de que alguna otra persona la hubiera encontrado. Las últimas palabras, que no entendía, eran las mismas que había visto al final de muchos documentos antiguos, una especie de bendición.

Quemó la hoja con la llama de la lámpara y trepó de nuevo hacia su habitación.

La vida en el pueblo se había visto nuevamente alterada: había más militares que civiles, y entre ellos, más mujeres que hombres. Todos aquellos que estaban comprometidos de cerca o de lejos con la República habían tenido que marcharse, y los que habían huido a raíz de los Hechos no habían tenido tiempo de volver. Algunas casas tenían las puertas y las ventanas reventadas y las calles estaban sucias como nunca las había visto.

Serafí recordaba los sermones del señor Claret sobre el bien y el mal. Al principio, el mal había venido del río. Ahora, unos meses más tarde, llegaba por la cordillera. El pueblo era como un castillo de arena de los que había visto en Amposta, a la orilla del mar: una primera ola lo había borrado a medias, y esta otra lo dejaría irreconocible, tanto en su fisonomía como en la gente que quedaba. No eran las últimas oleadas, pero él no podía saberlo.

Algunos de los que se habían quedado mostraban su satisfacción por la llegada de unas tropas que ponían fin a la República. Otros no salían de casa para evitar que les vieran la cara de vencidos, o por miedo. La mayoría deseaban que ése fuera el último episodio de una larga pesadilla que había

traído violencia, miedo y más miseria a la Terra Alta. Se equivocaban: la guerra todavía no se había hecho presente con toda su crueldad.

En casa de Serafí, la vida también había cambiado. A su tío lo habían mandado al frente de Aragón, de donde nunca volvería. Al quedarse sola, la tía de Serafí había comenzado a hacer encargos para los militares. Vivían mejor que en muchas casas; tenían aceitunas, patatas, almendras, habas, verdura y fruta, que el chico traía de la orilla del río. De vez en cuando, cazaba alguna liebre, e incluso lagartos, porque entonces todo valía. En casa lo guisaban todo como si fuera Navidad.

La tía iba una vez por semana al molino con el grano de un saco que habían conseguido salvar de los robos, lo amasaba y lo llevaba a la panadería, que había vuelto a abrir. De los encargos que hacía para los militares, sacaba algún paquete de arroz, azúcar, bacalao, latas de carne de ternera y de judías, que guardaba en la despensa pensando en un invierno que se anunciaba difícil.

A los militares les hacía gracia aquel chico avisado y travieso.

Y así fue como su mula tuvo el privilegio de ser el único animal de carga que no requisaron. Los oficiales lo veían ir y venir de las masías donde había hombres escondidos, pero no les preocupaba. Sabían que los rojos más comprometidos habían huido al otro lado del Ebro, algunos incluso a Francia. Los otros, mejor que volvieran. Al dar confianza a la gente, Serafí había adquirido una experiencia valiosa.

Entre los oficiales acuartelados en el pueblo había uno bonachón, el teniente Araujo. Serafí se llevaba bien con él y le gustaba ir al Casal a jugar al parchís en su compañía. Le hacía gracia su castellano florido, que lo envolvía, pero cuando reunía a sus soldados cerca de la ermita, les soltaba unos gritos que se oían en todo el pueblo; parecía otro hombre.

Había otra cosa que no le gustaba de él: la manera como trataba a los moros.

Al principio, Serafí también los rehuía, porque miraban de reojo. Pero poco a poco había ido acostumbrándose. Le hacía gracia que le dijeran *paisa* a cada momento. Su pobre tía se tiraba de los pelos cuando le dijeron que los frecuentaba. Para provocarla, a la hora de cenar, siempre le decía: «Yo no comer galufo». No hacía falta; la carne de cerdo escaseaba.

Aquella mañana, el teniente Araujo lo había mandado llamar a Can Ramonet, donde los militares tenían el cuartel general. La sorpresa fue de órdago: lo acompañaba el padre de Domingo.

—¿Conoces al señor Carner? —le preguntó el oficial.

—Es el padre de Domingo.

En los últimos meses, Serafí había ejercitado la capacidad de recordar fisonomías, y así fue como lo reconoció, a pesar de que parecía otro hombre. Como campesino acomodado, los domingos, siempre se mudaba para ir al Casal. Ese día, a pesar de que no era festivo, llevaba un traje gris, de tela buena, rayas anchas y solapas altísimas, encima de una camisa negra y una corbata del mismo color. Fumaba un puro.

—¿Cómo está tu madre, Serafí? —le preguntó en un tono acaramelado que lo puso en guardia.

—Murió en casa de su hermana.

—Lo siento, chico, sobre todo después de lo de tu padre, asesinado por aquellos animales.

—¿Cómo está Domingo? —preguntó Serafí, para cambiar de conversación.

—Va a la escuela del Pilar y está hecho un hombre. ¡Tendrías que verlo!

—Cuando vuelva —dijo Serafí, anticipándose a cualquier propuesta de marcharse del pueblo.

—Ya veremos, ya veremos si vuelven los Carner. En Zaragoza están muy bien considerados —terció el teniente, riendo—. Te dejo con el padre de tu amigo —añadió.

Se quedaron solos, en medio de una sala de paredes y techo altos, siniestra, amueblada con una mesa y dos sillas.

El dueño de Cal Cisquet dejó el puro en el borde de la mesa y acercó una silla a Serafí, que permanecía de pie, muy erguido, en medio de la habitación. Plantó la otra silla delante de él, casi tocándolo. Llevaba los zapatos relucientes como los parachoques de los coches de los oficiales que subían de Tarragona. El chico se sentó, despacio, con las manos apoyadas en las rodillas, la espalda pegada al respaldo, doblando las piernas hasta tener los pies bien planos sobre las baldosas.

—Nos han contado que te has hecho amigo del dueño de Cal Sant desde que tu madre murió en Vilalba.

Serafí se puso tenso de pies a cabeza; como cuando estaban a punto de dispararle a su padre. ¿Qué hacía el padre de Domingo en el Casal, si no iba vestido de militar? ¿Cómo sabía que su madre había muerto en Vilalba, si él no se lo había dicho?

Sabía demasiadas cosas, y quería saber más. Serafí apretó las manos sobre las piernas y movió los pies imperceptiblemente.

—Nos gustaría saber dónde está ese hombre.

—Debe de haberse marchado, como mucha gente. Quizá esté en alguna masía, o quizá haya cruzado el río, como han hecho otros.

—Eso ya lo descubriremos. ¿Pero tú sabes si antes de marcharse habló con alguien del pueblo o de la comarca? —insistió el señor Carner.

—Se relacionaba poco con la gente —contestó Serafí.

—Pero hablaba contigo, e ibas a menudo a su casa.

Alguien del pueblo se lo había contado. Era inútil negarlo.

—Iba cuando no tenía escuela. Me contaba cuentos —dijo Serafí, buscando una respuesta creíble.

—¿Qué clase de cuentos?

—De misterio.

Era una forma de no mentir sin decir tampoco la verdad.

—¿No eres un poco mayor para que te cuenten historias? ¡Estás hecho un chicarrón!

—Me hacía compañía. Desde que Domingo se marchó, estoy solo —añadió Serafí, esperando que la mención de su hijo cortara de cuajo aquel interrogatorio.

—Dejémonos de cuentos y de historias —dijo el señor Carner, levantándose—. Quiero saber si alguna vez te habló de un tesoro...

—¿Un tesoro? No había ningún tesoro en sus cuentos.

—¡No en los cuentos, imbécil! Un tesoro escondido en la Terra Alta. Un tesoro de los templarios.

—Nunca me habló de él, señor.

Serafí tenía las manos aferradas a las rodillas. Hacía toda la fuerza que podía para confundir las alpargatas con las baldosas, como si quisiera que la tierra se lo tragara. Apretaba la mandíbula para no llorar. Quería desaparecer, bajar al sótano. Quería volver a ser feliz, con el dueño de Cal Sant, el señor Claret y la mula. No quería ver más a aquel tipo del traje de rayas anchas. Quería volver a ser un niño.

—Si alguna vez te enteras de algo, debes contármelo —le dijo el padre de Domingo, recuperando la voz meliflua del primer momento e invitándolo a levantarse. Volvió a coger el puro e hizo una mueca; se le había apagado.

De pie, con los brazos caídos, Serafí notaba la llave de la casa debajo de los pantalones, a la altura del bolsillo derecho. Se arrepintió de no haberla dejado en el escondrijo. Estaban a mediados de junio y todavía no hacía mucho calor, pero sudaba.

—Se lo contaré, descuide —respondió, con la sensación de que el hombre no se había tragado lo que le había contado, y estaba dispuesto a todo para encontrar el escondite.

Pensó en las últimas palabras del dueño de Cal Sant y eso le dio fuerzas para que el temblor de las piernas no lo delatara.

Nos veremos otro día, Serafí. ¡Vamos, ahora vete a casa!

Cuando iba de camino, vio la puerta de Cal Sant abierta de par en par. Miró de reojo, pasando por delante sin detenerse. Estaba todo patas arriba. Seguro que no habían hallado nada; si no, no lo hubieran hecho ir al Casal. Respiró profundamente.

—Estabas con el teniente Araujo. Es un buen hombre, ¿verdad? —comentó su tía antes de servirle un plato de arenque con judías blancas.

—También estaba el padre de Domingo.

—Me han dicho que está en el pueblo. Se ve que en Zaragoza lo han hecho jefe de la Falange —le explicó ella.

—¿Cómo son, los de Falange? —preguntó Serafí.

—No te fíes. Fingía ser amigo de tu padre, pero ha vuelto para quedárselo todo —dijo su tía, que a pesar de ser una mujer conservadora, desconfiaba de las primeras actuaciones de los falangistas.

Para que el chico lo entendiera mejor, añadió:

—Siempre es lo mismo: antes querían quitarnos las tierras; ahora nos quieren quitar otras cosas. ¡Andate con cuidado! Debes tratarlos bien, porque pueden hacernos daño, o pueden ayudarnos. Por cierto —añadió—, ¿qué quería el hombre de Cal Cisquet?

—Nada, tía. Sólo quería saber si necesitábamos algo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no necesitamos nada.

—Has hecho bien. Dios hace salir el sol para todo aquel que lo quiere, Serafí.

Capítulo 11

Miércoles, 9 de julio de 2008

El inspector García se presentó en la fonda mientras almorzaban. Barbara lo maldecía en silencio. Estaba dispuesta a salir corriendo por la puerta trasera para no retrasar más la ida a Les Ocatés y a la ermita de los anacoretas.

—¿Ha probado esta torta, inspector? ¿O prefiere los *corassons*? Los de Ca la Brisda son muy finos. Yo le recomiendo la torta de avellanas. Las de aquí son mejores que las de Reus.

Ramon pensó que el acceso a la información permitía lograr niveles de impertinencia inéditos en manos de una mujer inteligente y corrosiva como Barbara. Sus elogios a la Terra Alta eran inversamente proporcionales al desprecio que sentía por el policía.

—No he venido a comer *panadons* ni *capsetes*, señorita, sino para decirles que se ha acabado jugar a policías y ladrones. Sabemos que el hombre que murió en el molino entró en la fonda el lunes a primera hora, mientras ustedes almorzaban. También sabemos que el martes dejó una nota en el parabrisas del coche que tienen aparcado ahí delante. O sea, que se han acabado las bromitas. ¿Qué pueden decirme de la muerte de ese hombre en el molino de Cal Llop?

Por primera vez, Barbara pensó que el inspector García no era tan estúpido como parecía. Ramon había entendido que la única forma de no acabar en el cuartel de Ascó era soltar lastre. Miró a Barbara para comprobar si compartía la estrategia. Con las tortas y las avellanas ya había descargado toda su maldad.

Por suerte, Mercè todavía no había llegado.

—Ayer no le dijimos nada, inspector, porque no pensábamos que hubiera ninguna relación entre nuestra presencia y la muerte de ese hombre. Ahora lo vemos de forma distinta, y no tenemos ningún reparo en contarle lo que sabemos —aclaró Ramon.

—Al dedillo —añadió Barbara.

Ramon había medido sus palabras. Se había cuidado mucho de decir que cantarían todo lo que sabían. Por si acaso, Barbara se lo había recordado, con esa coletilla irónica que había sacado de sus casillas al policía.

Le hablaron de las peripecias que habían pasado desde que habían llegado al pueblo: la sorpresa de escuchar *Ol' man river* la primera noche y el robo de la libreta al día siguiente; la nota en el coche —«escrita en una hoja de mi Moleskine», puntualizó Barbara— y la cita frustrada en Sant Bartomeu. Del SMS no dijeron nada. Ya habría tiempo para hablar de la otra ermita cuando hubieran ido.

—¿Cómo sabe que la hoja era de su libreta? —le espetó el inspector con una agresividad apenas contenida—. ¿Acaso cree que no tenemos Moleskines en Cataluña? —añadió.

—Era como las de la mía, comprada en Boston.

—Mire ésta, comprada en Tortosa. ¿La ve diferente? —respondió García, sacándose una Moleskine del bolsillo, más pequeña, pero idéntica.

Se desquitaba de lo que había tenido que encajar.

Barbara estaba traspuesta. Aquel policía que menospreciaba la había hecho quedar como una norteamericana de manual, incapaz de comprender que Boston y Tortosa formaban parte de un mismo mundo.

—Si la hoja es de su libreta o de la del muerto importa poco —dijo el inspector para rebajar la tensión—. Además —añadió—, sería el colmo de la globalización que un vecino de La Fatarella, de ochenta y un años, utilizara una Moleskine.

—Pues es todo lo que sabemos, inspector —dijo Ramon, intentado mediar entre ambos.

—Eso es todo lo que saben...

Su estrategia no era llevar el interrogatorio hasta el final, así que les ahorró tener que mentir abiertamente.

—Si me lo permiten, esta noche querría volver a hablar con ustedes. O sea, que no se muevan de La Fatarella. Supongo que lo entenderán.

—Nosotros somos los primeros interesados en que se esclarezca la muerte de ese hombre —puntualizó Ramon—, porque pensamos que puede haber una relación entre las circunstancias de la muerte del brigadista y el muerto.

—¿El muerto o la muerte? —preguntó el inspector.

—Si es un asesinato, le toca descubrirlo a usted —añadió Barbara, reconociendo por primera vez la competencia profesional del policía. El elogio no era gratuito: quería engatusarlo antes de sugerirle una pequeña modificación del trato que les proponía.

—¿Podemos movernos por los alrededores del pueblo? Me interesa la arquitectura templaria y querría aprovechar el tiempo.

—Bien, pero no salgan de la Terra Alta, por favor. Comprendo que, para una arquitecta como usted, La Fatarella se termina en seguida.

Ramon interpretó la concesión como un ardid para obtener más información. Estaba seguro de que el policía intentaría seguirlos hasta Les Ocatés.

—Gracias —dijo Barbara—. Por cierto, inspector, debería escribir lo que está dispuesto a pagar por su Moleskine en caso de que la pierda o se la roben, en la página donde el propietario fija el *reward* —agregó, mientras se despedían.

—En Cataluña nadie lo pone, señorita —contestó García, riendo—. Pero si usted ha prometido una recompensa, no se preocupe, que la encontrará pronto —añadió de manera premonitoria.

—Perdonad, he tenido que ir al instituto —dijo Mercè, que acababa de llegar.

—Ya hemos terminado —le dijo Ramon. No había pasado por alto que ella y el inspector no se habían saludado. Ni siquiera cruzado una mirada.

Las ruinas de Vilalba la Vieja estaban a mitad de camino entre La Fatarella y la Vilalba actual, establecida también a partir de una repoblación templaria. A pesar del carácter enigmático del SMS, no había equivocación posible: la ermita más próxima era la de Sant Pau de la Roquerola, resguardada bajo una gruta calcárea que le daba cierto aire cavernícola, sin ser propiamente troglodítica.

—Dicen que fue construida para dar cobijo a un ermitaño que volvía de una peregrinación a Jerusalén —explicó Barbara, que había preparado el viaje por Internet.

—¿Y la piedra con el número? —preguntó Ramon.

—Mirad esa cruz encima de un talud —dijo Mercè, señalando la jamba a la derecha del portal—, es el mismo esgrafiado que hay en una pared de La Fatarella, en el corral de Ca Pilaro. Dicen que servía a los peones para seguir las proporciones áureas.

—Podría ser la señal —sugirió Ramon.

—Dicen que el dibujo contiene las proporciones utilizadas por los templarios para diseñar la planta y el alzado de las iglesias —añadió Mercè, que sólo parecía animarse cuando asumía el papel de guía local.

Levantándose sobre la punta de los pies, Ramon pasó los dedos por encima del capitel que había sobre la cruz, como quien busca una llave escondida, y cogió una cartulina. Se la dio a Barbara.

—Es la tarjeta profesional de una notaría de Ascó.

Le dio la vuelta. Estaba firmada con el nombre de Serafí de Fortea.

—¡Hostia! —exclamó Mercè—, pero si se llamaba Serafí de Cal Batet; de apellido, Aubarell. Es otra señal templaria. El único Fortea que conozco murió hace ocho siglos: era Pere de Fortea, que recibió la carta de población de La Fatarella de manos del preceptor de Ascó.

—La tarjeta es de un tal Vicente Zabalza, con despacho en el número tres de la plaza Mayor —precisó Ramon, leyendo la tarjeta y volviendo al siglo XXI.

—¡Zabalza! —saltó Mercè—. Es muy conocido. Hizo favores a quienes estaban contra la central nuclear a principios de los ochenta. Tenía a los abogados de la empresa amargados a copia de requerimientos. Ahora colabora con el movimiento contra la ubicación de un cementerio de residuos nucleares —añadió.

Barbara ya estaba marcando el número del notario en su iPhone.

—¿De parte de quién llamarás? —le preguntó Ramon cuando el teléfono ya sonaba.

—Soy Barbara Stein, y querría hablar con el notario, de parte del señor Serafí Aubarell —dijo con su soltura característica.

Zabalza la citó para el día siguiente, a primera hora.

Sant Pau de la Roquerola estaba cerrado, pero tampoco se hubieran quedado; no estaban para visitas turísticas. Con su voladizo, el acantilado los protegía del sol que amenazaba con incendiar el bosque y las piedras. No estaban lejos del barranco donde su abuelo había sido herido.

Aprovecharon el pesado silencio que los rodeaba para agrupar los elementos de que disponían. Serafí había conocido a su abuelo, y los recuerdos se le habían despertado al oír hablar a Barbara en el bar del Casal. Había buscado una confirmación siguiéndola de noche, y canturreando

Ol' man river. Debía de ser un hombre cauto y quería confirmar su parentesco con el abuelo, por eso le había sustraído la Moleskine.

—Pero ¿por qué las citas en Sant Bartomeu y Sant Pau de la Roquerola? —se preguntó Barbara, que buscaba el sentido de esa puesta en escena templaria.

—El medio es el mensaje —comentó Ramon.

—¿Un mensaje templario? ¿Dirigido a mí? Si todo es como pensamos, ese hombre sabía que busco el rastro de mi abuelo, que era comunista. *It doesn't make sense* —sentenció.

—Quería decirnos algo a través de los templarios, porque ése es su lenguaje. No lo utiliza para jugar al dominó, pero sí para revivir episodios de su vínculo con tu abuelo, que desconocemos. Cuando sepamos cuál fue esa relación, sabremos dónde murió el abuelo —concluyó Ramon.

—En todo caso, lo que quiere saber el inspector es quién lo ha asesinado —añadió Mercè, con un realismo reforzado por la presencia de un coche de los mozos que se acercaba.

—Seguimos visitando capillas templarias, por lo que veo... —dijo García al bajar del coche.

—¿No habíamos quedado en el pueblo al anochecer? —preguntó Barbara.

—Sí, pero hay novedades. Al menos, por mi parte. ¿Y ustedes?

—Estábamos haciendo tiempo —dijo Ramon, en un tono poco convincente, mientras se preguntaba cómo los habría localizado. Él había conducido hasta allí, y despistar un coche era su especialidad desde los tiempos de Franco.

—Y usted señorita Subirana, ¿no tiene nada que decirnos?

Ambos se volvieron hacia Mercè.

—Sabemos que el domingo por la noche, hacia las once, Serafí Aubarell entró en su casa.

El sol estaba tan alto que el voladizo que formaba la gruta ya no los protegía. El calor les caía del cielo y rebotaba de la piedra. Sant Pau era un horno. Barbara pensó que ése no era el lugar más apropiado para un interrogatorio, pero al inspector no parecía preocuparle. Al contrario, había escogido el lugar como el más apropiado para obtener una confesión.

Mercè vació el buche.

—Me había visto en el bar con ellos, por la tarde. Después de comprobar cómo se emocionaba Barbara al escuchar la canción de su abuelo, por las

calles del barrio antiguo, vino a mi casa. Serían las once. Me dijo que sabía cómo había muerto el abuelo y dónde estaba enterrado, pero que sólo nos lo contaría si hacíamos lo que nos decía. Me pidió que lo ayudara.

—Al principio me negué.

—¿Al principio? ¿O sea, que después colaboraste? —preguntó Barbara, demudada.

—Estaba muy decidido. Decía que era necesario que Barbara siguiera todas las pistas que nos dejaría. Decía que tenía poco tiempo, y que si lo veían hablando contigo lo matarían. Le dije que fuera a contárselo a la policía, pero no había nada que hacer. Tenía su plan de acción y no quería seguir ningún otro. Continué negándome porque no sabía qué quería, pero entonces me habló de mi abuelo...

Mercè estaba a punto de llorar. Nadie se movía, a pesar del calor que los asfixiaba. Se repuso.

—Me dijo que era el hombre que llevaba la lista con los nombres de los campesinos que fusilaron en la ermita de la Misericordia. El segundo nombre era el de su padre. Lo había visto todo desde el cementerio.

—¡Menuda putada! —dijo el inspector.

—¡No lo diga! Me lo contó como ninguna persona mayor lo había hecho antes. Al final, lloramos juntos. Me dijo que se sentía moralmente amparado para pedirme aquel favor. No podía explicarme por qué era importante mi intervención, pero me dio garantías de que, si actuaba de acuerdo a sus instrucciones, todo acabaría bien.

—¿Te dijo por qué no quería hablar con Barbara? —preguntó el inspector, tuteándola.

—No. Pero al final, cuando accedí a ayudarlo, me dijo que la violencia, en La Fatarella, siempre venía de fuera. Parecía una frase muy pensada. Añadió que si hacíamos lo que nos pedía, no volvería a pasar.

—¿Volviste a verlo? —insistió el inspector.

—No —contestó Mercè, categórica—. De hecho no he tenido que hacer nada, porque siempre hemos seguido el camino que él nos marcaba —añadió.

Con la confesión, Ramon entendió el retraso de Mercè por la mañana. Había recibido una primera visita del inspector y no le había dicho nada. También recordó sus ojos irritados el lunes, y las gafas oscuras que le cubrían media cara, así como su preocupación por la actuación de los mozos.

El policía había aprovechado la presencia de ellos dos, y el sol del mediodía, para obtener la confesión. El SMS que había recibido Barbara debía de haber quedado en el móvil de Serafí, en la carpeta de mensajes enviados. Así era como los había localizado. Era un tipo listo.

—Muy bien. Mañana a las diez los espero en la comisaría de Ascó.

—¿Podría ser a las doce? —pidió Barbara, poniendo cara de buena chica.

—De acuerdo. ¿Tienen previsto visitar otra ermita templaria a primera hora?

Capítulo 12

25 de julio de 1938

La vida en el pueblo había vuelto a la rutina. Todo el mundo sabía que la tranquilidad que se vivía era más aparente que real, pero los vecinos que quedaban y los que habían vuelto habían desarrollado aquel instinto que permite sobrevivir en tiempos de guerra. Durante los pocos meses que duró esta situación, con un bando a cada lado del Ebro, La Fatarella estuvo dominada por una mentalidad de campamento y la proximidad de las tropas republicanas.

Para los civiles era cuestión de ir tirando, mientras unos u otros decidían mover ficha. Siempre quedaba la opción de volver a la masía. Los militantes de izquierdas habían huido, evitando la represión que se había producido en los lugares donde habían llegado los franquistas. Las mujeres de los que estaban escondidos se ocultaban tras las cortinas. Habían oído decir que, en otros pueblos de la Terra Alta, a algunas les habían rapado la cabeza.

En ese clima de frontera e incertidumbre, Serafí había conseguido ganarse el respeto y la estima de todo el mundo.

Nadie hubiera dicho que acababa de cumplir once años. Lo mismo hacía un trabajo para el teniente Araujo, con la mula, que ayudaba a los moros a encontrar un cordero vivo para que pudieran degollarlo mirando hacia Reus, que era más o menos la dirección de La Meca. Seguía haciendo de correo entre muchas masías y casas de La Fatarella, y había extendido su actividad a otros pueblos de la comarca. En un país dividido por la guerra, disfrutaba de la confianza de unos y otros. Su tía se había acostumbrado a no preguntarle adónde iba. Ni cuando salía de día, ni cuando lo hacía de noche.

Aquella tarde del 24 de julio había bajado hasta el río, cerca de Ascó, para llevar a cabo uno de los encargos más delicados que solía aceptar y que le pagaban bastante bien. Resultaba que los soldados franquistas tenían picadura de tabaco negro, de la buena, pero no tenían con qué liarla. A los republicanos

que estaban en la otra orilla del río les sobraba el papel, pero no tenían ni una onza de tabaco.

Había organizado un ingenioso sistema de trueque, mediante una caja de madera que pasaba de un lado a otro del río, siguiendo una cuerda que le servía de guía. Salía de la ribera derecha cargada de tabaco y tiraban de ella desde el otro lado, de donde volvería con los libritos de papel. Todo ello, con la complicidad de algunos mandos que hacían la vista gorda a cambio de unos cuantos pitillos.

A veces, aprovechaba el trajín de la caja para intercambiar víveres que sobraban en un bando y escaseaban en el otro: latas de sardinas por jerséis, o botes de mermelada por alpargatas. Sabía por experiencia que los franquistas tenían más comida que los republicanos. Como aquella carne de ternera en salsa de tomate tan sabrosa que les habían repartido el primer día de la ocupación. ¡Qué diferencia de la carne rusa que llevaban los soldados republicanos! O atún en lata, tan firme que no parecía pescado, o aquel pulpo en salsa que nunca había probado antes de la guerra.

Esa noche, no sabía por qué, los de la otra orilla no contestaban. Cansado, se metió en una cabaña de troncos, cerca del río, protegida por un bosquecillo de juncos, a la espera de alguna señal. Hacía un calor húmedo y pegajoso y los mosquitos lo atormentaban, pero como no había luna y la mula estaba tranquila, se quedó dormido, con los pies encima de la caja para que no se la robaran.

De repente, unas voces lo despertaron. Se dio cuenta en seguida de que no eran las de sus cómplices. Eran voces contenidas, apagadas por el rumor del agua, pero enérgicas y marciales. Apartó los juncos y vio una docena de barcas y barcazas repletas de soldados que cruzaban el río.

La batalla del Ebro había comenzado.

La mula volvía a rebuznar como cuando los moros de Franco lo habían sorprendido cogiendo cerezas en lo alto de la cordillera. Los primeros hombres ya habían saltado al agua desde la primera barca, que estaba cerca de la orilla. Le costó mucho desatar al animal. Tuvo que dejar la caja entre los juncos, medio escondida, pensando que podría recuperarla. De un salto trepó el talud, tirando de la mula con fuerza, y corrió hacia arriba como hacía tiempo que no lo hacía.

No era el único sorprendido. Los soldados franquistas también trepaban en dirección a La Fatarella. Aquello era una desbandada. Nadie subía tan

lanzado como él, que conocía los mejores atajos y no iba cargado de chatarra, como los militares. Estaba preocupado por su tía. Ella siempre decía que las mujeres son las que más padecen con la llegada de los soldados. Debía llegar antes que ellos.

En lo alto de la sierra empezaba a amanecer. Se detuvo para que el animal se repusiera y miró hacia atrás, hacia Ascó. Comprendió que la guerra sería diferente de lo que había visto hasta el momento. Esos hombres subían decididos a echar a los franquistas de la Terra Alta. Eran cientos, quizá miles, y se les veía con la moral alta, por la manera en que subían la montaña, la mayoría a pie. Comprendió que se avecinaba un encontronazo monumental entre los dos ejércitos y pensó que los cogería en medio, a su tía y a él. Se imaginó el pueblo en llamas.

Una escuadrilla de aviones surgió de pronto rozando la sierra y dejó caer montones de bombas sobre el río y las márgenes. Nunca había visto tantos. El teniente Araujo le había enseñado a identificarlos. Eran aviones alemanes, de aquellos que llamaban *bacalaos*, quizá porque tenían el morro parecido al de un pescado. Su primer pensamiento fue la caja que había dejado entre los juncos. Si las bombas la reventaban, las ratas se lo comerían todo, incluso el tabaco.

Desde la otra orilla del río, los aviones recibían una cortina de metralla que llenaba el cielo con unas nubecillas grises y negras que no parecían hacerles gran cosa. Habían llegado otros, que nunca antes había visto, y las bombas caían por todas partes. Quizá eran más de treinta. Serafí se dio cuenta de que no sería fácil moverse como hasta entonces, por los campos y las montañas de los alrededores, porque la mula podría asustarse y ambos podrían resultar heridos.

Todo sería más arriesgado, porque la Terra Alta había quedado partida en dos mitades.

Cuando llegó a La Fatarella, la gente huía.

Soldados y civiles, confundidos, constituían una caótica columna humana que salía por la parte alta del pueblo, como si fueran de romería a Sant Bartomeu, pero en desorden y con la resignación en el rostro. Los militares pensaban llegar hasta Gandesa para hacerse fuertes, y los civiles todavía dudaban adónde ir. Algunos habían previsto quedarse en masías situadas entre La Fatarella y Vilalba, pensando que quizá podrían regresar pronto. Quienes

lo veían más negro pretendían llegar a Batea y sumarse a alguna de las columnas de gente que huía, caminando, hacia Zaragoza.

—Serafí, ¿dónde andabas? —preguntó su tía, que lo esperaba frente a su casa, al verlo llegar lleno de polvo, sudado, sediento y con la mula inquieta. Había anudado un par de hatos con vituallas, ropa y alpargatas, cuatro cosas suyas, una garrafa de agua y una imagen de la Virgen María que había vuelto a colgar en el comedor los últimos meses.

—Vengo del río y he visto a muchos soldados que suben. Nunca había visto tantos, tía.

—¿O sea, que vuelve la guerra?

—Una guerra tremenda. Tenemos que marcharnos —advirtió Serafí.

Si lo decía el chico, que era valiente, era porque la cosa pintaba mal, pensó su tía.

—Voy a la habitación a coger el monedero del jergón —dijo Serafí—. Me lo meteré bajo la faja.

Tenían cuatro duros ahorrados, pero podrían serles útiles si seguían en territorio franquista. Si llegaban los republicanos, ese dinero no valdría nada. Lo sabían por experiencia, aunque la otra vez había sido al revés. Además, Serafí tenía que entrar en Cal Sant, comprobar que la artesa estaba en su lugar y que no había dejado ningún rastro de su presencia. La casa, probablemente, volvería a recibir la visita de soldados.

Se llevaron todo lo que pudieron dentro de las alforjas de la mula y se añadieron a la cola de fugitivos. La idea de su tía era ir a casa de su hermana, en Vilalba.

Los más mayores caminaban bajo el sol sin levantar los ojos del suelo, algunos ayudados por un bastón. Las mujeres iban cargadas de hatos, maletas y niños. En la caja de algunos camiones militares habían acogido a los más desvalidos y a los enfermos. Un niño, que debía de haberse perdido y temblaba, se arropaba bajo la chilaba de un moro.

Las mulas y los caballos que no habían sido requisados iban cargados de cajas, paquetes atados de prisa y corriendo y colchones. De un burro colgaban mantas, un impermeable y un par de botas. Al verlo, Serafí comprendió que quizá tardarían en volver a La Fatarella, porque la época de lluvias y frío todavía estaba lejos.

Para un chico como él, acostumbrado a escoger su ruta con su mula, y a no pasar nunca por carreteras y caminos transitados, aquel éxodo gregario era una señal de la catástrofe que se anunciaba. La polvareda blanqueaba las caras de las mujeres y de los viejos, y secaba la garganta y los ojos de los niños.

Los gritos de los militares, el motor y las bocinas de los vehículos requisados, los llantos de las criaturas, y el ladrido de los perros perdidos que buscaban a su amo confluían en una barahúnda que hacía dantesca la fuga.

Al ver llorar a su tía, Serafí sintió un inmenso desasosiego.

Vilalba vivía momentos caóticos. Estaba ocupada por regulares que preparaban la defensa y la mayoría de la gente se había ido. La hermana de su tía tampoco quería quedarse. Decía que habría actos de venganza, porque el pueblo había quedado destrozado y roto por la guerra y la revolución, y que ya había visto suficiente violencia.

—Yo no quiero ir a Zaragoza, tía —dijo Serafí, con voz de hombre.

—Pero si nos quedamos, estaremos en medio de la guerra.

—Pues iremos a las masías. Las conozco todas y sé de alguna en la que hay agua. Jamás nos encontrarán.

Su tía no insistió. Había comprendido que Serafí no cambiaría de opinión. Lo que no sabía eran los motivos de aquella actitud. No estaba dispuesto a pasar de Vilalba deis Ares porque no quería alejarse de La Fatarella, mejor dicho, de Cal Sant. Pensaba volver tan pronto como fuera posible. Además, ir a vivir a Zaragoza, ni pensarlo: estaba el padre de Domingo y todavía recordaba el mal trance que le había hecho pasar.

La tía de Vilalba subió a uno de los últimos convoyes de civiles que partían del pueblo. Se habían quedado solos, en una casa que no era la suya y en un pueblo ocupado por militares dispuestos a defenderlo palmo a palmo, fuera como fuese, porque eran conscientes de que de ello dependía la batalla del Ebro.

Dejaron la mula bajo un cobertizo que había en el patio de atrás y Serafí todavía tuvo tiempo de ir a buscarle un buen haz de hierba seca, mientras su tía llenaba un par de cántaros en la fuente de la plaza. No estaban lejos del cementerio, hasta donde había llegado la avanzada del ejército del Ebro y los soldados de los dos bandos se enfrentaban con granadas de mano y con la bayoneta calada.

Sin moverse de casa, buscando refugio en el sótano o bajo los arcos de las paredes maestras, metidos entre dos colchones, vivieron tres días de infierno. Al atardecer del tercer día, cuando parecía que la batalla por Vilalba amainaba, llamaron a la puerta.

—¿Hay alguien?

Era una voz de soldado, fuerte, y hablaba catalán, lo que interpretaron como una señal de que los franquistas se habían retirado y los republicanos habían conquistado el pueblo. No tenían más remedio que abrir. Lo hizo Serafí, porque a la mujer sólo le quedaba ánimo para rezar. Además, él, desde los tiempos del señor Claret, no temía a los republicanos.

Se encontró de frente con un muchacho joven, tocado con una boina roja, un fusil en la mano y un montón de chismes que le colgaban del uniforme. Iba vestido de una manera estrambótica. Si hablaba catalán, tenía que ser republicano, pero no lo parecía, porque los republicanos no llevaban esa boina.

—Hola, chico. ¿Está tu madre?

—Estoy con mi tía. Mi madre murió hace poco —contestó Serafí.

—¿La mataron los rojos, a tu madre?

—Murió de pena. Desde que perdí a mi padre no quería vivir más.

No entendía quién era aquel hombre que llamaba a la puerta, pringoso, exhausto, nervioso, pero con mirada de buen chico. Un soldado republicano nunca habría hecho esa pregunta. Por si acaso, prefería responder con evasivas mientras se situaba. Por ello consideró que era mejor no precisar las circunstancias de la muerte de su padre.

Su tía, que lo había oído todo, salió de la cocina. Había entendido que el soldado no era de los que venían del Ebro. Una vecina de La Fatarella le había hablado de unos catalanes que se habían incorporado al ejército de Franco. Algunos eran hijos de la Terra Alta. Se los conocía como los requetés del Tercio de Montserrat. Debía de ser uno de ellos.

—Pase, pase. Soy la tía del chico. Llegamos hace tres días —dijo la mujer, reconfortada por la presencia de un hombre.

—¿De dónde son?

—De La Fatarella. Nos marchamos del pueblo antes de que entraran los rojos y nos hemos quedado aquí, en casa de una hermana mía que se ha ido a Zaragoza.

—¿Y por qué no se han marchado con ella?

—El chico no quiere dejar la mula —explicó la mujer—. No sé si ha sido una buena decisión, con todas esas bombas que caen día y noche.

—Salieron de Guatemala para ir a *Guatepeor*, señora. De todas formas, todavía están a tiempo de irse a Zaragoza —les dijo el joven requeté, con la

mejor intención del mundo.

—El chico no quiere —insistió la mujer.

—¿Por la mula? ¿Dónde la tienes?

Serafí se puso tenso, como cuando le interrogó el padre de Domingo. Temía que le requisasen el animal, a pesar de que aquel joven soldado le parecía buena persona y él, en eso, nunca se equivocaba. Tenía una carta en la manga: la del teniente Araujo.

—La tengo en el patio, detrás de la casa. Es un buen animal, y valiente, pero sólo obedece mis órdenes. Hice muchos trabajos para el teniente Araujo, que llegó a La Fatarella con el general Milans del Bosch —explicó Serafí, que temía la requisición del animal.

—O sea, que has trabajado para los nacionales. ¡Vaya chico! ¿Qué edad tienes?

—Catorce años —dijo Serafí, seguro de que nadie estaba en condiciones de descubrir que se había añadido casi tres.

Si lograba hacer entender a aquel soldado que podía serles útil, resolvía tres problemas de golpe. No lo enviarían a Zaragoza, no le quitarían la mula y podría llevarle comida a su tía todos los días, y de la buena: latas de carne de ternera en salsa de tomate, como las que le daba el teniente Araujo.

Mientras hablaban, las paredes habían vuelto a temblar. Se había reemprendido la batalla del cementerio y los obuses de la artillería republicana caían por los alrededores.

—No se muevan, que fuera la cosa no está para bromas. Si lo ven peligroso, bajen —dijo el requeté, señalando la escalera que llevaba al sótano—. Hablaré al teniente de tu mula —añadió dirigiéndose a Serafí—. Por ahora, quédatela. Volveré cuando pueda.

—Gracias —dijo la mujer.

Antes de que se marchara, Serafí aún tuvo tiempo de hacerle una pregunta que le rondaba por la cabeza.

—¿Por qué lleva esa boina?

—Para que sepan que soy requeté.

Cuando el soldado cerró la puerta, su tía lo riñó por haberse metido donde no lo llamaban. Pero su pregunta no llevaba mala intención; Serafí siempre había visto a los soldados esforzarse por pasar desapercibidos.

Ése era el único que quería que lo vieran.

Capítulo 13

Jueves, 10 de julio de 2008

Habían bajado a Ascó dando un rodeo por Mora d'Ebre con la intención de desorientar a los mozos. A las doce tenían cita en la comisaría, pero debían pasar por la notaría.

—La señora Barbara Stein, supongo. ¿Me permite su pasaporte?

El notario vestía de una manera descuidada, con un *blazer* cruzado de color azul marino, que el tiempo había abrigantado, y unos pantalones grises que nadie había lavado ni planchado desde que los había comprado. Llevaba una camisa de un rosa desteñido, sin corbata, y los zapatos eran de cordones, pero los calzaba desabrochados. Provenía de una familia de notarios de renombre y, en la Terra Alta, era conocido por sus convicciones, que lo habían llevado a la cárcel en tiempos de Franco.

—Señora Stein, me corresponde comunicarle que el señor Serafí Aubarell, que en paz descanse, ha hecho testamento en su favor. Por lo que veo en el pasaporte, los datos que nos proporcionó sobre su identidad, para preparar los documentos, coinciden con los suyos. Si usted nos confirma que son correctos, procederemos.

—Proceda —dijo Barbara, al comprobar que eran los datos de su Moleskine.

—Nos encontramos ante lo que se conoce como testamento condicionado. Significa que la herencia objeto de testamento, en este caso, una vivienda y los muebles que contiene, así como el saldo de una cuenta corriente de La Caixa, sólo puede hacerse efectiva, en su favor, previa aceptación de las condiciones impuestas por el testamentario. Si no las asumiera, tengo instrucciones de proceder en otro sentido, ¿lo entiende?

—Perfectamente.

Barbara intuía que estaba muy cerca de descubrir el misterio de su abuelo. Comprendía que el notario anduviera con pies de plomo, teniendo en cuenta

las circunstancias.

—Una vez formalizada la aceptación de la herencia, tendré que rendir cuentas a la policía, debido a la muerte repentina, y todo indica que violenta, del señor Aubarell. Supongo que lo comprende.

—No se preocupe, que a la policía la tendrá aquí bien pronto. Son como nuestra sombra desde hace cuarenta y ocho horas —explicó Barbara, rompiendo los formalismos.

Se había permitido una licencia, porque veía que nada podía poner en cuestión la decisión del muerto si ella aceptaba las condiciones, a pesar de que aún no sabía en qué consistían.

—Pues procedamos —dijo el notario con gran solemnidad.

De acuerdo con su última voluntad, Serafí dejaba la casa de Cal Sant en herencia a la señora Barbara Stein, de veintiséis años, residente en Boston, Massachusetts, Estados Unidos. Para ser efectivo, el legado quedaba sujeto a unas condiciones que el finado había entregado al notario en un sobre cerrado, con las instrucciones de destruirlo si la legataria no aceptaba las condiciones.

—¿Puedo abrirlo?

—Adelante.

El notario estaba encantado con la clienta. Rasgó el sobre con un abrecartas con el mango recubierto de cuero y tan grasiento como su americana, en el que todavía se adivinaba el signo *hippy* de la paz. Barbara pensó que debía de ser de los tiempos de la guerra del Vietnam. Debía de tener todos los elepés de Bob Dylan y Joan Baez. Por la edad, podía tener incluso algún disco de Paul Robeson.

En su testamento, Serafí exigía que la casa fuera la sede de un futuro museo de los templarios de la Terra Alta. Definía el objetivo: explicar la aportación de los Hombres de la Cruz a la Historia de la Comarca. Todo en mayúsculas. Enumeraba los ámbitos de la vida social, económica y artística en que la orden había dejado su huella. Añadía un número de cuenta corriente de La Caixa y adjuntaba el último recibo, con el saldo: cerca de doscientos cincuenta mil euros.

Ramon sonrió. Recordaba a los compañeros de dominó de Serafí, que siempre le pagaban el café. Mercè pensaba en la gente de Miravet, que aspiraba a ser la capital templaria de la comarca. En La Fatarella quizá aquello les parecería extraño, pero estarían encantados. Por fin, saldrían en los mapas por su historia genuina, y no sólo por la batalla del Ebro, la central de Ascó, las eólicas y, ahora, el cementerio de residuos nucleares que querían endosarles.

—Hay una condición añadida —anunció el notario—. No podrán hacerse obras estructurales que modifiquen las paredes maestras ni los cimientos de la casa. ¿Está de acuerdo?

—Sí. ¿No dice nada más? —preguntó Barbara, que todavía no había oído ninguna referencia a su abuelo.

—Cuando usted haya aceptado la herencia, con las condiciones estipuladas, la voluntad del finado es que le haga entrega de esta carta —precisó, mostrando un segundo sobre, cerrado—. Antes, sin embargo, tiene que firmar la aceptación. Legalmente puede hacerlo, ya que ninguna de las condiciones impuestas por el testador resulta imposible de cumplir, es ilícita o está expresamente prohibida por el Código Civil.

—Firmemos, pues.

Zabalza le hizo entrega del otro sobre. Barbara fue junto a la ventana, sola, y lo leyó, en medio de un silencio sepulcral.

Señorita Barbara,

Cuando lea esta carta, será usted propietaria de Cal Sant. Cuide la casa. Allí he pasado los mejores años de mi vida. Yo la heredé de un hombre bueno, que se consideraba el último templario de la Terra Alta. Su objetivo era conservarla como casa templaria.

Me hizo el honor de encomendarme esta misión y ahora yo se la encomiendo a usted. Confío en usted porque es la nieta de Martin Stein. Él también era un hombre bueno. Fue como un padre para mí.

Supe que su familia lo buscaba hace algunos años, pero en aquella época no podía contarles lo que sabía sin poner en peligro cosas que quiero demasiado. Cuando supe que usted venía al pueblo, vi la oportunidad de resarcirme. Ahora ya puedo decirle dónde está su abuelo, sin poner en peligro la casa.

Cuando entre, verá una artesa antigua; debajo de ella encontrará una trampilla que da a una escalera de caracol. Abajo, están los restos del abuelo.

Era un hombre excepcional, como el señor Claret y como el dueño de Cal Sant.

Con toda estima y confianza,

SERAFÍ DE FORTEA

—¿Quién era ese señor Claret? —preguntó Barbara, para romper la tensión del momento con un tema que le parecía menor.

—Un hombre que Companys envió a La Fatarella después de los Hechos, para restablecer la vida municipal y el orden republicano —explicó Mercè, encantada de poder romper aquel silencio tan pesado.

Acabados los trámites, el notario le entregó la llave de la casa. De pie, mientras los acompañaba a la puerta, le explicó los antecedentes de aquel acto testamentario.

—Mi padre, que también era notario, tramitó la herencia del dueño de Cal Sant al señor Aubarell. Eran los años sesenta, y puede suponer que fue complicado.

—Lo imagino. Usted ha sido muy diligente y profesional.

La despidió con un apretón de manos de complicidad. Barbara no pudo resistirse a hacer una última pregunta.

—¿Conoce usted las canciones de Paul Robeson?

—¡Ya lo creo! *Ol' man river!* La cantaba cuando estaba en prisión —recordó el notario, antes de ensayar unos versos, de pie, con la puerta entreabierta.

*There's an ol' man called the Mississippi
That's the ol' man I don't like to be
Ol' man river
Ol' man river!*

Faltaba más de media hora para las doce y la comisaría estaba a dos pasos. Delante de la notaría había un coche de los mozos aparcado. Barbara se acercó.

—Soy Barbara Stein. Llamen al inspector García y comuníquenle que ya estamos listos, por favor.

Lo hicieron en un santiamén. Nunca se habían encontrado en una situación parecida mientras seguían a una persona.

—¡Suban! —dijo uno de ellos.

—Iremos andando —puntualizó Ramon.

Los siguieron en el coche, sin rechistar.

El inspector los esperaba, sentado delante de una bandera catalana que rozaba el techo de su despacho. Sobre la mesa tenía la mini Moleskine, una foto de su mujer con su hija, y una figurita de un mozo de escuadra de plomo. El cinturón con la pistola colgaba del perchero. «Como en las películas en blanco y negro de los años cuarenta», pensó Barbara.

—Debo de ser la primera norteamericana con una casa en La Fatarella, inspector —le dijo a la vez que le mostraba la llave de Cal Sant.

—Donde murió su abuelo, supongo.

—¿Cómo lo sabe?

—A usted sólo puede interesarle una casa en La Fatarella si tiene relación con su abuelo.

—Pues se equivoca; la casa, efectivamente, está relacionada con mi abuelo, pero puedo garantizarle que, aunque no fuera así, igualmente me la quedaría, a pesar de las condiciones del legado, que no son fáciles de administrar. Después de todo lo que ha pasado, es cómo si hubiera vuelto al pueblo donde nació.

A Mercè se le humedecieron los ojos. La frase, con toda su altisonancia, era auténtica, pensó Ramon. Él también se había enamorado de aquel pueblo.

García estuvo a punto de dejarse cautivar por la sinceridad de la chica, pero el instinto profesional se lo impidió.

—Pues vayamos a Cal Sant, si le parece bien, señorita Stein.

—¿Tiene una orden de registro, quizá? —saltó Barbara, que consideraba intolerable tomar posesión de su casa acompañada de un policía.

Se había parapetado tras su nueva condición de propietaria, pero el inspector tenía las de ganar. No podía entrar en Cal Sant como si hubiera comprado la casa en una inmobiliaria de Tortosa. En una cosa coincidían; ambos tenían prisa. Ella se moría por entrar y localizar la escalera de caracol; él trabajaba a contrarreloj para evitar especulaciones sobre la muerte de Serafí como las que ya se habían extendido por La Fatarella y otros pueblos de los alrededores.

—Si queremos encontrar la solución a las dos muertes, tenemos que seguir por el camino de la colaboración discreta. Cualquier alternativa nos traería más quebraderos de cabeza que éxitos —argumentó Ramon.

—¿De qué colaboración me habla? —respondió el inspector, irritado.

—Aquella que no se nota, García. Usted hace su trabajo y nosotros el nuestro, y cuando convenga, ponemos en común lo que sabemos —añadió Ramon, que había hecho un seminario de resolución de situaciones de crisis.

El argumento de la discreción había hecho tambalear al inspector.

Ramon se percató de ello.

—¿Se imagina una orden de registro de una misteriosa casa y comprada por una norteamericana? Los de TV3 enviarían una unidad móvil. Si añadimos la batalla del Ebro y la historia de un brigadista norteamericano, la entrada en Cal Sant podría interesar incluso a la CNN. Y si mezclamos el mito de los templarios, tendrá que pedir refuerzos para contener a los periodistas.

García era prisionero del tradicional conflicto entre eficacia y sutileza.

—Acaba de heredar la casa de una persona que asesinaron anteayer. Algo tengo que hacer, ¿no le parece?

—Algo tenemos que hacer —precisó Barbara.

—Propongo que la señorita Stein tome posesión de la casa mañana mismo, con discreción, y que lo llame cuando ya haya entrado para ponerlo al corriente de lo que haya descubierto acerca de su abuelo. ¿Estáis de acuerdo? —añadió, mirando a García y a Barbara.

—¿Cómo haremos para entrar de forma discreta? —preguntó Barbara.

—Durante el partido del Barca no habrá nadie en la calle —sugirió Mercè.

—Perfecto —sentenció Ramon.

Al inspector todavía le quedaba una última preocupación.

—Estoy de acuerdo en que la señora Stein entre antes, pero los conmino a no tocar nada hasta que yo llegue con respecto al cadáver de su abuelo... Si es que está allí.

—¿Qué pinta la policía autonómica en una muerte del año 38? —dijo Barbara, que seguía sin soportar la idea de bajar al sótano con el inspector.

—Todos los muertos de la Terra Alta son míos, señorita, todos.

Capítulo 14

Agosto / 23 de septiembre de 1938

Bajo el cobijo de los requetés, la vida de Serafí en el bando franquista había adquirido un estatus privilegiado. Una vez más, hacía lo que quería. Disfrutaba de una libertad que no tenía más limitación que los riesgos propios de la guerra.

No era extraño ver a chicos de su edad colaborar con los militares para ganarse el pan. En Vilalba mismo, había uno que era muy malcarado, que había huido de Corbera y era el cornetín de órdenes del jefe de intendencia. A Serafí no le gustaba verlo tirar las sobras de los ranchos a la basura, mientras mujeres y viejos hacían cola para recoger un trozo de pan de munición o para rebañar el fondo de una lata de sardinas.

Recordaba lo que le había dicho el señor Claret: la guerra saca lo mejor de unas personas y lo peor de otras.

Trabajaba por encargo y así era más libre. Y siempre que podía, lo hacía para los del Tercio de Montserrat, que eran los que le caían más simpáticos. Se había hecho amigo del alférez Recasens.

La mula se había acostumbrado al ruido ensordecedor de la guerra, había aprendido a valorar el peligro por el lugar donde caían los obuses. Al principio, el rumor de las escuadrillas de aviones la inquietaba, pero con el tiempo había observado que las bombas caían casi siempre lejos de donde ellos estaban. Lo que más la martirizaba era el zumbido de los morteros, porque nunca sabía dónde resguardarse, como los hombres. No era la única mula que corría entre las bombas, pero sí la más experimentada.

Ese día, el alférez Recasens estaba más excitado que de costumbre: por fin les habían comunicado que pasaban a la ofensiva. Después de veinte días de defensa numantina, Vilalba seguía en manos de los franquistas. Estaban agotados, pero cualquier alternativa era mejor que la de seguir en aquella ciudad arrasada por la guerra, donde perros asilvestrados llenaban la noche de

aullidos de lobo. Tenían que salir de madrugada para ir hasta Quatre Camins por la carretera de Capsades con tomar al asalto Punta Targa, un cerro estratégico que dominaba la carretera de Camposines.

—Me gustaría que vinieras, Serafí. Será una batalla dura porque los rojos están bien fortificados y la colina está repleta de nidos de ametralladoras.

—¿Qué puedo hacer con la mula si todo son cañonazos, bombas y metralla? —preguntó Serafí, no porque tuviera miedo, sino porque no le veía mucha utilidad.

—Hay barrancos muy elevados donde la mula puede resultarnos útil —le dijo el alférez Recasens, con un argumento que escondía, a buen seguro, algún presentimiento.

Aceptó el ofrecimiento. Los últimos días había visto llegar refuerzos de hombres y material, y algunos tanques que impresionaban. Pensar que su mula podía ser útil, a pesar de todo ese despliegue, lo halagaba.

Recasens les había facilitado una casa alejada del cementerio y les proporcionaba vituallas frescas que llegaban de la retaguardia. En una muestra de confianza y afecto, alguna noche tranquila se había llevado a Serafí con sus hombres y habían cantado *El virolai*. Gritaban tanto como podían. A los mandos franquistas no les gustaba, porque cantaban en catalán, pero dejaban que lo hicieran. Pensaban que podían contribuir a desmoralizar a los *biberons*, los jovencísimos soldados catalanes de las últimas quintas, que los oían desde las trincheras republicanas cavadas a las puertas de Vilalba.

El apocalipsis de Punta Targa marcó el destino de Serafí.

Franco dirigía las operaciones desde el collado del Moro, con una política de aniquilación del adversario que no pasaba por la victoria rápida que le sugerían la mayoría de sus generales. La estrategia era tan sencilla como aterradora. Consistía en hacer de la Terra Alta un matadero en el que sobrevivirían quienes tuvieran más medios para descuartizar y más hombres para sacrificar. El Tercio de Montserrat lo pudo comprobar, y Serafí nunca olvidaría lo que vio.

Estaba al acecho al pie del cerro, cerca de una noria, con la mula cargada de agua. El alférez Recasens había pasado la noche atrincherado delante de unos viñedos, a dos pasos de las posiciones republicanas. A pesar de la costumbre, la mula estaba muy agitada. Por el camino habían visto a dos caballos destripados con los ojos abiertos, como si siguieran al acecho de la lluvia de metralla.

Desde que había empezado a amanecer, un diluvio de fuego se había abatido sobre Punta Targa. Los obuses que la artillería disparaba desde Vilalba destrozaban las terrazas y dejaban la montaña yerma de encinas y olivos. De los aviones caían unas bombas que Serafí nunca había visto, panzudas como las campanas de la iglesia. Parecía que las trincheras republicanas, los pozos de tirador y los refugios reventaran, pero cuando las columnas de polvo se desvanecían, podía ver brazos fantasmagóricos que desafiaban al enemigo alzando el arma por encima del talud. El crepitar de las Maxims rusas evidenciaba que sin la infantería no podrían tomar Punta Targa.

Cuando Serafí vio que los requetés se lanzaban a ocupar la colina, todo su cuerpo se puso en tensión, como cuando estaba detrás de la pared del cementerio, aquel día frío de enero, en la parte alta de La Fatarella.

Ni los tanques habían podido abrirse paso, al ser recibidos por una cortina de llamas. Otras dos unidades, un batallón de Ceuta y el 13 de Bailen, dispuestas una a cada lado, habían desobedecido la orden de ataque. Los requetés intentaban adelantar por entre los viñedos hasta las posiciones republicanas. La mayoría no pasaron de las primeras hileras de cepas. Cada vez que caía uno, su boina volaba y quedaba cubierta de polvo y de tierra. Con todo lo que había visto desde que había empezado la batalla del Ebro, Serafí nunca había presenciado una carnicería como ésta, con hombres tan desprotegidos, a pesar de tener la fuerza de su parte.

Vio que el alférez Recasens caía como un saco y se quedaba inmóvil, retorcido alrededor de una cepa, con el cuerpo medio enterrado en el agujero. Por la posición de los miembros, comprendió que sólo estaba herido. Se hacía el muerto porque era la única manera de sobrevivir en aquel infierno. De repente, su presencia allí cobraba sentido. Aguardaría hasta la noche y lo llevaría hasta Quatre Camins o Vilalba sobre la mula, si es que todavía estaba vivo.

—¿Ves por qué tenías que venir, Serafí? —le dijo el alférez Recasens desde la cama del hospital de campaña donde se recuperaba de sus heridas.

—¿No veíais que no podíais avanzar?

—¡Las órdenes no se discuten!

—Pero los otros no hicieron caso —espetó Serafí, que había oído todo tipo de interpretaciones sobre el hecho de que hubieran dejado solos a los del Tercio de Montserrat. Había quien insinuaba que les habían hecho pagar por su condición de catalanes.

—¡Que Dios los ampare! —se limitó a decir el alférez.

Recasens estaba afectado por la muerte de tantos de sus hombres. No encontraba respuesta a las preguntas que se hacía, y no podía plantearlas a los mandos que le habían impuesto una medalla. Hablaba con Serafí de la brutalidad de una guerra como ésta, que había enfrentado a la gente, a los amigos, a las familias. Después de la carnicería de Punta Targa, cuando rezaba, ya no lo hacía para que los suyos ganaran, sino para que aquella barbaridad fratricida acabara cuanto antes y él pudiera volver a Igualada, donde vivía su novia, en una familia del bando contrario.

Volver a casa se había convertido en el objetivo de Serafí, aunque allí sólo encontrara niños, mujeres y viejos. Padecía por Cal Sant y únicamente yendo allí podría comprobar si la artesa estaba en su lugar y si la escalera de caracol había sido descubierta. Se lo dijo a su tía, que veía muy difícil poder regresar. El mando republicano se había instalado cerca y era imposible llegar desde el bando franquista sin despertar las ametralladoras instaladas en las trincheras de Les Deveses. Pero Serafí era tozudo y valiente.

Estaban a mediados de septiembre, y las tropas de Franco habían avanzado hasta la carretera que subía de Camposines a La Fatarella. La guerra estaba encallada y el único cambio que se apreciaba es que ya no hacía tanto calor. Era el momento de intentarlo.

Cuando estaba cerca de las líneas republicanas, el horizonte se ennegreció. Sobre su cabeza, más de cien aviones iniciaban una batalla aérea sin piedad, que llenaba el cielo de curvas blancas. Le habían enseñado a distinguir los aparatos por el zumbido de las alas y el chisporroteo del motor, pero había tal cantidad y estaban tan mezclados que los confundía. Discernía los cazas Messerschmitt, de la Legión Cóndor, porque eran inconfundibles. También identificaba los Moscas rusos cuando bajaban en picado para acribillar las posiciones franquistas, y los Fiats italianos, que los perseguían haciendo todo tipo de tirabuzones, pero otros jamás los había visto. Eran los que volaban más alto y daban ventaja a los franquistas porque los republicanos, tan arriba, no llegaban.

Era la primera vez que veía a un piloto lanzarse de un avión en llamas. Parecía una centella suspendida en el aire. Descendía suavemente, rodeado de aviones. Su silencio contrastaba con el estrépito de la batalla. Poco antes de

tocar tierra, la metralla de una batería le reventó el cuerpo y le destrozó el paracaídas. No podía seguir donde estaba. En su contraofensiva, los republicanos habían puesto toda la carne en el asador, en un intento desesperado de recuperar la iniciativa y la acción de los morteros que disparaban sus proyectiles por encima de donde él se encontraba le impedía volver atrás, hacia Vilalba. Se adentró en territorio controlado por los hombres del teniente coronel Tagüeña.

—¿Qué haces aquí?

Un soldado lo encañonaba. Era muy joven y hablaba catalán, pero no llevaba la boina roja, sino un casco que apenas dejaba ver sus ojos.

—Vengo de una masía de ahí abajo. He tenido que marcharme porque las bombas nos caían encima. Mi tía se ha quedado, porque es mayor. Intento llegar a La Fatarella, donde dicen que la guerra no es tan cruenta.

Al haberse hecho hombre antes de tiempo, había aprendido a mentir con el descaro que sólo poseen los adultos. El soldado revolió las alforjas de la mula y su zurrón, por si acaso.

—¿Acaso no ves que no puedes ir a La Fatarella? Hoy, esto es peor que la sierra de Pàndols. ¡Sígueme! —le dijo el hombre, que estaba en misión de reconocimiento y volvía hacia las líneas republicanas.

Serafí sólo había estado en las trincheras de los franquistas cerca de Vilalba y Quatre Camins, donde los soldados entraban y salían, con tumos que hacían tolerable la estancia. Para los republicanos, eran el pan de cada día, desde hacía más de un mes; un mundo en el que se habían recluido desde la segunda semana de agosto, cuando habían abandonado el sueño de echar a los franquistas de la Terra Alta.

Dentro de aquella zanja, la vida era inhumana, con hombres agolpados, pestilentes, con la piel embadurnada de sudor y de polvo. Los veía andar en aquellos zigzags de piedra, con la cabeza siempre agachada y los pies bien plantados, intentando no hacerse daño con la chatarra o el pedregal, o no pisar excrementos.

Tuvo que hacer noche allí. Aquello era el reino de las tinieblas del que había oído hablar al cura de La Fatarella, una vez que su madre lo llevó a misa. Se pasó la noche oyendo los gemidos de los heridos, las pesadillas de quienes habían tenido un día malo, los quejidos de aquellos que eran devorados por los piojos o la sarna, y los llantos de los de la quinta del biberón. De hecho, sólo dormían los veteranos, con la cara tapada por una

manta grasienta, para evitar que alguna rata hambrienta les arrancara la ceja de un mordisco.

Pensó que nunca podría vivir en aquel universo siniestro de las trincheras. Prefería el sótano de Cal Sant. Se ratificó en su obsesión de volver como fuera a La Fatarella. Soñaba con su madre que lo esperaba, con un plato caliente para él y un haz de paja para la mula. Se había dormido un instante.

De madrugada, se escabulló aprovechando que llovía a cántaros. Si lo descubrían, diría que regresaba a la masía. Su intención era llegar a Vilalba para preparar la vuelta a La Fatarella rodeando las posiciones republicanas. En la trinchera, los soldados, sobre todo los más jóvenes, lo habían acribillado a preguntas. Tenían el miedo reflejado en la cara. Se veía que intuían la derrota. La mayoría habían hecho suya la causa de la República, pero no entendían por qué debían morir por una batalla que sabían perdida. En la mirada de algunos, descubrió el terror que produce la proximidad del enemigo y la imposibilidad de volver atrás. Querían que les contara cómo trataban a los prisioneros republicanos.

—Bastante bien —dijo sin exagerar, para que no desconfiaran—. Se los llevan hacia Batea y les dan de comer —añadió, sin atreverse a decir que era mejor que el rancho aguado que le habían servido para cenar.

—¿Y los legionarios? —preguntó un chico de mirada tímida que había oído hablar de las ejecuciones sumarias.

—Ésos matan a todos los brigadistas que pillan —respondió un veterano en voz baja, para que no lo oyeran unos polacos que dormían unos metros más allá.

Serafí no dijo nada. Una de las cosas que más atormentaba al alférez Recasens era haber visto a unos hombres de la Legión rematando de un disparo en la cabeza a dos heridos de la brigada Lincoln.

Mientras bajaba corriendo por un barranco, deslizándose por el barro, vio a tres soldados que subían por él. Oyó un trueno más fuerte que los de la tormenta. Habían pisado una mina. Por los gritos, alguno de ellos había salido malparado. El surtidor de tierra y barro que había levantado el ingenio provocó que la artillería franquista cubriera el barranco con una lluvia de hierro. Entendió que los heridos eran republicanos. Para capear aquel temporal de fuego y hierro, se metió dentro de una cabaña que se le apareció encima de donde estaba, medio derruida y enterrada bajo unos árboles caídos por las bombas. Cuando el retumbar de los cañones cesó, siguió hacia abajo,

por el mismo precipicio. Un grupo de legionarios subían montaña arriba, a caballo. Llegó antes que ellos al agujero que había dejado la explosión. Quería comprobar si podía recoger algo. No le gustaba hacerlo, pero se había acostumbrado, como todos los que vivían bajo las bombas.

Detrás de una higuera que había quedado medio partida, oyó un gemido, que era más bien una queja. Había un hombre, vivo, pero roto por la mitad, con las piernas que le colgaban hacia un lado. Se le acercó. Llevaba la estrella roja de los brigadistas en la gorra.

—Vete chico, que suben los fascistas. Es mejor que no te vean aquí —le dijo en castellano.

Pensó que debía de ser inglés, porque hablaba con el mismo acento que un periodista que él había llevado con la mula por Vilalba mientras hacía, según él, un reportaje sobre los requetés para el *Times* de Londres. Recordaba su nombre: Kim Philby. Lo primero que le vino a la mente fue el comentario de aquel soldado republicano sobre legionarios y brigadistas que había oído en la trinchera. Si no escondía a ese hombre, lo encontrarían y lo rematarían. Llevaba una pistola en la cintura, pero no le serviría de nada.

—Lo llevaré hasta una cabaña que hay más arriba. Allí no lo encontrarán.

—Déjalo. No puedo andar. He pedido a mis compañeros que se marcharan porque no hay nada que hacer. Prefiero que me hagan prisionero —musitó el brigadista.

—Son legionarios.

El tronco del hombre se puso en tensión y apretó con la mano la culata de la pistola.

—¡Vete! Que no te vean aquí —repitió como si de una orden se tratara.

En vez de hacerle caso, Serafí acercó a la mula. Al verlo tan determinado, el brigadista partió una ramita de olivo y la mordió, para no gritar. Serafí lo cargó, como un saco, con el cuerpo en un costado y las piernas inertes en el otro. Con el agua que bajaba por el barranco, la mula resbalaba y el chico tuvo que empujarla hasta llegar a la cabaña. Arrastró al herido hasta dentro, sin mirarlo a la cara en ningún momento para no ver su dolor. Desde el interior, tapió la entrada con piedras y ramas. A la mula la había fustigado para que se fuera y no llamara la atención; sabía que regresaría. El aguacero borraría sus huellas.

Cuando el brigadista recobró el conocimiento, los legionarios habían abandonado el barranco. Había cesado de llover, y el sol, tímido pero reparador, entraba por las rendijas.

—¿Dónde estamos? —preguntó con un hilo de voz.

—En el interior de una cabaña. No se preocupe, ya se han marchado. —
¿De dónde eres tú?

—De La Fatarella. Pero ahora estoy en Vilalba, con mi tía.

—¿Y qué haces aquí?

—Quería ir a mi pueblo, pero no me han dejado pasar. Cuando lo he visto, volvía a Vilalba.

Tenía la cara embadurnada de barro y de sangre. Serafí se quitó la camisa y le limpió con ella la frente y los ojos, con mucho cuidado para no hacerle daño, como cuando tenía fiebre y su madre le secaba el sudor.

—Y usted —se atrevió a preguntar—, ¿qué hacía rodeado de legionarios?

—Nos han mandado contactar con una unidad que había quedado aislada y nos hemos perdido. Una mina me ha partido las piernas. Mis camaradas querían llevarme con ellos, pero los fascistas nos hubieran cogido porque subían a caballo —respondió el brigadista con la misma confianza.

—¿Y lo han abandonado herido? —preguntó Serafí, horrorizado.

—¿Qué querías que hicieran? Les he dicho que si intentaban llevarme hacia arriba, me pegaba un tiro en la cabeza.

Se llevó la mano a la cartuchera instintivamente y comprobó que todavía tenía la pistola.

Se había sacrificado para salvar a sus amigos. Era una razón de peso para ayudarlo. A Serafí le pareció que aquel hombre también tenía la bondad reflejada en el rostro. Como los dos hombres que habían sido sus maestros y sus amigos en La Fatarella.

—¿Y usted de dónde es? —le preguntó.

—Soy de Filadelfia.

Cerró los ojos y la cabeza le cayó sobre el pecho. Serafí comprobó que todavía estaba vivo. No había entendido de dónde era.

Capítulo 15

Viernes, 11 de julio de 2008

A pesar de que el Barca jugaba un amistoso contra el Suwon Samsung Bluewings de Corea, las calles de La Fatarella estaban vacías. La llave que les había entregado el notario parecía la de la mazmorra de un castillo, pero Barbara le dio dos vueltas y empujó la puerta suavemente. Entraron los tres. Detrás de Barbara, Mercè y Ramon, por este orden. Serafí era un hombre austero, pero Cal Sant no estaba nada mal para vivir. Con la venta de la casa de sus padres, había rehabilitado la vivienda por dentro, de arriba abajo; una forma de no levantar suspicacias. En la planta baja había hecho un comedor y una cocina nuevos, y dormía en el primer piso, donde todas las mañanas abría la ventana para ver la ermita. Todo estaba ordenado y limpio como una patena. Con la pulcritud propia de un hombre solitario.

Cerca de la ventana, tenía el único mueble con personalidad: una escribanía antigua, cubierta de carpetas, cartas, papeles y unos cuantos libros agolpados. En lo alto de todo ello había una Moleskine. Al comprobar que era la suya, por los *post-it* que sobresalían, Barbara se la metió en el bolso.

Bajaron a la planta medio enterrada, aquella donde había vivido el dueño de Cal Sant. Serafí nunca había querido vivir allí, porque de los años de la guerra le había quedado una ansia de luz y de aire fresco que se lo impedía. Había hecho de esa planta la despensa, donde había metido unas botas de vino viejas y jarras de aceite grandes, como las de antes. En la parte de atrás guardaba reliquias de la batalla del Ebro que no había vendido, o bien porque no lo necesitaba, o porque les tenía un cariño especial. Había suficientes como para hacer un museo.

El suelo estaba recubierto con unas placas de linóleo de color granate brillante que contrastaban con los tonos cálidos y matizados de las paredes de piedra y lo afeaban todo. Al fondo, bajo dos vigas gruesas, había una artesa antigua, lustrada, que cualquier anticuario hubiera comprado a buen precio.

De acuerdo con las instrucciones dadas por Serafí, lo primero que debían hacer era desplazarla. Barbara se acercó, dispuesta a vulnerar el pacto con el inspector.

—Antes, tenemos que llamar a García —sugirió Ramon.

—Bajamos y después lo llamamos —propuso Barbara en voz baja.

—Podríamos estropearlo todo —advirtió Ramon, que sabía la obsesión de los policías porque nadie contamine el escenario de un crimen.

El inspector no tardó ni cinco minutos en llegar. Estaba en el Kiko's, tomando un café y siguiendo los consejos de Ramon sobre la técnica del salobre.

Barrió el rincón donde estaba la artesa con el haz de una linterna en miniatura de marca suiza que llevaba en el llavero. Sobre el mueble, entre las vigas, se adivinaba una trampilla.

—Tenemos que mover la artesa para bajar al sótano —dijo Barbara, al ver que el inspector se interesaba por aquel agujero en el techo.

Bajo el mueble, todo era linóleo. García sacó un cortaúñas que colgaba del mismo llavero y pasó la lima por los bordes de una de las placas. Estaba suelta, unida a las de alrededor por un hilo de silicona. Con un gesto preciso y lento, la levantó, como quien abre la puerta blindada de una caja fuerte. Quedó al descubierto la madera de una trampilla, tan vieja o más que la artesa, con una anilla de cobre incrustada.

Se apartó para que friera Barbara quien tirara de ella, y entonces aparecieron los primeros escalones de una escalera de caracol. Ramon había cogido la linterna del coche, y Mercè, que siempre había mirado Cal Sant con temor, había pasado por su casa a buscar otra. Sumadas a la de García, hacían suficiente luz para bajar. Barbara, delante, y Mercè la última.

El tirabuzón de la escalera desembocaba en el extremo de una sala alargada, de dimensiones modestas, con arcos de piedra de medio punto y de techo exageradamente bajo, como si hubieran levantado el suelo hasta la mitad de los arcos. De la pared más próxima a la escalera colgaban lámparas de aceite cubiertas de telarañas.

Permanecieron inmóviles unos instantes, para acostumbrarse a la oscuridad. Entonces pudieron ver que la pieza estaba amueblada, como para pasar largos ratos allí. A pesar del polvo y las telarañas, podían entrever una litera adosada a un baúl, una mesa con una silla, un silloncito tumbado con

una pata rota y un armario de pared, con tres o cuatro platos y algunos vasos, todos ellos distintos.

En un rincón había una escribanía parecida a la que habían visto arriba, con unos cuantos libros encima llenos de polvo. Ramon cogió uno y sopló suavemente para ver la cubierta. Era el primer tomo de *La historia de España contada con sencillez*, de José María Pemán. Estaba lleno de puntos de lectura. Lo abrió por uno, al azar; alguien había subrayado una frase con un lápiz de trazo grueso, y al margen había escrito «*intellectual lush*».

El comentario aludía al antisemitismo propio del franquismo de los primeros años. «Los judíos eran, en España, verdaderos espías y conspiradores políticos que vivían en la secreta amistad con los moros y en la callada esperanza de los turcos».

Recordó que Barbara se había referido de pasada a la condición de judío de su abuelo Martin.

—¡No toquéis nada, por favor! —dijo el inspector en voz baja pero enérgica, adecuada al silencio del sótano y la trascendencia del momento.

Cuando iba a dejar el libro encima de la escribanía, Ramon vio una libreta. Parecía una Moleskine, y no estaba tan llena de polvo como los libros. Se la metió en el bolsillo con un gesto preciso, como cuando robaba libros en su época de estudiante, aprovechando que el inspector miraba hacia otro lado. Devolvió el Pemán a su lugar.

Entretanto, García iba a lo suyo. Sobre el baúl había una prenda de ropa recubierta con una película blanquecina que se había desprendido del techo calcáreo. La levantó por un extremo, con delicadeza, para que el polvillo no los cegara al caer. Era una chaqueta de cuero.

—Es una cazadora de aviador alemán —dijo Mercè, que había visto una idéntica en el museo de Corbera.

—Pero no la llevaba necesariamente ni un aviador, ni un alemán —precisó el inspector, diligente en el intercambio de prendas de vestir, botas y cascos que había originado la guerra entre los supervivientes—. Ayúdeme —añadió dirigiéndose a Ramon, con un gesto de querer abrir el baúl.

El cadáver estaba doblado. Cómo si le hubieran roto las piernas para poder meterlo en el cofre. Había quedado reducido a un esqueleto rodeado de vendas ennegrecidas. «Polainas de la guerra», pensó Mercè. La humedad de aquel sótano debía de ser la justa para que el cuerpo se conservara embalsamado. Era una auténtica momia de la batalla del Ebro.

No dudaban de que fuera su abuelo, pero el inspector no dejaba de mover la linterna en busca de alguna confirmación.

—En el libro he visto notas que deben de ser tuyas —dijo Ramon, buscando una confirmación por parte de la nieta del brigadista.

Barbara cogió otro libro que también estaba repleto de marcas y lo abrió por la primera. Volvía a hacer alusión a supuestas infamias de los judíos. No lo leyó en voz alta, para no profanar el momento.

«Había entonces en España muchos judíos. Y los judíos, que tampoco querían a los españoles, dijeron a los moros por dónde tenían que entrar para apoderarse de España».

Al margen, el brigadista había escrito: «*Franco's pure insanity*».

—Es su letra, no hay duda.

Al cerrar el libro, cayó el polvo que cubría la cubierta.

—Agustín Serrano de Haro. *Who's that guy?* —preguntó con repugnancia, citando el nombre del autor.

Ramon había oído hablar de él. Un autor de *bestseller* de obligada difusión en las escuelas a principios de los cuarenta, cuando Franco todavía creía que Hitler podía ganar la guerra. Le parecía recordar el título: *Yo soy español*, o algo parecido, pero no dijo nada.

Mientras los tres adoptaban una actitud de recogimiento, el inspector acercó la linterna al cadáver. Su instinto le decía que aquel hombre no había muerto por causas naturales. Tenía el parietal derecho hundido, como si lo hubieran matado de un golpe con una piedra. Igual que a Serafí.

—Es probable que su abuelo muriera asesinado —dijo el inspector, señalando el agujero que tenía en el lado derecho del cráneo.

La nieta del brigadista no decía nada. No soportaba la idea de una muerte criminal de la que nunca sabrían quién había sido el culpable. Serafí ya no se lo podía revelar.

—Debió de llegar hasta aquí con la ayuda de Serafí —sugirió Ramon.

—¡Pero si tenía doce años! —objetó Barbara, que había hecho ese cálculo desde que había sabido la edad del muerto del molino.

—Con la guerra, algunos niños se hicieron hombres antes de tiempo —argumentó Mercè.

—¿Y por qué no bajaron hasta Ascó, si habían llegado a La Fatarella? —preguntó Barbara, con toda lógica.

—Tenía las piernas destrozadas —recordó García.

—Puede ser que la carretera de Ascó estuviera ocupada por los franquistas cuando llegaron al pueblo —añadió Mercè, que conocía detalles de la retirada por los relatos de algunas abuelas.

Tenían una hipótesis creíble sobre cómo Martin había llegado a La Fatarella. Sólo les faltaba comprender cómo había podido sobrevivir durante tanto tiempo.

—¿Desde cuándo vivía Serafí en Cal Sant? —preguntó el inspector a Mercè, insistiendo en el punto débil de todo el relato.

—Desde los años sesenta, cuando vendió la casa de sus padres.

—Pues antes sólo podía entrar por la trampilla que hemos visto encima de la artesa. Por la puerta, hubiera levantado sospechas —sentenció García, conocedor del encabalgamiento de muchas casas del barrio antiguo.

Creía haber resuelto la última de las incógnitas.

Barbara había abandonado el interés por las circunstancias de la muerte de su abuelo. Ahora la obsesionaba el modo en que había sobrevivido. No podía quitarse de la cabeza la imagen de un hombre emparedado en esa madriguera de piedra.

—Si ésa es la historia, quiere decir que se pudrió en este agujero hasta su muerte —comentó.

—*Wrong!* —dijo Ramon en inglés, para subrayar que se había dejado llevar por la hipótesis más pesimista—. Nada permite afirmar que vivió siempre en el sótano. Quizá tenía acceso al resto de la casa.

—No veo el ascensor para subir —replicó Barbara irónicamente.

—Yo tampoco —contestó Ramon sin perder la tranquilidad—, pero hay una razón para pensarlo.

—¿Cuál? —preguntó el inspector.

—Por los libros en los que hay anotaciones con su letra, sabemos que vivió aquí al menos tres o cuatro años. En este agujero es imposible.

—Como deducción lógica, lo podemos aceptar —concluyó García—. Pero faltan las pruebas.

Barbara no soportaba que quisieran relativizar la tragedia.

—O sea, que si se paseaba por la casa, ¡estaba como nosotros en Ca la Brisda! —estalló.

Aquel ataque de pesimismo provocó a Ramon.

—¡No seas tan negativa, Barbara! La supervivencia de Martin es más una victoria personal que un drama —afirmó, citando al abuelo por su nombre por

primera vez.

—Una victoria silenciosa, porque no podía abrir ninguna ventana, ni hablar en voz alta, ni siquiera estornudar —dijo Barbara.

—¡Qué horror! —murmuró Mercè.

—¡Sí y no, mujer! Sobrevivió, luchó, y tenía alguien que le apreciaba hasta el punto de jugarse la piel por él a diario. ¿Os parece poco? —replicó Ramon, con gestos de tribuno deformados por las sombras que las linternas proyectaban sobre las paredes, y acentuados por el espeso silencio del sótano.

—Es mejor verlo de ese modo —reconoció Mercè.

Ramon se había metido tanto en la piel del brigadista que no estaba dispuesto a dejarse impresionar por aquel esqueleto destartado.

Consideraba que, si los brigadistas habían perdido la guerra, Martin había ganado su batalla particular.

—¿Y el agujero en el cráneo? —preguntó Barbara, que todavía no estaba convencida del todo.

—Eso es otra historia —dijo Ramon.

—Efectivamente, es otra historia —corroboró el inspector, que seguía absorto en las causas del crimen.

García pidió a Mercè que lo ayudara con la linterna a echar un vistazo al sótano. En la pared situada enfrente de donde estaban, se adivinaba un arco del que sólo se veía el extremo de la curvatura, con una cruz encima. Era una cruz templaria, como la que habían visto en Sant Bartomeu.

Unos enseres colgaban del arco, cerca de la cruz templaria. Eran dos muletas que el hombre debía de utilizar para desplazarse por el sótano. También había una especie de arnés y un montón de cintas que podían avalar la tesis de Ramon sobre el acceso del abuelo al resto de la casa. Serafí debía de utilizarlas para subirlo por la escalera.

En la misma pared, el inspector había identificado una cartuchera con una pistola de tambor. La descolgó y le pasó el pañuelo, que quedó hecho un asco.

—No falta ninguna bala —sentenció, como si lo dictara para levantar acta.

Barbara, Ramon y Mercè se miraron; temían que trajera un equipo de criminalistas. Tenían que evitarlo a toda costa.

—García —dijo Ramon—, hemos cumplido con nuestra parte del pacto y lo hemos avisado antes de bajar al sótano. Ahora le toca a usted cumplir con la suya.

—Comprenderán que yo no pueda pactar por encima de la ley —advirtió.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Barbara.

—Pues que estamos ante pruebas evidentes de una muerte violenta.

—¿Acaso lo llaman cada vez que encuentran huesos en la sierra de Pàndols?

—Estamos en casa de Serafí, señorita —recordó García—, y estos huesos me conciernen si me ayudan a averiguar quién lo ha asesinado.

Para el inspector, todo era cuestión de tiempo. Si no encontraba al asesino del molino, dentro de un par de días bajaría al sótano con una orden de registro, aunque fuera seguido por las cámaras de TV3.

—¿Nos concede veinticuatro horas? —le propuso Ramon.

—Con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Barbara.

—Que yo me quedo con la llave.

Subieron al piso y volvieron a dejarlo todo como estaba, con la artesa encima de la placa de linóleo que recubría la trampilla. Antes de salir, García enfocó de nuevo la trampilla, que llevaba, según él, a la casa de los padres de Serafí. Barbara le dio la llave al inspector, resignada.

Ramon sonreía. Tenía la libreta del abuelo.

—Por cierto, ¿qué quiere decir *lush*? —preguntó, cuando el inspector ya se había marchado.

—Exuberante, florecido, en un sentido más figurativo.

—¿Exuberancia intelectual? No lo entiendo. En la nota que he leído, Martin hablaba de *political lush*.

—Durante la ley seca también quería decir borracho o borrachera. Es una palabra *slang* que ha caído en desuso. Debía de emplearlo en ese sentido, para hablar de los franquistas.

La victoria los había embriagado.

Quedaron para ir a cenar los tres a la fonda. Disponían de veinticuatro horas para evitar que García lo estropeará todo. Tenían que resolver el asesinato de Serafí para evitar que la policía profanara la tumba.

Estaba medio dormida cuando llamaron a la puerta. Era Ramon, que quería darle la libreta de su abuelo antes de bajar a cenar.

No la había abierto. Consideraba que los últimos recuerdos de Martin pertenecían a su nieta. Sin su determinación, los huesos de aquel brigadista hubieran acabado convertidos en polvo, como los de tantos otros muertos en la guerra, o triturados por una excavadora, cuando la inexorable

modernización de La Fatarella hubiera hecho de Cal Sant una segunda residencia con vistas a la ermita de la Virgen de la Misericordia.

—Pasa.

Estaba agotada después de un día como aquel, que había sido de una densidad pétrea. Tenían la solución del enigma al alcance de la mano.

—La cogí en el sótano. Debe de ser el diario de Martin —dijo Ramon, entregándole la Moleskine.

—*Oh my God!*

Como si temiera que pudiera hacerse añicos, Barbara la sostenía con las dos manos, con delicadeza, lentamente, como quien manipula un objeto tan valioso como frágil. La dejó encima de la mesita de noche, sin abrirla.

—Gracias, Ramon.

Lo abrazó; lloraba.

Sintiendo el latido de su corazón contra el pecho, Ramon se dio cuenta de que la intensidad de esa aventura lo había cegado. La sucesión de acontecimientos que se habían producido desde que habían llegado a La Fatarella lo había engullido literalmente. Había puesto todas sus energías físicas y mentales al servicio de un objetivo que había asumido con una ilusión propia de otros tiempos, cuando era joven, como si fuera la historia de su vida.

En la retina sólo albergaba imágenes de los porches, Sant Bartomeu, Cal Sant, Les Ocates, los escenarios de la guerra y Ca la Brisda, donde siempre volvían después de un día diferente de como lo habían imaginado. No recordaba ninguna alteración del espíritu que no fuera la provocada por la búsqueda de Martin Stein.

Ahora que tenía pegada a Barbara al cuerpo y percibía cómo sus pechos marcaban el lento regreso de la respiración a la normalidad, pensó que si no había enloquecido con esa chica no era por la edad, sino porque la historia de su abuelo le había enturbiado la vista, gobernado el instinto y acaparado los sentimientos.

Sintió cómo se le escurría entre los brazos, suavemente, para acercarse a la ventana en busca de una bocanada de aire fresco. Llevaba unas bragas oscuras y ceñidas, de cintura baja, que resaltaban la lisura de su piel y la suave y poderosa curva de su vientre. El arco de su barriga se adentraba bajo un top negro que delimitaba unas formas elásticas, luminosas, blancas como las piedras de la Terra Alta y manchadas por el rojo de su cabello.

—Vamos a cenar —dijo, enfundando con un gesto enérgico piernas, muslos y caderas en unos tejanos que había dejado al pie de la cama. Volvió a

coger la libreta.

—¿Miramos cómo acaba? —sugirió Ramon.

Se le acercó para compartir el instante.

La Moleskine había perdido la goma, pero se adivinaba la cinta que servía de marcador. Estaba al final, en la penúltima página. Al abrirla crujió, pero no se desarmó como temían. La letra era minúscula y las rayas estaban casi superpuestas, excepto la última línea, que quedaba separada del resto del texto, escrita con trazos precipitados.

Lo leyeron los dos al mismo tiempo, y ella lo repitió en voz baja, como si escuchara la voz de su abuelo.

«*Domingo's back. Must go down to my fucking hole. 7/18/42*».

—Sabemos que vivió, al menos, hasta el 18 de julio de 1942 —constató Ramon.

—¿Quién sería ese tal Domingo? —preguntó Barbara.

—Sé de alguien que me lo dirá —dijo Ramon, pensando en el amigo de Serafí que veía ponerse el sol todas las tardes, cerca de la fonda, sentado en un banco—. Baja a cenar, yo iré dentro de unos minutos.

—Buenas tardes.

—Parece que hoy hace más bochorno.

—Quizá tendremos lluvia —añadió el hombre, sin moverse del banco.

—Un chaparrón no nos iría nada mal, antes de marcharnos.

—¿Se marchan?

—Pasado mañana. Pronto hará una semana que llegamos —explicó Ramon, intentando dar sensación de normalidad.

—Quizá ya se habrá aclarado la muerte de Serafí para entonces —dijo el hombre del banco, con una frase que no quería decir nada, pero que podía insinuar cualquier cosa.

Se le veía atrincherado tras aquel hablar pillo y ambivalente tan característico de la gente de La Fatarella. Debía de haber visto a García entrando en Ca la Brisda. Ramon se lo jugó todo a una sola carta.

—¿Conocía a un tal Domingo, que estaba en La Fatarella después de la guerra?

—Después de la guerra, no; antes, sí, había un Domingo que se marchó cuando llegaron los de Líster y nunca más regresó. Íbamos juntos a la escuela con Serafí. Sus padres huyeron a Zaragoza, con los nacionales, y después, me parece que se fueron a vivir a Mora.

—¿No era un hombre?

—¡Qué dice! Tenía los mismos años que Serafí y uno más que yo.

—¿Y no regresó al pueblo?

—A vivir, no. Vino un par de veces, a los campamentos. Yo me apunté una vez, pero no lo pasé bien, no me gustaba el ambiente militar. ¡Ya habíamos tenido suficiente guerra!

—¿Recuerda cuándo fueron esos campamentos?

—¿Cómo quiere que lo recuerde?, era al poco de terminar la guerra. Siempre se organizaban en verano, de eso sí me acuerdo, porque desfilábamos el 18 de julio, el día del Alzamiento. ¡Madre mía, qué lejos queda todo eso!

—¿De qué casa era ese Domingo?

—De Cal Cisquet.

—Muchas gracias, buen hombre; siempre es un placer hablar con usted.

—¿Por qué quiere saber cosas de este Domingo, si murió hace tiempo?

—Por nada, no se preocupe. Adiós, y no se enfríe, que empieza a refrescar.

El hombre se volvió hacia poniente. No quería perderse los últimos instantes del sol; cada día eran diferentes.

Cuando Ramon entró en el comedor, Mercè ya había llegado. Estaba con Barbara y le pareció que reían por lo bajo. Tenían un vaso de vino tinto en la mano y habían perdido la tensión que se reflejaba en sus rostros los últimos días. Al verlas más relajadas, Dolors de Ca la Brisda pensó que la tortilla con salsa que había preparado se ajustaba a su estado de ánimo si la regaban con el vino de bota que les había puesto en la garrafa.

—¿Has averiguado quién era ese Domingo? —preguntó Barbara.

—Un hombre que vivió en La Fatarella hasta la guerra y murió en Mora hace unos años —puntualizó Ramon.

—¿De qué casa? —preguntó Mercè.

—De Cal Cisquet.

—¡El padre de Fernando! —exclamó Mercè.

—¿Los conoces? —preguntó Barbara.

—Mi abuelo se relacionaba con él. Era un franquista redomado.

Siempre se ha dicho que fue él quien denunció a dos campesinos de La Fatarella que fusilaron poco después de acabar la guerra porque habían militado en la CNT. No tenía ni quince años cuando los delató. También

decían que había sido muy activo en la persecución del maquis. Iba por los bares jurando que pillaría a La Pastora, pero nunca lo consiguió.

—¿Qué tal es el hijo? —preguntó Barbara.

—¡Fernando! Un tipo con futuro. Trabajó durante años para la central nuclear, organizando piquetes para sacudir a los que se manifestaban en contra. Menos mal que la empresa se lo impidió. Ahora es un especulador afamado. Si pone el ojo en una propiedad, siempre acaba siendo suya.

—¿Un especulador inmobiliario? —preguntaron al unísono Barbara y Ramon.

Fernando, hijo de Domingo, presunto asesino de su abuelo, se convertía en el principal sospechoso de la muerte de Serafí. Parecía imposible, pero las evidencias eran manifiestas. Quería comprar Cal Sant y Serafí no quería vender.

—Tenemos a un asesino, y pistas sobre quién puede ser el otro. ¿Será suficiente para el inspector? —preguntó Ramon.

—No lo creo —contestó Mercè, que lo conocía bien.

—Pues nos quedan pocas horas para acabar el trabajo —concluyó Barbara.

Capítulo 16

28 de octubre / 13 de noviembre de 1938

—*Ol' man river, Ol'an river!*

—¿Qué noticias traes hoy, Serafí? —preguntó el brigadista desde el interior de la cabaña al verle la cara por el agujero que quedaba entre el envigado y el montón de escombros.

Sabía que era él, por la canción que usaban como contraseña. Le hacía gracia cómo la cantaba, con las palabras arregladas a su manera, pero esforzándose por imitar la voz ronca de Robeson.

—Pues no muy buenas —anunció el chico, que había subido de Vilalba sin detenerse, y jadeaba.

—¡Tú sólo escuchas lo que dicen los fascistas! —le dijo el brigadista, riendo.

—Me lo ha dicho el alférez Recasens —precisó Serafí, consciente de que la mención del requeté suponía la garantía de cierta ecuanimidad, incluso para el brigadista—. Me ha comentado que hoy, en Barcelona, despiden a los brigadistas. Se ve que no quedará ni uno. Todos vuelven a sus países.

La lluvia, el viento y el frío se habían apoderado de los campos, las piedras y las trincheras.

Los soldados republicanos vendían a precio de regadío cada terraza de secano que cedían. Unos, por convicción; otros, los más jóvenes, porque habían hecho un cálculo sencillo: era menos arriesgado hacer frente a las oleadas de moros que atacaban la posición con granadas de mano que abandonarla y encontrarse de frente con la pistola de un comisario dispuesto a disparar contra los desertores. De nada servía la picaresca que había permitido a algunos ser evacuados hacia un hospital de la retaguardia. Los oficiales se habían vuelto expertos en descubrir el truco de la víbora excitada para que

mordiera con más rabia, del agua podrida con un trozo de resto humano que revolvía las tripas, o de los zapatos rellenos de tierra y meados para que las ampollas se convirtieran en focos de infección.

Martin Stein, el brigadista que un chico de La Fatarella había recogido en aquel condenado barranco, hecho un *ecce homo*, llevaba treinta y cinco días en aquella cabaña.

Pasaba los días y las noches tumbado en un catre montado sobre cajas de munición que Serafí había recogido por los alrededores. Debajo, para que no pasara la humedad, había extendido un par de impermeables que había encontrado enganchados en una alambrada de púas. Mantas no le faltaban, porque era fácil procurárselas dentro de las trincheras, donde los soldados las abandonaban al huir a toda velocidad. En las piernas no notaba el invierno que se acercaba, porque no las sentía; no le servían las polainas recogidas en aquel cementerio al aire libre en que se había convertido la sierra.

Durante el día, lucía una cazadora de aviador alemán, recuperada cerca de un avión estrellado. No había sido fácil localizarla porque era una prenda muy buscada.

Los momentos más dramáticos habían pasado, con la ayuda de las medicinas que Serafí había robado de la enfermería militar, siguiendo instrucciones precisas de Martin. Aprovechaba las visitas que hacía a los requetés, con quienes había prolongado la amistad más de la cuenta. De esa relación dependían su tía, para comer, y el amigo de Filadelfia, para sobrevivir.

Parecía un milagro, pero estaba vivo. No podía mover las piernas, pero el resto del cuerpo le funcionaba. Comía lo que le traía Serafí, y le sobraba, y dormía como hacía meses que no lo hacía.

De ser cierto lo que decía el alférez Recasens, Martin era el último brigadista que quedaba en la Terra Alta y quizá en todos los frentes. La República había cumplido al pie de la letra con sus compromisos internacionales.

Aquella maldita mina había estallado el día antes de dejar el frente. De haber pisado medio palmo más lejos, hoy, en lugar de estar confinado en una cabaña de piedra perdida en lo alto de un barranco, hubiera desfilado por Barcelona junto a sus compañeros. Y vete a saber si no hubiera tenido la fortuna de recoger al vuelo un ramo de flores tirado por una trabajadora

catalana joven y guapa, de las que llevaban horas en la acera de la Diagonal para despedir a la flor y nata del antifascismo.

No podían bajar a Vilalba ni subir a La Fatarella. Desde que Martin se encontraba mejor, él y Serafí habían estudiado varias maneras de huir, pero las habían descartado todas.

Entregarse en Vilalba era la alternativa más razonable, pero el norteamericano la descartaba para no poner en peligro al chico y a su tía. También habían estudiado la posibilidad de subir hasta La Fatarella, para que lo evacuaran hacia Barcelona y, desde allí, a Filadelfia, pero los dos kilómetros que había entre el barranco y el pueblo estaban infestados de franquistas.

Una noche, Serafí soñó que los legionarios los descubrían mientras lo intentaban, y arrastraban al brigadista por el barranco, atado a la cola de un caballo, con las piernas rebotando en el pedregal. No podían moverse de allí mientras los caminos que llevaban a La Fatarella estuvieran colmados de soldados. Lo imaginaba en una cama caliente de hospital, donde le curaban las piernas y volvía a andar. No pensaba en otra cosa que encontrar un camino seguro que les permitiera llegar a las líneas republicanas, pero intentarlo habría sido temerario.

Entretanto, su vida volvía a estar llena, como cuando compartía los días entre el dueño de Cal Sant y el señor Claret. Vivía días de angustia y momentos de intensa felicidad.

Pasaba horas con Martin Stein, escuchándolo hablar de Filadelfia y de su país, que debía de ser muy grande, pero donde también había muchas injusticias, casi tantas como en la Terra Alta, según lo que le contaba. Lo que más le gustaba era cuando lo hacía viajar hacia el Siglo de Oro español. Pedía que le contara, una y mil veces, la batalla con los molinos de viento de don Quijote, que le recordaba al señor Claret, y que volviera a recitarle aquella décima de Calderón que tanto le gustaba, porque hablaba de la vida, los sueños y las ilusiones.

Un día le preguntó por qué se había hecho comunista, y él le habló del peligro fascista y de las revoluciones proletarias que se divisaban en el mundo. Serafí lo escuchaba boquiabierto a pesar de que él, de las

revoluciones, no se fiaba. En otra ocasión, Martin aludió a su condición de judío.

—¿Y qué es ser judío?

—Pues los judíos son gente que creen en el mismo Dios que los cristianos, pero de manera distinta.

—A ti nunca te he visto rezar, como a mi madre.

—Porque provengo de una familia judía pero no soy creyente.

—¿No crees en Dios?

—No.

—Entonces no eres judío.

—Soy judío, pero no creyente. La mayoría de los judíos comunistas no somos creyentes.

—¿En Cataluña también hay judíos? —preguntó Serafí, para no seguir por el camino en el que se habían metido, y que lo agobiaba.

—Quedan pocos, pero antes había muchos en toda España. Tuvieron que huir porque querían quemarlos en la hoguera. —¿Como a los Hombres de la Cruz?

—No se me había ocurrido la comparación —reconoció Martin.

—O sea, que Franco tampoco quiere judíos.

—Franco no quiere ni comunistas, ni judíos.

—Pues sí que estamos buenos —dijo Serafí, que todavía veía más complicada cualquier operación de evacuación, después de esas confidencias.

Ese día, cuando volvió a Vilalba deis Ares, al atardecer, su tía escuchaba su programa de radio preferido. Un comentarista afamado hablaba precisamente de judíos y comunistas: «Que los judíos son rojos, lo sabe todo el mundo; que sean valientes, nadie se lo cree».

Le entraron ganas de ir a ver al alférez Recasens y explicarle que su amigo, a pesar de ser judío y comunista, era valiente. No lo hizo.

Cuando se le hacía tarde, escuchándolo, Serafí se quedaba a dormir en la cabaña para no levantar sospechas. Entonces, el brigadista, con un hilo de voz, le cantaba canciones republicanas y de su país. A Serafí le gustaban más las norteamericanas. Las otras las había oído demasiado.

Nunca le había contado la verdad sobre su padre. Siempre le decía que había muerto en la guerra, lejos de La Fatarella. No sabía cómo hacerlo. Le parecía que no lo entendería, y que quizá le haría daño saberlo. Ese día le dijo la verdad.

—Me habías dicho que había muerto en el frente.

—En lo alto del pueblo. Lo mataron quienes querían robarnos las tierras.

—¿Los anarquistas?

—Murieron más de treinta campesinos —dijo Serafí, sin responder del todo a la pregunta.

—Cuando llegamos a La Fatarella, después de cruzar el río, quedaban unas cuantas mujeres, todas de negro. El coronel Modesto quedó muy impresionado —explicó el brigadista.

—No te lo había dicho porque no sabía si te gustaría oírlo —añadió Serafí.

Callaron. De los hombres, Serafí podía hablar; de política, no entendía. Martín tampoco sabía qué decir. La historia del padre lo había conmovido, y la sinceridad del chico, todavía más. Se daba cuenta de que no era el momento de entrar en las diferencias entre anarquistas y comunistas. En la soledad de aquella cabaña, había tenido muchas horas para reflexionar sobre la guerra y la decisión de afiliarse a las brigadas. Algunas certezas se le habían agrietado.

Al explicar la muerte de su padre, Serafí se había quitado un peso de encima.

En Vilalba, Recasens estaba exultante. Los hombres del Tercio de Montserrat habían ocupado el Puig de L'Àliga que los republicanos dominaban desde hacía tres meses. Él no había participado en el ataque porque había quedado cojo, pero lo celebraba por la calle con otros requetés.

—*Xoc, xoc, xoc / Vi, vi, vi ¡Visca la mare que ens va pari!* —cantaban en catalán.

—¡Los hemos echado de la colina, Serafí! Pronto podrás volver a La Fatarella. ¡Entraremos juntos! ¡Viva España! —añadió.

La sierra de Pàndols cayó poco después. Al cabo de pocos días, el alférez todavía estaba más excitado. Sus hombres habían sido los primeros en poder remojar sus botas castigadas en el río, cerca de Miravet.

Era el 4 de noviembre. La batalla del Ebro tocaba a su fin.

Franco veía la victoria al alcance de la mano. En un diario que Serafí había traído de Vilalba, el Caudillo afirmaba disponer de una lista de dos

millones de personas culpables de crímenes. Martin se enfurismó; más que nada, porque el entrevistador era norteamericano, de la United Press.

—¿Por qué no publican las crónicas de Hemingway en vez de esta mierda?

—¿Quién es Hemingway?

—Un escritor de mi país. En Filadelfia, si saben dónde está la sierra de Pàndols y la Terra Alta es gracias a él. Cuando seas mayor, ya lo leerás.

Serafí pensaba que si Franco estaba dispuesto a castigar a tanta gente, Martin estaba sentenciado. Fuera como fuese, tenía que llegar a La Fatarella antes de que los republicanos volvieran a cruzar el río.

La noche del 13 de noviembre se había quedado a dormir en la cabaña. Cuando despertó, el silencio era más espeso que de costumbre. Estaba muerto de frío y la humedad le había calado los huesos. Sacó la cabeza por el agujero. No se veía a un palmo de la cara, la niebla chorreaba por el barranco. Era el momento de intentarlo.

Subir hasta lo alto de la cordillera resultó más fácil de lo que creían, porque los soldados franquistas ya no estaban. Con Martin abrazado al cuello de la mula y Serafí al lado, cogiéndolo como un saco para que no se cayera, en poco más de un par de horas ya veían la ermita de la Misericòrdia. Los nacionales subían por la carretera de Camposines, sin prisas. Querían asegurar cada paso que daban. El silencio hacía la niebla más espesa y revelaba que los republicanos se habían retirado.

Serafí dejó a Martin encima de la mula, detrás del muro de un tejat, mientras se acercaba al pueblo para comprobar si podían entrar. Lo hacía confundiéndose con los márgenes de piedra seca, saltando de terraza en terraza, como cuando jugaban a la guerra con los amigos de la escuela y él iba con el bando que siempre ganaba.

Desde la ermita no oía ninguna voz. Los pocos vecinos que se habían quedado en La Fatarella durante la batalla debían de haberse marchado a las masías, o intentaban cruzar el río. Quienes habían cogido la dirección contraria, hacia Zaragoza, como la familia de Domingo, todavía no habían vuelto. Todo eran aullidos de perros que se habían quedado sin dueño.

Le entraron ganas de llorar. Era demasiado tarde. Por la carretera de Camposines, oía el ruido sordo de un convoy militar que se acercaba. Volvió a buscar a Martin y entraron juntos en el pueblo, poco antes de que llegara la 4.^a División de Navarra. No podían hacer otra cosa.

Todo era desorden, suciedad y desolación. Peor que cuando habían llegado los moros y el señor Claret se había escabullido bajo el porche mientras le disparaban. Ciento quince días de guerra habían dejado su impronta en las calles y en las casas. En el interior de las que estaban abiertas no se veía vida; sólo muebles rotos, colchones destripados y enseres de soldados abandonados. El ayuntamiento estaba patas arriba. En el centro de la plaza todavía humeaba un fuego en el que probablemente debían de haber vuelto a quemar papeles, si es que aún quedaba alguno.

La puerta de la iglesia estaba arrancada, y en el campanario todavía se podían ver los destrozos de aquella noche en que él lo vislumbraba todo desde el cementerio, cerca de la ermita.

Las calles estaban desiertas. La mula se había clavado un clavo oxidado en la pezuña y caminaba coja. No podía seguir. Martin insistía en que lo dejara y huyera, carretera abajo, hacia Ascó. No le hizo caso. La única solución era quedarse en el pueblo, porque los franquistas ya debían de haber cortado la carretera de Ascó, lo que Serafí dedujo por los disparos que subían de aquel lado del pueblo.

Decidió esconderlo en Cal Sant, en el sótano; allí jamás lo encontrarían.

Lo dejó apoyado contra la puerta unos instantes. Tenía que entrar en casa de sus padres, por detrás, porque la puerta estaba cerrada. Había dejado la llave de Cal Sant escondida bajo una baldosa. No podía hacer bajar a Martin por la trampilla de su habitación. También quería dejar a resguardo la mula, para que no se la llevaran.

Cuando volvió, Martin estaba hablando con un soldado. Era republicano; ¡podía ayudarlos! Entre ambos conseguirían bajar al brigadista hasta Ascó. Era un chico joven y estaba muy asustado. Cuando Serafí se le acercaba para pedirle ayuda, se oyeron unos disparos, procedentes de la calle de Santa Ubaldesca, a dos pasos de allí. El soldado huyó, como loco, por debajo del porche de Ca la Nieves. Llevaba un papel en la mano. Un papel que le había dado Martin.

Capítulo 17

Noviembre de 1938 / 18 de julio de 1942

La Fatarella estaba exhausta.

En menos de dos años había padecido cuatro sacudidas. Con los Hechos del 37 había quedado herida, y las casas habían empezado a vaciarse. Con la primera llegada de los franquistas había vuelto gente, pero otros se habían marchado. Pocos meses después, los ciento quince días de choque entre el ejército del Ebro y el de Franco habían llevado la esperanza para unos y los horrores de la guerra para todos. Solamente habían quedado algunas mujeres y algunos viejos que no podían moverse.

Ahora, el regreso triunfante y definitivo del ejército alzado suponía el fin de todo. De la guerra, ciertamente, pero también de la libertad. Para los más significados, la huida a Barcelona, camino del exilio. Mientras unos cuantos lo celebraban, la mayoría se resignaba y volvía a empezar de cero. Los que no se habían marchado de la Terra Alta estaban hartos de vivir en masías y cabañas, como topos.

Para Serafí, la vida seguía escindida en dos mundos. Por un lado, su tía, la casa de sus padres, la escuela que había vuelto a abrir y los trabajos con la mula. Por otro, una vida soterrada y clandestina que no podía compartir con nadie. Su tía había asumido que su dormitorio era sagrado y que no se le podía estorbar cuando se encerraba en él. Lo atribuía a lo mucho que el chico había padecido y a que la guerra le había estropeado el carácter.

Se metía dentro del armario, abría la trampilla y se descolgaba hasta Cal Sant. Bajaba prácticamente a diario para llevarle comida y darle ánimos a su amigo brigadista. Agua no le hacía falta, porque la de la mina era excelente.

En la escuela, cuando pasaban lista, lo llamaban por el nombre de Serafín. Le chocaba, pero no le daba importancia. Le preocupaba más que hubieran vuelto a separar a los chicos de las chicas, como había pronosticado el señor Claret. Sobre todo porque le había tocado sentarse al lado de un muchacho que había vuelto de Zaragoza y con el que no se llevaba bien. Siempre se burlaba de cómo él hablaba castellano y de lo mal que cantaba el *Cara al sol* todas las mañanas.

Lo que más le dolía era no poder decir lo que pensaba cuando el maestro atribuía todos los males del mundo a comunistas, judíos y masones, por este orden. Menos mal que con los templarios nadie se metía, y que el padre de Domingo no había vuelto. Decían que había muerto en un accidente, bajando de Montserrat, donde había ido a consultar unos documentos sobre la Orden del Temple en la Terra Alta.

Poco a poco, Serafí volvía a rehacer su vida. Antes, si su tía le hubiera dicho que fuera a misa el domingo, la habría mandado a paseo. Ahora no podía, porque en la escuela iban todos, chicos y chicas, incluso a las primeras celebraciones que se habían hecho delante de la ermita, con un frío que pelaba, mientras arreglaban la iglesia que había quedado maltrecha. De todas formas, el cura le resultaba simpático; a diferencia del maestro, le hablaba en catalán.

No había libertad, pero nadie era tan libre como él.

Habían querido requisarle la mula, pero el animal se había negado a obedecer a alguien que no fuera él. Estuvieron a punto de matarla a bastonazos pero al final se la dejaron, con la condición de que tenía que estar pendiente por si lo necesitaban. Así es como volvió a hacer trabajos, llevando vituallas arriba y abajo, lo que había hecho siempre.

Prefería que le pagaran los encargos en especies, porque del dinero desconfiaba. Todavía tenía billetes de peseta firmados por el señor Claret, de cuando era secretario del ayuntamiento, que no habían querido cambiarle por rubias de Franco. Como en casa faltaba de todo y en Cal Sant todavía más, ya le iba bien así.

Lo más importante del trabajo con la mula era que le permitía no ahogarse en un pueblo que se le había quedado pequeño y tronado. Muy pronto empezó a trajar chatarra de la guerra, que era muy apreciada para reconstruir las

casas. Se hizo amigo de un guardia civil que miraba hacia otro lado cuando veía que la mula doblaba las patas bajo el peso del metal. A cambio, de vez en cuando tenía que darle una parte del botín para venderlo en el mercado negro.

Y así, viviendo del hierro, es como volvió a ser Serafí, por mucho que el maestro y su compañero de pupitre se empeñaran en llamarlo Serafín.

Era la primera Navidad después de la batalla, la guerra estaba a punto de acabar, y la gente había acudido a la primera misa del gallo que se celebraba en los últimos tres años. Al salir, nevaba y soplaba el viento, y en cinco minutos no quedó nadie en la calle.

Serafí no podía dormir. Recordaba el día en que habían llegado, y había arrastrado a Martín hasta el sótano, con las piernas golpeándole contra los escalones, como en el sueño de los legionarios. Había tenido que dejarlo solo, a oscuras, empapado de humedad, muerto de frío, con la cantimplora llena de agua de la mina, un pan enmohecido en el zurrón y nada más. La pistola, por si acaso.

Ese día, para cenar, su tía había hecho conejo con romesco y, como el animal era grande, había sobrado. Puso dos pedazos en un cazo, se metió dentro del armario y pasó a Cal Sant. La nevada y el viento amortiguaban los ruidos. Mientras levantaba la trampilla que había debajo de la artesa, musitó la contraseña. De debajo de la tierra le llegó *Ol' man river*, bajito pero inconfundible.

Hacía tanto frío que la salsa del guiso había cuajado. Aun así, le parecía que Martín sonreía por primera vez desde que lo había escondido en aquella madriguera, mientras rebañaba la cazuela con un mendrugo de pan. Le contó que había ido a misa y cómo estaban las calles del pueblo, todas blanqueadas.

—¡Ahora sí que no puedes huir: te encontrarían en seguida! —le dijo, provocando una risa contenida del brigadista.

Martín le habló de su país, del frío que allí hacía, y le enseñó un grafiti que había dibujado encima de una piedra con la tapa de una lata de sardinas. Era el ayuntamiento de Filadelfia, el edificio más alto de la ciudad, coronado por una estatua de William Penn. Había pensado que así el chico podría hacerse cargo de lo grande que era una ciudad donde vivía casi tanta gente como en Cataluña. De Penn ya le había hablado un día, en la cueva, para explicarle el origen de Pensilvania y la fundación de Estados Unidos.

—Defendió la libertad y la igualdad entre los hombres, hace más de doscientos años.

Eso fue lo que más le gustó. Mientras el brigadista le explicaba quiénes eran los cuáqueros norteamericanos, Serafí se tapó con una manta. La lámpara consumía el último culo de aceite, y los ojos se le cerraban. Se habría quedado a dormir en el sótano, junto a su amigo, como en la cabaña del barranco, pero Martin lo zarandeó suavemente. No podían arriesgarse a que su tía lo llamara, temprano por la mañana, para ir a la tahona y no estuviera en su habitación.

Fuera, la nieve cubría la Terra Alta hasta el borde del río.

El pueblo recuperaba lentamente su fisonomía y la gente se despabilaba como podía. Los hombres renegaban porque volvían con las manos vacías, esperando que pasara el invierno, y las mujeres hacían milagros con lo poco que entraba en casa. Por la avenida de la Misericordia seguían llegando de vez en cuando unos coches que a Serafí le recordaban los «coches de la muerte», y que traían jerarcas del nuevo régimen.

Con la primavera, la vida volvió a brotar en los campos y en las caras. Los niños corrían por las calles, y los árboles en flor anunciaban una buena cosecha de almendras y avellanas. Los campesinos habían vuelto a las masías, pero no para esconderse, sino para cultivar la tierra. Con cuidado, desde luego; ya habían muerto dos al estallarles un artefacto mientras labraban.

Pronto la tía de Serafí podría volver a cocinar legumbres, almortas, papillas y todas las comidas de secano. Mientras tanto, Serafí ponía trampas en lugares donde nadie se atrevía a ir, y practicaba las viejas artes de la caza en barraca, liga y red, cerca de las balsas, con tanta eficacia que, cuando volvía del campo, las vecinas lo esperaban cerca de casa para comprarle las aves que llevaba en el zurrón.

Había llegado el momento de salir de aquella madriguera e instalarse donde el dueño de Cal Sant había vivido. Con los correaes de unos soldados muertos en la batalla y las cintas de un paracaídas armaron un arnés para vencer la escalera de caracol. La subida fue infernal, pero el esfuerzo mereció la pena.

Arriba, la vida era gloria.

Por las mañanas entraba un rayo de luz que, a Martin, le sabía a amanecer, después de cuatro meses y medio de no ver más que la llama de la linterna. Le llegaban olores de la calle que no eran los de la guerra, o los de bajo tierra, y

oía voces que no eran de soldados. Podía compartir el gozo de las chicas por la llegada de la primavera.

—Pareces preocupado, Serafí.

—La guerra ha terminado.

—¡Todavía quieres más guerra! —ironizó Martin.

—La guerra no me gusta, ya lo sabes. Pero tampoco me gusta cómo ha quedado el pueblo. La gente no es como antes —argumentó Serafí—. Además, habiendo ganado los que han ganado, tendrás que quedarte aquí para siempre.

—No descarto huir, pero tenemos que encontrar el momento adecuado.

—El guardia civil dice que no se mueve ni una mosca en toda la comarca sin que ellos lo sepan.

—Me lo imagino, pero debemos esperar —dijo Martin, que había asumido las circunstancias derivadas de la victoria de Franco.

—¿Esperar qué?

—Que estalle la guerra en Europa. Si eso pasa, el fascismo quedará aplastado y saldremos de aquí cantando la *Internacional*.

A Serafí, le pareció una decidida muestra de optimismo primaveral que no compartía. Él veía cómo los que mandaban arrancaban cada día más adhesiones, complicidades y delaciones.

—¿Y cómo lo sabes, que habrá guerra en Europa? —preguntó el chico, que no entendía cómo su amigo podía adivinar esas cosas.

—Mira el diario que me trajiste ayer: Alemania, Italia, Japón y Franco han firmado un pacto contra el Komintern. ¡Esto no ha terminado!

Admiraba la capacidad de su amigo de olerse qué sucedería en Europa leyendo un número atrasado del *Diario Español* de Tarragona, robado del Casal. Lo cierto es que la hipótesis de una guerra europea lo mantenía vivo. Estaba convencido de que, si el fascismo era vencido, la dictadura se acabaría y él quedaría libre. Serafí no lo veía claro, pero no pensaba llevarle la contraria.

A los pocos meses, cuando el verano empezaba a retirarse, estalló la guerra en el continente. Todo parecía dar la razón a Martin. Era mejor esperar que soñar con planes de evasión.

Durante el primer año, parecía que las previsiones de Martin sobre la extensión del conflicto se cumplían con creces, pero el signo de la victoria no estaba claro. Hitler se paseaba por el arco de triunfo de París, Londres vivía bajo las bombas de la Luftwaffe, y media Europa había capitulado. Un día se estremeció al hojear la *Solidaridad Nacional*, que le había traído Serafí, y ver una enorme esvástica colgando de la Universidad de Barcelona.

La guerra no terminaba. Martin sobrevivió dos años más imponiéndose una disciplina férrea, física, mental e intelectual. Desarrolló una extraordinaria capacidad para imaginar lo que sucedía en la calle y en las casas de alrededor, por los olores y los ruidos que le llegaban y pautaban el paso del tiempo y que él recogía, meticulosamente, en una libreta que era como la caja fuerte de sus sentimientos. Era como un ciego, capaz de percibir aquello que los otros no veían. Fueron días y meses eternos, que pusieron a prueba su voluntad de supervivencia y la compañía de Serafí.

Hasta el verano del 42.

Los motivos para recuperar el optimismo se multiplicaban. A pesar de la información fragmentaria y sesgada de que disponía, el brigadista pudo saber que los alemanes habían sufrido las primeras derrotas en África, y que empezaban a caer más bombas en Hamburgo que en Londres.

—¡Tendremos que hacer una fiesta, Serafí! Muy pronto se cumplirán cinco años de mi llegada a la Terra Alta. Piensa un pretexto para que tu tía haga unos *panadons*^[4] de cabello de ángel.

A pesar del esfuerzo que hacía para parecer contento, tenía la mirada enturbiada y no tenía buena cara. Ahora más que nunca, pensaba que la evolución de la guerra le era favorable y que los aliados echarían a Franco al día siguiente de entrar en Berlín. Esta convicción era lo que le impedía enloquecer, pero se le veía menos feliz que cuando las perspectivas de una victoria aliada eran más negras. Había adelgazado mucho y Serafí se enfadaba porque no comía.

Había aprendido a moverse por la casa con una destreza cuasimodesca, en el silencio más absoluto.

Tenía localizadas diversas rendijas para ver salir el sol y otras para contemplar el atardecer, que nunca se perdía, sobre todo a finales del verano. Identificaba decenas de voces que subían de la calle de Sant Andreu y podía ponerles nombre y cara, por las descripciones que le había hecho Serafí. Cuando todavía estaba oscuro, seguía los pasos de los campesinos que

marchaban hacia los campos. A media tarde esperaba las carreras de los niños que volvían de la escuela, y sabía cómo se hacían y se deshacían las amistades. Al atardecer, cuando era verano y el calor amainaba, conseguía descifrar el cuchicheo de unas ancianas que tomaban el fresco bajo una portalada próxima, y luego le contaba los chismes a Serafí.

Era el 18 de julio de 1942. Para celebrarlo, el Frente de Juventudes de la provincia había organizado un campamento. Alguien había decidido que La Fatarella era un buen lugar para adoctrinar a los niños, quizá porque su paisaje árido y sin concesiones se correspondía con la doctrina que querían inculcarles.

Habían decidido formar a los niños del pueblo en la plaza, bajo unos retratos inmensos de Franco y José Antonio que colgaban del balcón del ayuntamiento. Serafí también estaba presente; vestido con pantalón corto y camisa blanca, con un banderín en la mano y los gritos de rigor bien ensayados.

—Serafín, di: «¡Viva España!» —le había mandado el maestro, el día anterior, mientras ensayaban la recepción.

Había tenido que gritarlo bien fuerte, tres o cuatro veces, mientras el chico de Zaragoza se burlaba y los otros reían.

—¡Viva España! —gritaron todos con una sola voz, cuando quienes llegaban de Tarragona bajaron del coche de línea.

—¡Serafín!

Uno de ellos lo había reconocido. Era el amigo que no había visto desde la noche de los Hechos.

—¡Domingo!

Lo saludó con la mano, sin abandonar la formación, mientras los chicos atravesaban la plaza con paso castrense.

—Te veré mañana, Serafín —le dijo su amigo cuando pasó por delante de él.

Le había hablado en castellano. Lo atribuyó al cariz del desfile. Era como el de los requetés cuando tronaban por las calles de Vilalba, pero de mentirijillas, y sin la boina.

Al día siguiente, mientras comía, alguien le gritó desde la calle.

Era Domingo, acompañado de dos chicos que no conocía; de Mora d'Ebre, según le dijo su amigo.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Tengo que ir a coger higos —contestó, con un argumento que, a pesar de ser cierto, sonaba a pretexto.

—¡Que vayan las mujeres a coger higos! —le espetó Domingo—. ¡Tú ven al campamento con nosotros, como un hombre! —insistió.

Serafí recordó la noche de los Hechos, cuando Domingo lloriqueaba y huyó con el rabo entre las piernas. La voz le había cambiado. Ahora parecía la de su padre, aquel día que lo había interrogado sobre el dueño de Cal Sant.

—De verdad que no puedo —insistió Serafí, excusándose una vez más con el encargo de los higos.

—Eres un cagado —le echó en cara Domingo.

Él lo miró con un gesto de resignación, sin replicar, pero aquellos tipos tenían ganas de bronca.

—Me importa un carajo si no vienes —insistió Domingo—, pero les he hablado del pueblo, y de cuando nos escondíamos en las casas. Quiero enseñarles Cal Sant. ¿Te acuerdas de que nos daba miedo aquel hombre?

Se quedó helado. No podía ser casualidad. Debía de saber algo.

—Cal Sant está cerrado desde hace años —respondió.

—Cuando estábamos en Zaragoza, mi padre me contó que te habías hecho amigo de aquel hombre. ¿Es verdad?

—Éramos vecinos.

—Me dijo que entrabas en su casa. ¿No te daba miedo? Si no hay nadie, ¿porque no entramos?

—Mañana iré con vosotros y podemos probarlo, si quieres. Ahora tengo que ir a por higos —dijo Serafí, con la intención de quitárselos de encima.

—¡Pues mañana volveremos! —advirtió Domingo, mientras los otros dos lo miraban con una sonrisa desafiante.

Tenía poco tiempo para actuar. Hizo ver que salía con la mula, pero cuando estaba encima del primer margen, la soltó y regresó a casa. Bajó a Cal Sant más de prisa que nunca, por la trampilla.

—¡Has bajado sin usar la contraseña! —le recriminó Martín.

—Lo siento. Tienes que volver al sótano.

Nunca lo había visto así de alterado.

—¿Qué pasa?

—Ha llegado Domingo, aquel amigo mío del que te he hablado alguna vez, y quiere venir a Cal Sant.

—¿Sabe que tienes acceso desde tu casa?

—No, pero da igual. Entrarán como sea, estoy seguro.

—Es el hijo de aquel falangista que quería saber cosas sobre el dueño de Cal Sant, ¿verdad?

—Sí.

—Mal asunto, entonces —sentenció Martin—. ¿Tienes la libreta? —añadió.

Serafí le dio una libreta que siempre cogía de su habitación antes de bajar. A pesar de las prisas, no la había olvidado. Martin la abrió y escribió: «*Domingo's back. Must go down to my fucking hole. 7/18/42*».

No había más remedio que volver al maldito agujero.

Ayudó a Serafí a ponerlo todo en su sitio. Entre los dos retiraron la artesa, abrieron la trampilla y Martin empezó a bajar los peldaños. Sólo llevaba una lámpara, la libreta y la pistola en la cartuchera.

—¡Serafí!

Era Domingo. La voz provenía de arriba, de Cal Serafí. Vieron que bajaba un rayo de luz. Alguien había abierto la trampilla. Lo habían seguido y habían entrado en su casa aprovechando que su tía no estaba y que nunca cerraba la puerta. No hacía falta, porque con la dictadura habían huido los saqueadores.

Serafí soltó el arnés, cerró la trampilla de golpe y empujó la artesa.

Tenía enfrente a Domingo, con sus dos acólitos.

—¿Con quién hablabas, Serafí?

—¿Con quién quieres que hable? Estaba arreglando esto para mañana, y quizá decía algo para mí.

Tenía la escoba bien cogida por el mango, por si acaso, y los pies clavados en el suelo, como cuando el padre de su amigo lo había interrogado en el Casal.

—O sea que no se puede entrar en Cal Sant, ¿verdad?

—No podía decírtelo porque mi tía no lo sabe.

Domingo señaló la tierra que había quedado agolpada cerca de la artesa.

—¡Chicos, mirad qué hay ahí debajo! —ordenó a sus secuaces.

Mientras empujaban el mueble, Domingo sacó un puñal de la funda. Era como un cuchillo para matar cerdos, largo y dentado.

—No hagas tonterías. ¡Deja la escoba en el suelo!

—Abajo hay un hombre herido que se quedó ahí al final de la guerra. De vez en cuando, le llevo bebida y comida —reconoció Serafí, en un último intento de evitar lo peor.

—¿Un rojo escondido aquí, desde hace cuatro años?

—Es americano.

—O sea, comunista —puntualizó uno de los que acompañaban a su amigo mientras descubría la tapa.

—¿Está armado, ese tío? —preguntó el otro chico.

—No —dijo Serafí.

—¡Por si acaso, vayamos con cuidado! —advirtió Domingo mientras cogía la escoba con el mango por delante.

Martin se había quedado arriba de la escalera. Sabía que, si encontraban la trampa, le resultaría imposible esconderse. Encañonaba hacia la tapa, pero al ver las caras de los adolescentes no disparó. Aprovechando su desconcierto, Domingo lo empujó con la escoba escaleras abajo, como si quisiera ahuyentar a todos los demonios de los que le hablaban en el campamento. Era un extranjero. Un rojo. ¡Emparedado, pero vivo! ¡Libre!

Desde donde estaban no podían ver cómo había quedado. Serafí quería bajar, pero se lo impidieron.

—Coge una linterna y mira a ver qué ha pasado —ordenó Domingo al más joven de sus dos amigos.

Bajó, muerto de miedo. El brigadista había caído de lado, con las piernas descoyuntadas. Movi6 un brazo, como si quisiera volver a empuñar el arma. El chico se asustó, cogió una piedra grande, suelta, de las que había cerca de la escalera, y se la estrelló en la cabeza. Subió la escalera corriendo.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! —exclamó.

—¡Lo has matado, Domingo! —dijo Serafí con una voz imperceptible pero que llenó Cal Sant.

Capítulo 18

Sábado, 12 de julio de 2008

Mercè había llamado a sus amigos de Mora. Ramon se había tomado cuatro cafés, tantos como bares había en La Fatarella, pero había vuelto a la fonda con el salobre vacío. Lo habían intentado todo, y no habían encontrado ninguna pista que permitiera llamar a García y cerrar un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Mientras tanto, Barbara había hojeado las últimas páginas del diario del abuelo, por si encontraba alguna información de interés para el inspector. Se dio cuenta en seguida de que la libreta pedía una lectura pausada, íntima; la reservó para el vuelo de regreso, previsto para el día siguiente.

En el pueblo, todo eran miradas de desconfianza. Si no encontraban pronto al asesino de Serafí, ellos se convertirían en sospechosos y todo se iría al traste. Si la policía acababa entrando, Cal Sant se volvería una casa maldita. Una tumba en medio del barrio antiguo. Un foco de codicia, escenario de un crimen que desataría un regreso al pasado traumático. Para un pueblo que había sufrido tanto, Cal Sant encarnaría todos los males, y la gente pediría su derribo. Barbara imaginaba la escena: un exorcismo colectivo, un aquelarre liberador.

García los había citado en el ayuntamiento para demostrar que no estaba dispuesto a comulgar con ruedas de molino.

—Mi abuelo fue asesinado por un tal Domingo de Cal Cisquet, vecino de La Fatarella y compañero de escuela de Serafí. Después de la guerra, vivió en Mora, donde murió hace algunos años —declaró Barbara, de manera lacónica.

—¿Tienen pruebas? —preguntó el inspector.

—Evidencias fundamentadas —matizó Ramon, con un anglicismo menos comprometedor.

—Supongamos que fue él —les concedió García.

Mercè se sintió aliviada y quiso remachar el clavo. Administrar los silencios no era su fuerte.

—Y a Serafí lo mató Fernando, hijo de Domingo.

Su afirmación era excesiva. No había matizado, ni utilizado ninguna fórmula condicional. Ramon y Barbara pensaron que todo estaba perdido. Más de lo que creían.

—Por lo que veo, imagináis que la policía se toca las narices —explotó García, harto de tanta petulancia—. Pues no. Hace tres días que no paramos. ¡Sabemos quién es ese Fernando y cómo las gasta!

Les explicó que el tal Fernando fue de los primeros sospechosos, desde que supieron que se había entrevistado cuatro veces con Serafí para comprarle Cal Sant. Lo interrogaron, discretamente porque era persona conocida, y le controlaron el teléfono y el correo electrónico.

—Como dice mi hijo: *nasti de plasti*. Tiene una coartada irrefutable —puntualizó el inspector.

De las nueve y media hasta las doce del lunes, el sospechoso había estado reunido con tres directivos de la central nuclear. El reloj de Serafí había quedado hecho trizas a las diez y veintidós minutos. O sea, que cuando murió, Fernando no podía estar allí.

—Podía haber manipulado el reloj —murmuró Mercè.

—Pero ¿qué dices? ¿Acaso crees que no lo hemos pensado? —replicó García gritando—. Dos personas vieron a Serafí cuando iba hacia el molino pasadas las diez y lo encontraron muerto a las doce menos cuarto. O sea, que lo asesinaron mientras Fernando estaba en la central.

Les reconoció que se trataba de un especulador y un mal bicho, pero no era el asesino. Nadie le replicó.

—Habéis visto demasiadas películas americanas —dijo García, radiante—. Queríais hacerme creer que el hijo del que mató al brigadista escondido en Cal Sant es el asesino del que heredó la casa, setenta años después. Y sin pruebas. ¡Hasta ahí podíamos llegar, hombre! —añadió.

—¿Supongo que pedirá una orden judicial para impedir el acceso a Cal Sant mientras no se averigüe lo que ha pasado? —dijo Ramon.

—Es lo que procede. Me juego el prestigio de un cuerpo de policía que hace poco que se ha desplegado por estas tierras y que tiene que ganarse a pulso su credibilidad.

—El prestigio del cuerpo y el suyo propio —añadió Barbara, que no temía el enfrentamiento al verlo todo perdido.

García tardó unos segundos en contestarle. Dudaba entre hacerla esposar por los mozos que tenía en la plaza, o mandarla a paseo. Lo llamaron al móvil.

—¿Cuándo lo han encontrado?... ¿Habéis comprobado que sea su letra?

—...

—Llegaré dentro de media hora.

La conversación había sido tan enigmática como la sonrisa que el inspector exhibía al colgar el móvil.

—¡Sois gente con suerte!

—Diga, diga, inspector —imploró Mercè.

—Han encontrado a un hombre que se ha suicidado, en Mora. Parece que ha dejado una nota, explicando que fue él quien mató a Serafí en el molino de Cal Llop.

—¡Rediós! —soltó Mercè.

—¿Se saben los motivos? —preguntó Ramon.

—Por lo que dicen, el asesinato puede ser fruto de viejas historias mal digeridas. Cosas de la guerra, de la Terra Alta. Era un hombre mayor y conocía a Serafí desde hacía muchos años. Se ve que discutieron, lo empujó y se golpeó con la cabeza contra una piedra. Dice que el pasado lo atormentaba y que se agobió.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Mercè.

—Vete tú a saber —contestó, lacónico, el inspector.

Les estaba diciendo que consideraba el asunto resuelto. Con aquella confesión ya tenía bastante. Podía compartir con ellos el secreto de Cal Sant sin poner en peligro su prestigio. Al fin y al cabo, en la escuela de los mozos le habían enseñado a actuar con diligencia y discreción. Siempre le decían: «Lo que cuenta, García, son los resultados. ¡Los resultados y la ley!». Tenía al autor del crimen y un motivo banal, que todo el mundo aceptaría, aunque no fuera nada preciso. Y no había sobrepasado la ley. Se despidió y le deseó suerte a Barbara, recomendándole que dejara pasar un tiempo antes de ocupar formalmente la casa.

Acordaron que no sería antes de un año. Por ahora, no dirían nada. Tenían que respetar la muerte de Serafí y el impacto que había causado. La nieta del brigadista volvería a Boston, y el periodista, al barrio de la Ribera. Mercè,

mientras tanto, prepararía un proyecto museográfico sobre los templarios de la Terra Alta, pero sin decir que era para Cal Sant. Después de setenta años, un año no era nada. Un luto.

Los tres quedaron para cenar. Una cena de despedida, distendida, sin misterios ni tribulaciones.

Más que satisfecha por el desarrollo de los acontecimientos, Barbara empezaba a hacer suya la idea de una victoria póstuma de Martin. Imaginaba la inauguración del museo, dentro de un par o tres de años, como un homenaje del pueblo a Serafí y al dueño de Cal Sant, y como un tributo íntimo al coraje de su abuelo, que sólo podría compartir con Ramon, Mercè, y el notario de Ascó. Y quizá con el inspector.

A Bob le diría que Martin había muerto como él siempre había pensado, en aquel condenado barranco. Le mostraría una de las primeras hojas de la libreta, comprada, diría, a un traficante de *souvenirs* de la batalla, que la había encontrado cerca de unos huesos mal enterrados. Valdría la misma explicación, sin tantos detalles, para su madre, que estaba delicada de salud. Sentía pena por no haber podido contárselo a su padre, que había hecho aquel viaje frustrante y humillante a principios de los años sesenta; murió cuando ella empezaba a preparar la aventura que ahora tocaba a su fin.

Ramon también se sentía recompensado, pero no era totalmente feliz. Le preocupaba que no hubiera un porqué más claro en el asesinato de Serafí. El peor de los rompecabezas, pensó, es cuando sólo falta encajar una pieza y surge la tentación de deshacerlo para empezar de nuevo. En cualquier caso, no era el momento de ponerse en el papel de periodista.

Para Mercè, el viaje hacia el pasado había sido especialmente afligidor: había descubierto la verdadera personalidad de su abuelo. Ahora sabía que aquellas insinuaciones, que había considerado maledicencias cuando las había oído en el patio de la escuela, eran ciertas. Lo había asumido y le estaría agradecida a Serafí por siempre más.

Tenía la fortuna de poder mirar hacia atrás sin esconder la verdad, como hacía tanta gente de la Terra Alta.

Le estaba infinitamente agradecida a Barbara porque le había abierto las puertas del pasado y, si todo iba bien, las de un futuro fascinante; trabajar por la identidad de su tierra, sin otro límite que el rigor en el trabajo y el secreto sobre Martin Stein y Cal Sant. No olvidaría, evidentemente, la huella musulmana. Al fin y al cabo, tanto los árabes como los templarios habían

llegado de Oriente, aunque hubiera sido por caminos diferentes. Habían quedado para pasar la Navidad las dos juntas, en Nueva York.

Sentados en el comedor de la fonda, Barbara y Ramon intuyeron pronto que todavía no era la hora del *happy ending*. Mercè tardaba más de la cuenta en llegar. Cuando entró, reflejaba un nuevo susto en la cara.

—Una nota de Serafí —les dijo, enarbolando un sobre abierto.

—¿De Serafí?

—Sí. Antes de venir he pasado por el instituto, para leer los *e-mails*, y me he encontrado esta carta en el buzón, que no había vaciado desde el domingo. Serafí debió de dejarla el martes a primera hora, temiendo que quizá no nos veríamos. El mismo día en que Ramon encontró la nota en el parabrisas, dándonos la pista de Les Ocates.

—¿Y qué? —preguntó Barbara, que temía que se pusiera en cuestión toda la historia.

—Tranquilos. No dice nada que nos obligue a cambiar los tratos con García. Explica las circunstancias de la muerte de tu abuelo.

—¿Cómo fue? —preguntó Ramon, que veía la oportunidad de resolver el rompecabezas.

—Os lo leo.

Querida Mercè,

Quizá no nos podamos ver. Si seguís las instrucciones que dejaré en el coche, todo irá bien: salvaremos Cal Sant y tu amiga encontrará a su abuelo, que está enterrado allí.

Martin Stein murió el 18 de julio de 1942. Un chico de La Fatarella, que vivía en Mora, Domingo de Cal Cisquet, y dos amigos suyos descubrieron el escondite y lo mataron. Durante años creí que lo había matado Domingo, al empujarlo escaleras abajo, pero ya no estoy seguro de ello. De hecho, el último que lo vio fue otro que bajó al sótano para comprobar cómo había quedado al rodar por las escaleras. Se llama Robert y todavía vive, pero nunca se ha recuperado. Lleva la culpa en la mirada.

Di a tu amiga que su abuelo fue feliz mientras vivió en Cal Sant y que estaría orgulloso de saber que ha venido a La Fatarella para descubrir la verdad.

Perdóname por el daño que te haya podido causar.

Sin decirles nada, Ramon marcó un número de móvil.

—¿A quién llamas? —preguntó Barbara.

—A García.

Barbara no tuvo tiempo de preguntarle si se había sorbido el seso.

—¿Cómo se llamaba el hombre que se ha suicidado, García?

—...

—Por nada, cosa de compartir la información. Así habíamos quedado, ¿verdad?

—...

—Caso resuelto —exclamó Ramon, radiante—. Sólo hay un criminal y es la misma persona: se llama Robert Anafre y acaba de suicidarse. Un pobre hombre.

Capítulo 19

Domingo, 13 de julio de 2008

Barbara pidió un *gin-tonic*. Ramon le había conseguido un *upgrade* que se agradecía, porque el viaje hasta Boston era largo y el avión iba lleno. Además, la comodidad de la clase *business* era perfecta para el único propósito del viaje: leer la libreta de su abuelo. Su diario.

Faltaba la portadilla, aquella que identifica al propietario de una Moleskine. Era la que habían recibido en Filadelfia en el año 1946, dentro de un enigmático sobre anónimo enviado desde Valencia.

A pesar de que las hojas estaban en un estado de conservación sorprendente, teniendo en cuenta que había acompañado al abuelo desde la cabaña hasta Cal Sant, la lectura requería dotes de paleógrafa. A primera vista parecía uno de aquellos cuadros del Renacimiento donde el pintor, para ahorrar tela, trabajaba encima del primer original. Eso sólo a primera vista.

Antes de empezar a leer, bebió un trago largo. Lo necesitaba.

Lo primero que descubrió es que había dos textos casi superpuestos, separados por apenas un milímetro. Era cuestión de acostumbrar la vista, enfocando los dos renglones alternativos y prescindiendo de los demás. Empezó por el que era más compacto, y que parecía escrito de una tacada. Le llamó la atención ver el nombre de su padre, David Stein.

Parecía una carta del abuelo a su hijo, aquel que no había visto nacer.

Querido David:

Hoy cumpla treinta años. Hasta ahora, la ilusión de volver a veros, un día, a tu madre y a ti, me había permitido superar los momentos difíciles. Ahora, todo se acaba, por lo que he querido dejarte esta carta. Tú no lo sabes, hijo, pero me has hecho mucha compañía. Durante los meses que pasé en el sótano tenía una lámpara que sólo podía encender unos minutos al día, porque debía ahorrar el

aceite que me traía un chico como tú, que se llama Serafí. Antes de apagarla, siempre acercaba una fotografía tuya que me envió tu madre, y la miraba intensamente durante un buen rato, de manera que, cuando oscurecía, tu cara quedaba proyectada en la pared de piedra, delante de mí, durante unos segundos, y yo no me movía, ni parpadeaba, hasta que aquella imagen se desvanecía poco a poco y volvía a quedarme solo. Para retrasar el regreso a las tinieblas, cerraba los ojos, bien fuerte, y tu cara se iluminaba de nuevo, unos instantes, como si se volviera a encender la llama. O sea, que siempre podrás decir que, de pequeño, hacías de lamparero de Cal Sant y de las casas viejas de la Fatorella.

Al parecer, Martin había decidido complementar el diario, que había iniciado poco antes del incidente del barranco y que se acababa, bruscamente, con aquella fatídica anotación fechada el 18 de julio de 1942, con una recapitulación sobre los últimos cinco años de su vida. Ése parecía ser el sentido de esta carta destinada a su hijo y fechada el día de su trigésimo aniversario, poco antes de morir asesinado.

La había recosido en los intersticios del diario, aprovechando el acoplamiento de las letras de palo de un renglón con el de abajo o el de arriba, hasta llegar, otra vez, al final de la libreta.

Quedaban incógnitas. Barbara no entendía por qué su abuelo había agotado la Moleskine, si Serafí podía proporcionarle papel, por mucho que fuera escaso en los primeros años del nuevo régimen. Tampoco se entendía por qué había iniciado la recapitulación en aquella fecha. ¿Sabía que le quedaban pocos días de vida? ¿Era porque cumplía treinta años? Le parecía una explicación poco convincente. ¿Conocía las intenciones malévolas de Domingo y sus amigos? De ser así, habría dejado constancia de ello en el diario, antes de aquel *Domingo's back* de la última línea, y no decía nada. Lo comprobó.

La referencia a la Fatorella era lo que más la desconcertaba. No imaginaba a su abuelo tan identificado con la época templaria como para asumir la toponimia. Estaba segura de que lo entendería más adelante. Intuía que, cuando lo descubriera, podría empezar a atar cabos.

El ruido de las turbinas indicaba que habían alcanzado la altura de crucero. Estaba rodeada de ejecutivos. Su vecino, un hombre de negocios

japonés, se había dormido antes de que hubieran desenganchado el *finger*. Pidió dos bolsitas de almendras saladas, anunció a la azafata que no pensaba leer ningún diario, ni revista, ni comer, ni comprar nada, y siguió con el *gin-tonic*. A pesar del ansia por devorar la Moleskine, le costaba concentrarse en la lectura, desde el principio.

Con una ojeada a la última página del diario, encontró respuesta al porqué de la prisa de Martin por recapitular. Su salud había empeorado y sabía que le quedaban pocas semanas de vida. No eran las piernas; era todo el cuerpo. En el frente había aprendido a diagnosticar los males que no tienen cura. No quería decírselo a Serafí y, por lo visto, pensaba en la manera de precipitar su muerte para evitarle problemas.

Al descubrir que su abuelo se sabía moribundo, Barbara sonrió. Matándolo, Domingo y sus acólitos le habían hecho un favor. Le supo mal que Ramon no estuviera allí para compartir esa idea. Animada por el descubrimiento de esa victoria póstuma, ya podía meterse de lleno en la carta, con el objetivo de reconstruir una historia de la que sólo conocía los dos momentos más dramáticos: el inicio y el final.

Aparentemente, Serafí era el gran protagonista. Como si Martin hubiera querido contribuir a la educación de su hijo con el ejemplo de un chico que había sido su única ventana al mundo exterior a lo largo de casi cuatro años.

Te costará entenderlo, David, pero durante todo este tiempo, he vivido momentos de una felicidad intensa. Serafí, que ahora tiene doce años, me los ha procurado con su alegría y su bondad. Cuando todavía estaba en la cabaña, lo oía resoplar mientras subía por el barranco, tirando de la mula, y se me alegraba el corazón antes de verlo. Fueron días terribles, de un dolor atroz, vividos en medio de los cañonazos y los estragos de las bombas que caían por los alrededores. De noche, la niebla se filtraba entre las piedras y me dejaba empapado y encogido, con un frío que no se quitaba con nada. Los días que se quedaba en la cabaña, de noche, yo siempre me dormía antes, y cuando me despertaba de repente, soñando que entraba un legionario, lo veía abrazado a mis piernas. Temía que se me congelaran. Él lo era todo. Era la luz y la palabra en un mundo de silencio y de oscuridad. Muy pronto se convirtió en un amigo, un hombre. Yo le hablaba de ti, de tu madre y de Filadelfia, y de los libros que había leído. Él me llevaba por las calles de La Fatarella, por los campos y los pueblos de la Terra Alta. Era mi lazarillo.

A lo largo de una decena de páginas, Martin explicaba a su hijo cómo era la vida en Cal Sant, cuando vagaba por la casa, a la espera de oír el *Ol' man river*. Endulzaba las circunstancias y obviaba los momentos de desánimo que, a buen seguro, había padecido. Le contaba cómo Serafí había ido haciéndose mayor, año tras año, moviéndose con destreza por las grietas de aquel régimen de miedos y privaciones, espabilado como una centella, con la mula siempre arriba y abajo, capaz de adaptarse a las circunstancias y aprovechar las oportunidades.

La guerra y las dificultades lo convirtieron pronto en un gran conocedor de los hombres, y nunca se equivocó a la hora de distinguir a los buenos de los malvados. Esto es muestra de una sabiduría que pocas personas pueden lograr. Me gustaría que de mayor fueras cómo él, David.

Tu padre que te quiere

No había una única carta. La siguiente, que empezaba en la misma línea, para aprovechar el papel, estaba dirigida a su mujer, a la abuela Margaret.

Llena de curiosidad por el propósito del abuelo, Barbara ojeó unas cuantas páginas, en diagonal, antes de continuar la lectura, aprovechando que se había acostumbrado a leer renglones alternos. Había dos cartas en inglés, dirigidas a su hijo y a su mujer, y una tercera en castellano, destinada a Serafí. No pudo resistir echarle un vistazo antes de continuar con la de Margaret.

Con las primeras líneas, resolvió otra incógnita.

Querido Serafí:

Tú has sido el custodio eficaz y discreto de esta libreta durante estos cuatro años, para evitar que la encontraran si me descubrían. Sé que nunca la has abierto. Ahora es tuya. Ya puedes leerla. Encontrarás un diario, cartas a mi familia, y una en español, para ti. Para leer el resto, tendrás que aprender inglés. ¡Me lo has prometido!

Ahora entendía el porqué de aquel uso y abuso obsesivo del espacio. Era el precio de las medidas de seguridad que se había impuesto. Durante todo el

tiempo que vivió en Cal Sant, después de hacer alguna anotación, la devolvía a Serafí para que no se quedara en el sótano. De esta manera, intentaba que su historia le sobreviviera en caso de que lo descubrieran. Barbara recordó que Ramon lo había intuido. Por eso lo escribía todo en una única libreta, fácil de llevar y de esconder.

Así era como la Moleskine se había conservado tan bien. Parecía una de Picasso, de la misma época, que había visto en el Museo de París, o las de Hemingway que se exhiben en la página web de promoción de la casa que las edita. No había estado siempre en aquella madriguera llena de telarañas, y la había dejado en el sótano poco antes de ser asesinado.

La carta a Serafí continuaba, enigmática, con un párrafo que Barbara no pudo dejar de leer.

Ha llegado la hora de contarte cosas que nunca antes te he dicho, para no añadir más preocupaciones a las que ya teníamos. Es la historia de Cal Sant, que encontré en un libro viejo y en algunos de los documentos que había en el sótano. Así sabrás la trascendencia de tu misión.

¿De qué misión se trataba? El corazón le latía como cuando habían bajado al sótano o cuando subía la escalera de la notaría de Ascó. Levantó la vista un instante, para recuperar la respiración. Todo eran hombres encorbatados que tragaban bandejas de salmón y probaban cavas del Penedés. El japonés se había despertado y había enloquecido con la consola.

Pidió otro *gin-tonic* y retomó la carta destinada a su abuela. Para seguir leyendo la que estaba destinada a Serafí, necesitaba más intimidad.

Querida Margaret:

He reflexionado mucho sobre la decisión de viajar a España cuando David aún no había nacido. Sabes que me alisté en las brigadas por los mismos ideales que me llevaron a hacerme comunista. Volvería a hacerlo, pero ahora añadiría mi condición de judío. No es que haya dejado de creer en las ideas que me llevaron a enrolarme, pero la guerra me ha hecho meditar. La mayoría de los brigadistas han venido a España para defender unas convicciones y

una clase. Los judíos también defendemos el derecho a existir. Hemos venido a luchar contra Franco y contra la Inquisición. Muchos han muerto para evitar que la persecución volviera a abatirse sobre nosotros. Ahora, por lo que sé de la guerra europea, no sé si lo conseguiremos. Por lo que puedo leer entre líneas, en algún diario que me trae Serafí, mi situación no es peor que la de millones de judíos del continente. En cualquier caso, David siempre podrá decir que su padre fue de los que lucharon. Te parecerá extraño que hable tanto de una condición que, para nosotros, siempre había sido de escasa relevancia. Debe de ser que la soledad invita a viajar hacia los orígenes. Al asumirlos, puedo explicar mejor lo que ha sido mi vida.

Barbara estaba desconcertada. Nunca había vinculado la decisión de su abuelo de ir a España a su condición de judío. Su primera reacción fue interpretarlo como una respuesta al antisemitismo del franquismo. Pensó que los libros que le llevaba Serafí podían haber contribuido a ello. Sin embargo, esa explicación le parecía insuficiente.

Siempre había creído que si tantos brigadistas eran judíos era porque muchos comunistas lo eran. Había hablado del tema con Ramon, que tenía una opinión más matizada, y sostenía que la presencia de más de cinco mil judíos en las Brigadas Internacionales ponía de manifiesto una percepción más acusada de la amenaza nazi. Ella lo aceptaba, pero nunca hubiera pensado que ése fuera el caso de su abuelo.

Habían apagado las luces. La mayoría de los pasajeros yacían tapados. El japonés seguía enganchado a su consola. Encendió la lucecita cenital y leyó la carta a Serafí. Era la historia de Cal Sant.

Como recordarás, Serafí, aquel libro nos hizo pasar un mal rato. Cuando desapareció, pensamos que nos habían descubierto y tapiamos el pasillo con escombros que tú trajiste, poco a poco, durante meses. Lo que no sabes es que, antes de que nos lo robaran, leí en él una historia de los templarios en la Terra Alta. Nunca te lo dije, pero sé quién se lo llevó. Era un monje, que entró desde el otro extremo del pasillo, mientras yo estaba arriba. Cuando lo oí, bajé con la pistola y me lo encontré de frente. Tenía el libro en las manos. Me dijo que no diría a nadie que me había visto, pero que tenía que llevarse el libro a un lugar más seguro, porque había gente que

quería destruirlo. Por lo que dijo, contenía pruebas manifiestas de que el proceso contra los templarios era un montaje del rey de Francia y del Santo Padre. Se ve que el rey de Aragón tampoco salía muy bien parado. Por cómo hablaba, el monje no era de La Fatarella, y por la forma en que iba vestido, debía de ser un benedictino. Me explicó que lo había llamado el cura de Sant Andreu, que es primo hermano suyo (ese que siempre te habla en catalán), cuando descubrió el pasillo al hacer obras en el ábside.

Un libro misterioso. Un pasillo que llevaba de la iglesia a Cal Sant. Un monje benedictino. Barbara estaba agobiada. Cerró la libreta y se quedó mirando al japonés, que seguía prisionero del videojuego. Ésas no eran las coordenadas que había puesto en su navegador antes de emprender el viaje. Durante dos años, había preparado meticulosamente una investigación relacionada con la batalla del Ebro y la epopeya de los brigadistas. Todo ello para descubrir las circunstancias de la muerte de su abuelo. Ése era el mundo que dominaba. De los templarios, en principio, sólo le interesaba la arquitectura.

Integrado en el asiento delantero, disponía de uno de esos teléfonos de clase preferente que nunca había utilizado. Pasó la American Express y marcó el número de Ramon. En Barcelona serían poco más de las cuatro de la madrugada.

—¿Qué hora es? ¡No puede ser que ya hayas llegado! —dijo Ramon.

—Todavía estoy en el avión, pero necesitaba hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—He empezado a leer la libreta de Martin y estoy trastornada.

—Lo imagino.

—No es por el diario. Es por una carta a Serafí donde le cuenta la historia de Cal Sant.

—¿Qué sabía tu abuelo de Cal Sant?

—En el sótano, encontró un libro de los templarios sobre los orígenes de la casa y pudo leerlo antes de que se lo llevaran.

—Un libro de los templarios. ¿Y quién se lo llevó? —preguntó Ramon, que no sabía si soñaba o estaba despierto.

—Un monje.

Le costaba imaginar a Barbara tan angustiada por una historia de templarios y misterios medievales.

—¿Y para qué me llamas? —preguntó, intentando descubrir su estado de ánimo.

—Porque no sé qué hacer.

—Pues seguir leyendo, sin prejuicios. Piensa que ha sido voluntad de Serafí que la libreta acabara en tus manos. Tú eres la propietaria de la casa y la depositaria de los secretos que la acompañan.

—Pero eso no es lo que yo pretendía, Ramon.

—Has entrado en el juego, Barbara, y tienes que aceptar las reglas. Si has llegado hasta aquí, no tienes más remedio que seguir. Lee lo que dice Martin y asume la herencia de Serafí. Llámame cuando llegues a Boston.

Que un hombre escéptico como Ramon la animara a seguir la consolaba. A fin y al cabo, aquella Moleskine era tan real como la batalla del Ebro, el asesinato de Serafí, o la muerte del abuelo. El misterio de la desaparición de Martin había dejado de serlo, setenta años después. Quizá había llegado la hora de desentrañar el de Cal Sant.

Volvió a abrir la libreta. El japonés la miró de reojo, sorprendido por su perseverancia. Pero sólo un instante, puesto que seguía abducido por la consola.

Por lo que contaba, Martin había leído el libro antes de que el monje se lo llevara, y resumía su contenido en la carta a Serafí. La precisión con que lo hacía, parecía indicar que utilizaba notas tomadas mientras el libro estaba aún en su poder, y de él citaba algún pasaje textual, escrito medio en francés arcaico, medio en latín.

Era una crónica de la persecución de los templarios en el distrito de la Ribera, contada por un fraile catalán, Romeu de Bruguera, que había huido de París el 13 de octubre de 1307, el día en que el rey de Francia había enviado a sus soldados a arrestar al último gran maestro de la orden, Jacques de Molay.

Después de un viaje lleno de peligros, en que había tenido que esquivar a los secuaces de la Inquisición, Bruguera había llegado a Barcelona, donde había sido recibido con una enorme expectación por los miembros de la orden, dada su condición de estrecho colaborador de Jacques de Molay. Los

detalles escabrosos que les proporcionó sobre el sufrimiento de los templarios franceses hicieron estremecer a muchos hermanos catalanes.

No obstante, los templarios de Barcelona estaban convencidos de que el rey Jaime nunca los traicionaría, por mucho que Felipe el Hermoso intentara atraerlo a su cruzada contra el Temple. Veían Cataluña como un oasis en el desierto de persecución en que se había convertido el continente.

Romeu de Bruguera intentaba convencerlos de que la Corona de Aragón acabaría cediendo ante una ofensiva que reunía la dinastía de los Capetos y Clemente V. En Francia, unos años antes, había visto abatirse la violencia del Estado sobre los judíos, y sabía el odio que podía desatar una caza de brujas cuando el poder atiza el fuego. No los convenció. Atemorizado por los rumores que llegaban de París, según los cuales muchos maestros templarios habían confesado que abjuraban de Cristo, escupían a la cruz y adoraban a Bafomet, y que otros habían reconocido, bajo tortura, el pecado de sodomía que les atribuía la Inquisición, se marchó a Miravet. Se moría por volver a ver aquel castillo que le recordaba los tiempos en que guerreaba por tierras sirias.

Desde el otro lado del río, vio que el lugarteniente, fray Ramon de Saguardia, desconfiaba de las intenciones de su rey. El castillo estaba rodeado de hombres que trabajaban en su fortificación.

Cuando describió el tormento infligido a los templarios por los inquisidores franceses, las obras se aceleraron, de tal manera que, cuando el papa mandó arrestar a los miembros de la orden de toda la cristiandad, a finales de noviembre, la fortaleza parecía inexpugnable.

No lo era. El 6 de diciembre de 1308, el castillo de Miravet fue ocupado, y el lugarteniente y el comendador fueron detenidos, junto con la mayoría de los frailes, y enviados a Valencia, donde la Inquisición tenía su sede.

A pesar de ser tratado con benevolencia, Romeu de Bruguera no se fiaba de las intenciones de su rey. Pensaba que la misma razón de Estado que llevaría a Jacques de Molay a la hoguera acabaría imponiéndose en la Corona de Aragón. Aprovechando que las órdenes de confinamiento eran flexibles, huyó con unos cuantos hermanos, con la ayuda de un médico musulmán que lo cuidaba y con quien compartían fantasías de Oriente. Se escondieron en Gandesa, Pinyeres, Vilalba y otros pueblos del distrito, y establecieron una red, protegida por estrictas medidas de seguridad y un código secreto, de la que él era el vértice.

Se ocultó en La Fatarella, en casa de una familia de confianza de la orden. En Cal Sant.

Pasó casi cuatro años recluso en el sótano, cuidado por la gente de la casa. Sólo salía en ocasiones contadas, siempre de noche, por un corredor que conducía a la iglesia parroquial, aprovechando la complicidad del cura, para reunirse con quienes seguían libres. Se veían en Sant Bartomeu y volvían a los escondites antes de que amaneciera.

Cada vez eran menos. Muchos fueron descubiertos, algunos sometidos a suplicio, y esto le obligó a trasladar el lugar de encuentro a Sant Pau de la Roquerola. Otros abandonaron la vida ermitaña y se acogieron a las propuestas de reinserción de la Iglesia. La mayoría terminaron en la Orden del Hospital, que heredó los bienes de los templarios de Cataluña.

Romeu de Bruguera siguió fiel a su condición.

Reconocía que la desgracia que se había abatido sobre ellos había encontrado un pretexto eficaz en la vida disoluta que llevaban numerosos templarios, alejados del voto de obediencia, castidad y pobreza. Lo atribuía al mucho dinero que la orden había recaudado, durante años, con el objetivo o el pretexto de las cruzadas y que había traído la corrupción. Él, sin embargo, seguía aferrado a los valores que lo habían llevado al Temple; el gusto por la aventura y el misterio, la religiosidad, y también el ennoblecimiento del hombre. Quería morir con las mismas convicciones.

La azafata apagó la consola del japonés, que se había dormido con el mando en las manos. Barbara llevaba dos horas leyendo, sin levantar la vista, y tenía los ojos irritados de tanto forzarlos para reseguir la letra minúscula y apretada con la que su abuelo describía la persecución sufrida por los templarios, a partir del relato de fray Romeu de Bruguera. Le faltaba poco. Pidió una coca-cola para poder acabar.

Los templarios eran hombres con virtudes y defectos. En el libro se los idealiza, y eso también tienes que saberlo, Serafí. Como soldados, actuaron de manera despiadada en Tierra Santa, y también aquí, para expulsar a los sarracenos. Pero sin ellos, los reyes de Aragón nunca habrían conquistado la Terra Alta. Por tanto, se puede hablar de traición. Y de infamia, porque muchas acusaciones fueron inventadas, o exageradas.

Le pareció acertada la definición de los templarios como héroes de un tiempo sacrificados en nombre de la razón de Estado. Decía mucho sobre la lucidez con que el abuelo afrontaba aquel viaje en el tiempo, a pesar de las condiciones en las que vivía.

Dada como era a las asociaciones, Barbara vio en esos pasajes de la carta una premonición de episodios dramáticos de la historia contemporánea. Pensó que si Martin hubiera regresado a Boston, podría haber comprobado la persistencia de la infamia, al ver cómo muchos brigadistas eran víctimas del maccarthismo de las persecuciones estalinistas.

En las últimas páginas de la Moleskine, la letra se volvía minúscula.

Con su red, Romeu de Bruguera se había propuesto perpetuar el espíritu originario de la orden y conservar documentos comprometedores. Mientras los escondites iban cayendo uno tras otro, Cal Sant subsistía, protegido por el aislamiento de La Fatarella, que nunca había estado bajo las órdenes de un comendador, y por el carácter reservado de su gente. Además, la familia que lo había acogido era de las más antiguas y acomodadas y estaba fuera de toda sospecha.

Así fue como, al cabo de un tiempo, pudo normalizar su vida haciéndose pasar por un peregrino vuelto de Tierra Santa. Y cómo acabó heredando la casa, al morir los dueños, que no tenían hijos.

Durante todo ese tiempo, almacenó pertenencias de templarios del distrito que habían escapado de la *razzia* de los hombres del rey. Constituían un legado valioso, y Martin lo explicaba a Serafí, al tiempo que lo prevenía de los mitos que acompañaban la historia de la orden.

Si te hablan de un tesoro, no hagas caso. Es lo que buscaba el padre de Domingo. En una casa de Vilalba encontró documentación según la cual el tesoro de Miravet había quedado en la Terra Alta. Estaba equivocado. En el castillo, efectivamente, había más de setenta mil sueldos barceloneses y objetos de gran valor, de plata y oro, cuando lo asaltaron. Todo fue a parar a manos del rey, que hizo lo imposible para evitar que lo heredara la orden de los hospitalarios. En cambio, sus hombres no fueron tan diligentes con los libros y documentos, y se salvaron algunos, que Romeu escondió. Son de gran valor, porque comprometen al poder y al papa, la espada y la mitra. Si el dueño de

Cal Sant estuviera vivo, te pediría que te afanaras para que nunca sean destruidos. Cumple con su voluntad. Tu amigo,

MARTIN STEIN

Barbara sonrió, y los músculos de todo el cuerpo se le relajaron de repente. En el fondo, ese final ya le parecía bien. Temía que la Moleskine alimentara aquella mística templaria que tanto odiaba.

Se preguntaba cómo habría reaccionado si hubiese leído revelaciones sobre el tesoro de Miravet o sobre la lista de las próximas víctimas de la maldición que el gran maestro había formulado mientras la pira empezaba a arder frente a Notre Dame. O si hubiera descubierto pruebas determinantes sobre el supuesto papel del Priorato de Sión en la creación de la orden, o sobre la inverosímil influencia del Temple en la fundación de la masonería. Prefería no pensar en lo que habría sucedido si Martin, desasosegado por noches de lectura y soledad, hubiera encontrado rastros del Santo Grial en el libro de Romeu de Bruguera.

Las luces se encendieron de repente.

—¿Quiere desayunar, señorita? No ha dormido en todo el viaje, ni se ha levantado una sola vez —dijo la azafata, con una sonrisa forzada.

—Tráigame la bandeja. Si puede ser, con un café doble, bien cargado.

Estaba eufórica. La misión que habían encomendado a Serafí no era ni más ni menos que restituir la verdad de aquello que había pasado setecientos años antes. Le hizo gracia la coincidencia. Se cumplían setenta años de la batalla del Ebro y setecientos de la caída del castillo de Miravet. Más cábalas, imposible, pensó.

Tanta coincidencia le sorprendió. En cualquier caso, servía para evidenciar que la historia se repite. Historias de hombres justos perseguidos y de identidades anihiladas. Epopeyas de resistencia diferentes, ciertamente, porque los tiempos y las circunstancias lo eran, pero que tenían en común la negativa a claudicar ante el poder.

Devoró el desayuno y cerró los párpados. Pensaba en Serafí. No había llegado a conocerle, pero formaba parte de su vida. Sin los garbanzos que le había ido dejando por el camino, durante su estancia en La Fatarella, nunca hubiera encontrado a su abuelo y la Moleskine. Aun sin conocerla, había

confiado en ella hasta el punto de hacerla heredera de la casa y de los secretos que, para él, eran aún más valiosos.

Fiel guardián del secreto de Cal Sant durante setenta años, sólo había tenido tres amigos: el dueño de Cal Sant, el señor Claret y el brigadista Martin Stein. Tres hombres buenos. El último templario de la Terra Alta, un republicano de vocación masónica, y un judío de Filadelfia que se había hecho comunista para matar a la serpiente dentro del huevo.

Estaba segura de que la muerte de Martin lo había dejado muy solo. La carta lo había salvado. Había dado un sentido a su vida.

Sin darse cuenta, le habían quitado la bandeja y el avión aterrizaba. El japonés dormía. No se despertó ni con el chirrido de las ruedas al tocar la pista.

En Barcelona serían cerca de las diez de la mañana. Mientras esperaba la maleta, marcó el número de Ramon en el iPhone.

—Ahora ya no estás durmiendo, supongo...

—Llevo despierto desde las cuatro. Me he pasado cinco horas en el Google, leyendo sobre los templarios.

—Lo siento.

—Al contrario. Me has hecho descubrir todo un mundo. Por cierto —añadió—, ¿quién dices que robó el libro?

—Un monje.

—¿De qué orden?

—Me parece que era benedictino.

—Lo sabía: un monje de Montserrat.

Estoll, 30 de noviembre de 2007.

Nota del autor

El señor Claret, uno de los amigos de Serafí, era mi padre. Aunque vivió casi cien años, quedó marcado para siempre por su participación en los sucesos conocidos como los «Hechos de La Fatarella» de 1937, donde murieron treinta y cuatro campesinos que se oponían a la colectivización de sus tierras. Tras estos hechos, vivió unos meses en el pueblo, intentando rehacer la convivencia entre los habitantes de La Fatarella, y restablecer la legalidad republicana, siguiendo el mandato del presidente Companys. Pero era demasiado tarde. La guerra había llegado a las puertas de la Terra Alta y los vencedores impusieron el orden y la paz de la dictadura.

Durante el exilio, mi padre nunca olvidó el sufrimiento de aquel pueblo, y le dolía pensar que había caído en el olvido. Hablaba de ello como de uno de los episodios más traumáticos de su vida, como una experiencia que le había llevado a no fiarse de las utopías políticas y a defender siempre la libertad.

Su recuerdo de dichos acontecimientos está en el origen de esta novela. El relato preciso que me hizo antes de morir me llevó a La Fatarella, y el pueblo, con su historia y su personalidad, me fascinó. Allí conocí gente tenaz, desconfiada pero acogedora, capaz de dar vida a la tierra y a la piedra. La piedra seca. Descubrí un pueblo maltratado por la República, ninguneado por el franquismo y olvidado, hasta hace poco, por la democracia.

Perdido en una sierra al otro lado del río, La Fatarella ha sido siempre un lugar de difícil acceso que pocos catalanes han pisado. La batalla del Ebro inmortalizó ciertos parajes de la comarca y mitificó algunos de sus pueblos, cumbres y sierras. Entre otros, La Fatarella.

A los lectores a los que haya podido despertar la curiosidad por este rincón de Cataluña, les recomiendo que pasen al menos un fin de semana en la comarca. A los que quieran saber más sobre su historia y su singular personalidad, pueden resultarles útiles algunos libros que han constituido mi cuaderno de bitácora durante este viaje.

Respecto a los enfrentamientos del 37, el estudio de Josep Termes *Miseria contra pobreza: els fets de La Fatarella del gener de 1937* constituye la

aproximación más completa y equilibrada a aquellos trágicos sucesos. Basándose, entre otros, en el imprescindible trabajo inédito de una universitaria fatarellenca, María Jesús Ardèvol, que ha recogido testimonios orales de primera mano, Termes, hijo de La Fatarella, consigue una interpretación sugerente del drama que acabó con la vida de tantos campesinos modestos. Para quien desee ir más allá y comprender las raíces históricas de la violencia en esas comarcas de la Cataluña nueva, Josep Sánchez Cervelló, de Flix, ha publicado *Conflicte i violencia a l'Ebre: de Napoleó a Franco*, que recorre la historia contemporánea de las tierras del Ebro.

La batalla del Ebro ha pasado a la historia como el hecho más destacado de la guerra civil española. En consecuencia, cuenta con una bibliografía importante y ocupa un lugar relevante en todos los libros sobre la guerra del 36-39. Es probable que sea el enfrentamiento armado más importante que haya tenido lugar en la península Ibérica. Lo protagonizaron cerca de doscientos mil hombres, en él murieron unos diez mil soldados republicanos y cerca de seis mil quinientos del ejército franquista. Más de sesenta mil resultaron heridos, 19 563 soldados del ejército del Ebro fueron capturados como prisioneros, y más de ciento cincuenta aviones fueron derribados sobre la Terra Alta y las comarcas de los alrededores. Del interés que sigue suscitando la guerra civil es un buen ejemplo el éxito de la nueva versión del libro de Antony Beevor *La guerra civil española*, del que hemos obtenido mapas sobre la batalla del Ebro, que se publican al final.

En los últimos años se han dedicado monografías que permiten una aproximación a lo que supusieron esos ciento quince días de carnicería fratricida. De entre los estudios más recientes, querría destacar dos, que subrayan la dimensión humana de la tragedia: *La batalla del Ebro*, de Jorge Martínez Reverte, y *Aunque me tires el puente: memoria oral de la batalla del Ebro*, de Gabriel Cardona y Juan Carlos Losada. Desde esta perspectiva más humana, tienen un gran interés las vivencias publicadas por algunos de los soldados anónimos que sobrevivieron. Lástima que sean escasas y que los cuarenta años de franquismo hayan impedido atesorar la memoria colectiva de los combatientes. Desde el lado vencedor, sobran páginas ditirámicas y faltan aproximaciones más razonadas y personales de una batalla donde miles de jóvenes que vivían en la España nacional, y marroquíes del Rif también, fueron víctimas de la estrategia exterminadora de Franco. Con algunas excepciones, como la novela de Cecilio Benítez de Castro, *Se ha ocupado el kilómetro 6*, publicada en 1939, poco después de terminar la guerra.

Caricaturizados por la República y ninguneados por el franquismo, los requetés catalanes han sido maltratados por la mayoría de las historias oficiales que se han escrito sobre la batalla del Ebro. El alférez Recasens reivindica de algún modo su memoria.

Aun contando con estudios y relatos autobiográficos de notable interés, la participación de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española ha sido distorsionada por las interpretaciones propias de la guerra fría. Los comunistas quisieron dar una dimensión estrictamente ideológica de su presencia. Desde la perspectiva franquista, el alistamiento de voluntarios se presentó como una agresión extranjera, fruto de la misma conspiración comunista, judía y masónica que guiaba la Segunda República. Las democracias vieron, sobre todo, la acción del Komintern, que organizó, efectivamente, el reclutamiento y el viaje de la mayoría de los combatientes. Mi punto de vista ha sido otro. Siempre me ha apasionado la vertiente personal de una aventura que llevó a España cerca de cuarenta mil voluntarios procedentes de cincuenta países distintos. Siempre he creído que esta movilización excepcional de personas de condición tan diversa no puede explicarse sólo desde una perspectiva ideológica, y menos aún desde una concepción conspiradora de la historia. La afiliación política de los brigadistas escondía motivaciones personales más complejas, que hacen de la presencia de cada uno de ellos una historia apasionante, como la de Martin Stein.

El hecho de que cuatro mil quinientos brigadistas fueran judíos es una de las expresiones de esa complejidad a la que la novela pretende rendir homenaje. Poco conocida, la presencia de judíos en las Brigadas ha merecido algunos estudios recientes, entre los que destaca *Jewish volunteers in the spanish civil war*, de Gerben Zaagsma, de la prestigiosa School of Oriental and African Studies de Londres.

Martin, el brigadista de Filadelfia que comparte protagonismo con el niño de La Fatarella, vive los últimos cuatro años de su vida bajo el franquismo, emparedado en una prisión de piedra del pueblo. Al acabar la batalla del Ebro, la violencia de la dictadura cayó sobre la Terra Alta. En *La repressió franquista a la Terra Alta (1938-1945)*, otro historiador local, Josep Recasens i Llor, ha estudiado lo que ocurrió en la comarca cuando los republicanos cruzaron el Ebro por última vez, camino de la derrota. La obra de referencia sobre los primeros años del franquismo en Cataluña, de Josep M. Solé i Sabaté, *La repressió franquista a Catalunya*, aporta datos relevantes y precisos sobre la represión en las tierras del Ebro.

Lo que más me ha interesado de La Fatarella es que la llegada del franquismo se puede ver en un contexto local, que se pierde en las historias generales sobre la República y la guerra. Como en otros pueblos, la represión de la dictadura apareció, para mucha gente, como el desquite de las matanzas de religiosos y la persecución de campesinos que tanto trastornó Cataluña durante el primer año de guerra, ante la pasividad o la impotencia de la Generalitat, como han recordado recientemente diversos historiadores. Reconocerlo no implica quitar ni un ápice de responsabilidad criminal a los militares que se sublevaron contra la República.

La personalidad de la Terra Alta y su singularidad entre las comarcas catalanas no puede entenderse sin dos momentos determinantes de su historia: el largo dominio árabe, de cuatro siglos, y el destacado protagonismo que tuvieron los templarios en la reconquista cristiana y la población de las tierras con campesinos que buscaban liberarse de su condición de siervos de la gleba. El libro de otro autor de La Fatarella, Josep Girones Descarrega, *L'arquitectura àuria dels templers*, me introdujo en la dimensión local de una vertiente de la historia catalana que conocía poco y que me ha cautivado. Le debo el haberme apasionado por la peripecia y la vida de los templarios en Cataluña, un tema que han abordado con rigor historiadores como Sans Travé, Joan Fuguet y otros. Sus libros me han permitido imaginar una relación entre la historia y los dramas de hoy y los de la Edad Media. Entre lo que pasó hace setenta años, en la batalla del Ebro, y lo que ocurrió hace setecientos años, cuando los templarios perdieron el castillo de Miravet. La literatura sobre la Orden del Temple es tan abundante como discutible para quien quiera interesarse por ella sin comulgar con su mitificación. La biografía del último maestro publicada por un reconocido medievalista francés, Alain Dumerger, *Jacques de Molay: le crépuscule des templiers*, es una excepción notable.

Quizá conviene precisar que toda ficción lleva a una interpretación libre de la Historia, y que ninguno de los autores citados es responsable de la que a mí me ha convenido.

He querido rendir tributo a una tradición ancestral de estas comarcas, el trabajo de la piedra en seco, en el que los campesinos de La Fatarella se han especializado desde hace siglos. La utilización de las piedras que sacan de los campos, hermanadas sin ninguna argamasa que las ligue —para construir caminos, márgenes, paredes, masías, cabañas, soportales, minas, pozos, balsas, cisternas, molinos, hornos o tejados— ha contribuido a configurar la personalidad excepcional de los campos de la Terra Alta. La Fundación El Solà, situada en uno de los edificios más antiguos del barrio viejo de La

Fatarella, le ha dedicado la atención que se merece, con estudios y exposiciones de primer nivel.

Nadie ha captado la personalidad de La Fatarella, de su historia y su gente como Rosa Ardèvol Perelló. Nacida en 1924, autodidacta, dotada de una capacidad de observación, memoria y un sentido del humor prodigiosos, Rosa Ardèvol, más conocida como Rosa de Franxo, ha escrito durante más de veinte años unas deliciosas colaboraciones en la revista local *La Cabana*, sobre el pueblo y sus costumbres, las familias, la vida cotidiana y las vicisitudes de la política local, que constituyen una crónica riquísima de La Fatarella y una expresión viva de la forma de ser de sus habitantes y de su lengua. Leerla ha sido un placer, y conversar con ella, un privilegio.

Agradecimientos

Quiero dar las gradas por su colaboración a todas las personas de La Fatarella que he conocido, en particular, a Carme Descarrega y a la propietaria de Ca La Brisda, que me acogieron durante mi primera estancia allí. Si no las cito a todas es para evitar cualquier sombra de duda sobre su implicación en la versión que ofrezco de los acontecimientos que vivió el pueblo en los años treinta y que todavía constituyen un material muy sensible para sus gentes. La responsabilidad es sólo mía. Querría precisar que he hablado con hombres y mujeres que sufrieron violencia y humillación de diversa procedencia, y que todos los que me han abierto sus recuerdos lo han hecho desde una deliberada voluntad de reconciliación.

A Patrizia, mi mujer, le debo haber confiado en la decisión de novelar una historia tan íntima, desde que leyó unas primeras páginas, y haberme dado consejos de editora para la versión definitiva. A María, nuestra hija, le agradezco la curiosidad que ha demostrado desde el primer momento por mi obstinación, y le pido perdón por las horas robadas.

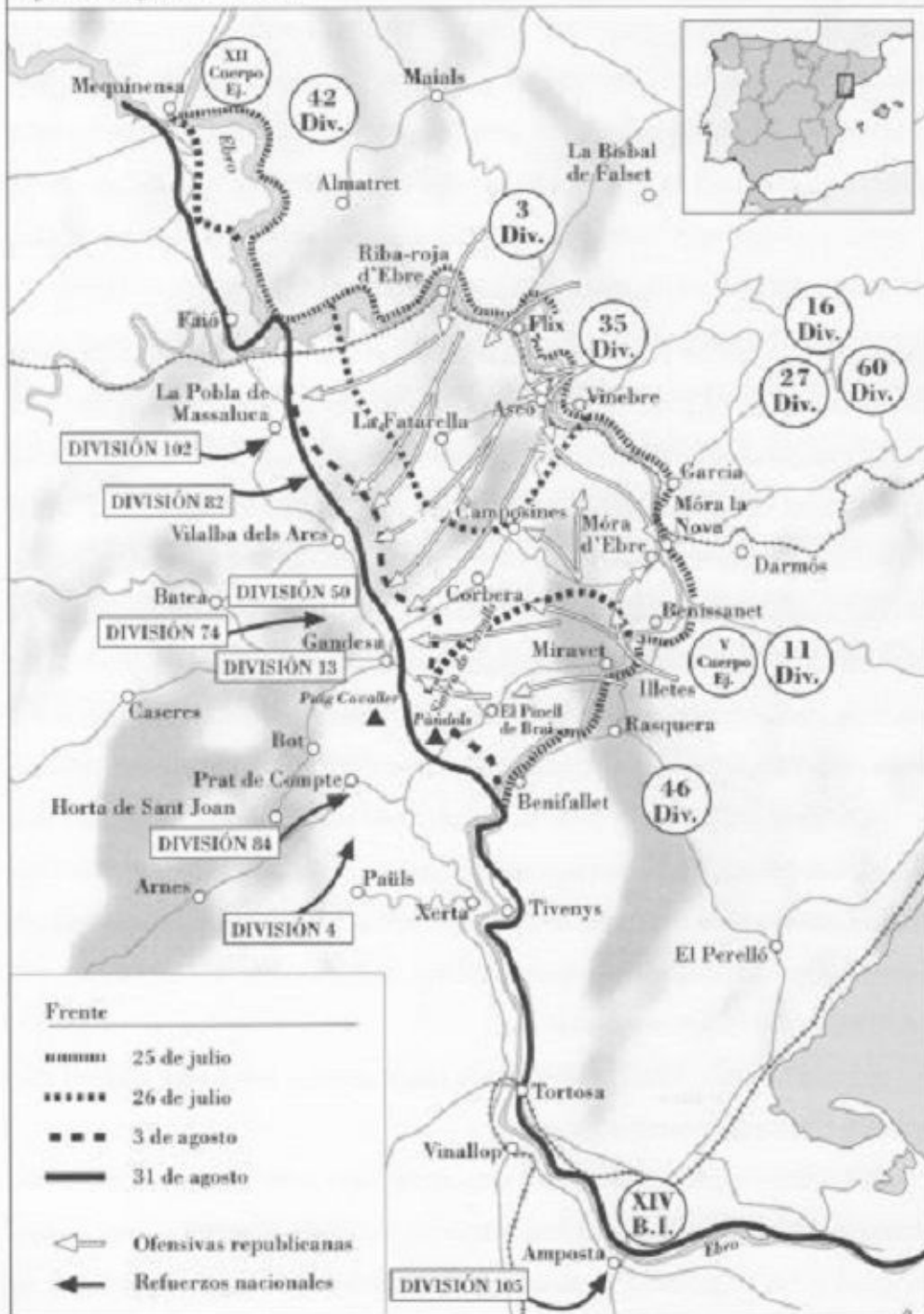
A Josep Termes, Emi Turull y Cindy Mack, gracias por haber leído el manuscrito y por sus comentarios.

Por último, quiero expresar mi reconocimiento a las editoras de la novela: Ester Pujol (Columna) y Ana d'Atri (Planeta), a Susana Sánchez y Toni Valles, así como a dos magníficos profesionales del libro que fueron los primeros en creer en esta novela: Francesc Miralles y Sandra Bruna.

ANDREU CLARET

Mapas de la batalla del Ebro

**La batalla del Ebro (ofensiva republicana),
julio - agosto de 1938**



La batalla del Ebro (contraofensiva nacional), agosto - noviembre de 1938

Mequinensa, Maials, Almatret, Riba-roja d'Ebre, Flix, La Bisbal de Falset, 35 Div., 44 Div., 43 Div., 11 Div., 45 Div., 42 Div., 3 Div., 43 Div., 46 Div., La Pobla de Massaluca, La Fatarella, Vilalba dels Arxos, DIVISIÓ 32, DIVISIÓ 74, Batea, DIVISIÓ 152, DIVISIÓ 53, Caseres, DIVISIÓ 1, Horta de Sant Joan, Prat de Compte, Bot, DIVISIÓ 4, Gandesa, Paia Caubler, Corbera, Miravet, Benissanet, Illetes, Rasquera, 11 Div., 46 Div., Benifallet, Tivenys, El Perelló, Tortosa, Vinallop, Amposta, XIV B.I., DIVISIÓ 105, Ebro.

Frete

- 5 de agosto
- 6 de agosto
- 16 de septiembre
- 3 de octubre
- 16 de noviembre

Ofensivas nacionales
Retiradas republicanas



ANDREU CLARET, nacido en Ax-les-Thermes (Francia, 1946), en una familia de republicanos exiliados. Periodista que empezó a ejercer la profesión bajo el franquismo en la revista *Cambio 16*, ha sido delegado de la *Agencia EFE* en el África subsahariana y América central, y director de esta misma agencia en Cataluña. Como articulista, ha colaborado en numerosas publicaciones sobre temas internacionales, económicos y sociales. También ha ejercido como profesor de periodismo político en la Universitat Pompeu Fabra. En los últimos años, ha sido director del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed) y director de relaciones externas del Grupo Agbar. *El secreto del brigadista* constituye su primera incursión en el ámbito de la novela.

Notas

[1] «Triqui-triqui troc, la vieja de Roc ha quemado los bordes del pañuelo amarillo». (*N. del t.*). <<

[2] Ensalada típica con atún desmigajado. (*N. del t*). <<

[3] Tortas de anís. (*N. del t.*). <<

[4] Empanadas. (*N. del t*). <<